

GREGORIO ESTRADA

EDITOR

BIBLIOTECA

ENCICLOPÉDICA POPULAR

ILUSTRADA

MADRID

DOCTOR FOURQUET, 7



UCSB LIBRARY

X-43508

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada.

Sección 4.ª—HISTORIA.

LA
CORONA DE ARAGON

(Páginas de la Reconquista)

DEL AÑO 850 AL 1350

FOR

D. EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO



MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Doctor Fourquet, 7

Esta obra es propiedad del Editor de la BI-
BLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA,
y será perseguido ante los tribunales el
que la reimprima sin su permiso.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA SOCIEDAD
ECONÓMICA MATRITENSE
DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA

AL LECTOR.

Hasta mediados del siglo xvi, la historia del reino de Aragon estuvo reducida al *Cronicon* que existia en el real monasterio de San Juan de la Peña y á la *Crónica* de Fray Gauberto Fabricio de Vagad: el primero, que ha sido reimpresso en 1877, á expensas de la Diputacion provincial de Zaragoza, es por demas conciso y está plagado de defectos; la segunda, que tuvo gran fama, y que, áun ántes de terminar el siglo xv, mereció los honores de la imprenta, en las capitales de Cataluña y Aragon (1) empeza-

(1) Un excelente ejemplar de este libro *incunable* hemos visto en la Biblioteca universitaria de Valencia: está impreso en Zaragoza por Pablo Hurus, de Constanza, año 1499.—La primera edicion se hizo en 1495.

ba á caer en el descrédito más lastimoso y merecido.

No merece mencion aparte la *Crónica de Aragon* que escribió en latin el famoso Lucio Marineo Sículo, tradujo al castellano el bachiller Juan de Molina, y publicó en magnífica edicion con viñetas y grabados en madera el impresor Juan Xofre, en Valencia, año 1523.

Las Córtes de Monzon, reunidas en 1548, decretaron sabiamente que se escribiese la historia del reino aragonés y crearon el oficio de Cronista, siendo elegido para ejercer este cargo, entre muchas personas que lo solicitaban, y para dar cumplimiento á aquel decreto, el insigne D. Jerónimo Zurita, que á la sazón servía la plaza de Contador general de las Inquisiciones de la Corona de Aragon, en premio de su relevante mérito.

Zurita es el verdadero historiador de Aragon: él sólo tiene derecho á la gloria (que nadie por cierto, se atrevió á disputársela, aunque sus émulos, sus enemigos, fuéron muchos y poderosos) de haber formado un solo cuerpo, digámoslo así, una historia

completa y tan depurada como entónces era posible, con los innumerables y heterogéneos documentos que, cual miembros dispersos, yacían sepultados en los archivos oficiales y monásticos de Aragon, Cataluña y Valencia, de Roma, Nápoles y Sicilia, de todos los países que dependían ó habian dependido de la monarquía aragonesa.

”Los *Anales de Aragon* (dijo el sabio Ticknor) constituyen la obra más importante de cuantas hasta entónces habian visto la luz pública para la historia general de España;” y un crítico de nuestros dias acaba de reconocer ingénuamente que ”Zurita es el más concienzudo de los cronistas españoles, y superior á todos los que le siguieron;”—y téngase en cuenta que le siguieron muchos, desde Jerónimo Blancas, Dormer, el P. Moret, el P. Briz Martinez..... hasta el ilustre poeta Bartolomé Leonardo de Argensola, los sapientísimos Florez y Risco, el autor del *Compendio histórico de los reyes de Aragon*, D. Braulio Foz, y el del precioso *Ensayo de un estudio histórico sobre el reino de Aragon*, D. Tomás Ximenez Embun.

Esto basta para justificar la preferencia que hemos dado á los *Anales* de Zurita: él nos sirve de guía para bosquejar, en estas breves páginas, una historia popular de la *Corona de Aragon* durante el glorioso período de la Reconquista,—sin que hayamos omitido, no obstante, la necesaria consulta de todos esos autores citados, y otros muchos que mencionaremos en el lugar correspondiente.

Pocas palabras más, para concluir estas indicaciones preliminares.

Aquí no tratamos del reino de Navarra: sobre que Navarra, aunque unida con Aragon desde la muerte de Sancho Garcés, *el de Peñalen* (1076), hasta la eleccion de Ramiro II, *el Monje* (1134), siempre conservó su autonomía, tiene historia demasiado importante, y merece un libro especial en esta BIBLIOTECA.

CORONA DE ARAGON

CAPITULO PRIMERO.

Los Pirineos.—El rio Aragon.—Preliminares.—Sobrarbe.—
Los fueros de Sobrarbe: texto latino y version castellana.

I.

Al Norte de la Península Ibérica, entre las agitadas olas del Cantábrico y el Mediterráneo, alzáse, como frontera natural de nuestra patria, abrupta cadena de gigantescas montañas que los antiguos helenos, en su poético lenguaje, llamaron *Pyr Eneas* ó *Montes quemados*.

Esa accidentada cordillera galo-ibérica, que sirve de línea divisoria á dos naciones, España y Francia, y que debió surgir providencialmente en los momentos supremos de una inmensa explosion en la corteza terrestre, de un cataclismo que se desconoce en las páginas de la Historia, pero que el geólogo adivina y estudia en las crestas de los peñascos y en las sombrías hondonadas de los valles, comienza en el cabo de Higuer, azotado por las aguas del

Océano Atlántico, y termina en el cabo de Creus, sobre el Mediterráneo, el mar histórico y legendario.

Prescindamos de la region septentrional de esas montañas, que importa poco á nuestro objeto.

Las vertientes y estribaciones meridionales, gigantes de granito y fértiles y pintorescos valles que se extienden sucesivamente en un espacio de más de 450 kilómetros, desde la antigua Vasconia hasta la Gothia, nos ofrecen las primeras páginas de este libro: ellas forman el límite septentrional del país de Afranch ó Canfranch, como le llamaron los invasores árabes, el cual se extendia hasta la orilla izquierda del caudaloso rio Ebro.

Hay en los Pirineos españoles (*navarros, aragoneses y catalanes*, aceptando la clasificación de algun geógrafo moderno) montañas de tan majestuosa altitud como el Monte Perdido y el Cilindro, el *Puigmal* y el *Pich del Gegant*, cuyas cumbres hienden la region de las nieves perpétuas; hay cascadas y cataratas como las de Gavarnie, Señalejo y Salto-Carpin, cuyas aguas se despeñan desde inmensa altura y bajan deshechas en espumoso torbellino; hay manantiales y torrentes que se agrandan y en-crespan de valle en valle, y forman luégo rios

copiosos y célebres. el Gállego, el Ter, el Cínca, el Segre y otros.

Citemos singularmente el rio Aragon, el que llamaron los árabes *la Frontera más alta*: aparece ya ensoberbecido en las mismas sinuosidades del Pirineo; pide á varios arroyos y no pocos torrentes el tributo de sus aguas; penetra con bulliciosa alegría en los valles de Ansó y Hecho; cruza luégo, á cada paso más soberbio, por Canfranc, Tena y Broto; invade la Vasconia oriental, Navarra, y recibe en su seno las aguas del Arga, el rio que besa las murallas de la antigua córte de Sancho Abarca; avanza, en fin, por el suelo de la comarca celtibérica, y se rinde, no lejos de la morisca Alfaro, al rey de los rios de España, el Ebro, el *Ingens Iberus* de Pomponio Mela.

¡Aragon!—¿Cuál es la verdadera etimología de este nombre?

Si pretendiésemos fijarla, no lo conseguiríamos: eterno debate, y en ocasiones ardiente y nada caritativo, han empeñado los críticos, desde hace siglos, para conseguir que brote un rayo de luz en las densas tinieblas que envuelven el origen histórico del reino de Aragon; eterno debate, aunque ménos útil, hay tambien empeñado, y hasta ahora con escasa fortuna, para fijar técnicamente la significacion etimo-

lógica del extraño nombre del río que dió el suyo propio á aquel reino.

¡Aragon!—Allí, entre las asperezas de las montañas pirenaicas, tal vez en el reducido espacio de un valle, Sobrarbe, ó en las sombrías concavidades de una gruta, la cueva de Uriel, tuvo su primitivo origen la nacion insigne que hicieron conocer al mundo las hazañas de Sancho Ramirez que engrandeció Alfonso I *el Batallador*, que elevaron á la cumbre del poderío y de la gloria los altos hechos de Jaime I *el Conquistador*, de Pedro III *el Grande*, de Alfonso V *el Sabio y el Valiente*.

II.

Los habitantes de esas montuosas regiones, fieros y altivos siempre, guerrearon contra los pretores y las legiones de la república dominadora del mundo conocido, y ganaron con su bravura y entereza el codiciado título de ciudadanos romanos: los *ilergetes*, los *turdones*, los *oscenses*, los *heliones*, los *turiasonenses*, todas aquellas razas y tribus primitivas.

—Andando el tiempo, el río Ebro llegó á servir de límite entre la España romana y la España cartaginesa, y tambien entre la *Citerior* y la *Ulterior*, en la segunda division de la Península por los romanos.

Más tarde, en Julio de 711, derribada en la batalla de Vejer ó del lago de la Janda (impropiamente llamada del *Guadalete*) la monarquía visigoda, aquella monarquía que fundó Ataulfo, mejor dicho, Wialia, y engrandecieron, á través de tres siglos, Eurico, Leovigildo, Recaredo y Wamba, los soldados de Tárik (*Táric Bën Ziyad*) (1) y Muza, conquistaron, como casi toda la Península, los pueblos de la vertiente meridional de los Pirineos; salváronse únicamente, según declaran los mismos cronistas árabes, los *rumhies de la Peña de Pelayo* y de las *montañas de Pamplona y Caracoxa* nombre este último que no corresponde á la insigne Cesaraugusta, la cual fué conquistada por Tárik, «con todas las fortalezas que habia en torno de ella.»

Los progresivos adelantos de la ciencia histórica, en lo relativo á nuestra patria, merced principalmente al estudio y laboriosidad de modernos orientalistas que buscan en las páginas de antiguos anales musulmanes la ampliación de nuestras deficientes crónicas, van reha-

(1) En lo sucesivo citaremos en el texto el nombre vulgar que dan nuestras crónicas á los caudillos árabes, y en nota correspondiente, si es necesario, el nombre auténtico que les dan las crónicas árabes.

ciendo poco á poco, pero sólidamente, la interesante historia de los primeros tiempos de la Reconquista; si el sesudo Isidoro de Beja, que acabó su crónica (1) en el año 754, no hace mencion siquiera de Pelayo y de Covadonga, cosa extraña por cierto, en quien debió conocer los gloriosos hechos que están vinculados en aquel imperecedero nombre, hay cronistas musulmanes contemporáneos que confirman plenamente la no interrumpida tradicion de la victoria de Covadonga.

Así, decimos, se rehace la historia de la Reconquista, de los ya remotos y oscuros siglos VIII y IX.

No conocia los textos árabes el mordaz jesuita Masdeu: por eso, y por insana manía de querer destruir las más brillantes glorias de Castilla y de Aragon, puso en duda la existencia de Pelayo y combatió la sucesion cronológica de los reyes de Astúrias; por eso negó atrevidamente la existencia del Cid Campeador (2) y la del insigne Iñigo Arista.

(1) Véase esta *Crónica* del Pacense en el tomo VIII de la *España Sagrada*, del P. M. Florez.

(2) ".....Nada absolutamente sabemos, con algun grado de probabilidad, acerca de Rodrigo Diaz el

III.

Y ántes de pasar adelante, séanos permitido delinear con grandes rasgos la tradicion particular de algun pueblo que hemos de mencionar en los capítulos siguientes, por la importancia que tiene en el gran debate crítico, aun no terminado, de los historiadores españoles, sobre el origen auténtico, exacto, del reino aragonés: Sobrarbe.

Prescindimos de otros, que no están enlazados tan íntimamente con nuestro principal objeto.

Sobrarbe es un hermoso valle que está situado en el centro de la region montañosa y áspera de la provincia de Huesca, en el Pirineo aragonés, y su capital, la histórica Ainsa, que se alza en la extremidad de elevado promontorio, conserva todavía magníficas reliquias de su esplendor pasado: la ciñe fuerte muralla, de construccion árabe, aunque recompuesta en diversos períodos; su iglesia de Santa Cruz es, al parecer, una vieja mezquita; su monasterio de San Salvador no es ménos célebre que los de

Campeador, ni áun su existencia.» *Historia crítica de España*, tomo XX pág. 370.—Véase *Ecos de gloria*, por el auto

San Juan de la Peña y de Leire; la famosa *Cruz de Sobrarbe*, en la cumbre de la *Peña Aspada*, á unos dos kilómetros de la poblacion, recuerda al viajero la primer victoria de los sobrarbeños, y la reconquista de la plaza por el caudillo Iñigo Arista, en el año 820, segun unos, ú 850, segun otros.

Tal es la tradicion local, generalmente admitida.

Copiemos ahora *textualmente* los famosos *Fueros de Sobrarbe*, tomándolos de los *Comentarii* de Jerónimo Blancas:

«I. *In pace et justitia regnum regito, nobisque foros meliores irrogando.*

»II. *E Mauris vindicabunda dividuntur inter ricos homines non modo, sed etiam inter milites et infantiones. Peregrinus autem homo, nihil inde capito.*

»III. *Fura dicere regis nefas esto, nisi adhibito subditorum consilio.*

»IV. *Bellum aggredi, pacem inire, inducias agere, resve alias magni momenti pertractare, caveto rex, præterquam seniorum, annuente consilio. (I.)*

(I) *Consensu*, copian otros historiadores; lo cual puede tener, segun creemos, interpretacion muy distinta.

»V. *Nequid autem damni, detrimentive leges ant libertates patiantur, JUDEX QUIDAM MEDIUS adesto, ad quem á rege provocare, si aliquem læserit, injuriasque arcere, siquas forsan reipublicæ intulerit, jus fasque esto.*»

En este último fuero, se apòyan principalmente los que creen que la institucion del Justicia Mayor, ó sea la magistratura del Justiciado de Aragon, tuvo su origen en los primeros años de la Reconquista, y no despues de las Córtes de Egea y Zaragoza, y áun de las guerras de la Union, como afirman otros.

Copiaremos tambien la traduccion castellana de esos célebres fueros, tal como la ha publicado el Sr. D. Manuel Lasala, ardiente fuerista, sostenedor de aquella primera opinion, en su libro *Exámen histórico-foral de la Constitucion aragonesa*:

»I. Rige el reino en paz, y estableceremos fueros mejores.

»II. Las tierras que se conquisten á los moros serán repartidas, no sólo entre los ricos-hombres, sino entre los guerreros y los infanzones; pero el que fuera de otro país, no tendrá parte alguna en el reparto.

»III. No puede el rey hacer leyes, sin consejo de sus súbditos (1).

(1) Algo más que libre nos parece esta version.

»IV. Guárdese el rey de emprender guerra, firmar paz, hacer treguas ó tratar asunto grave, sin el consejo (ó consentimiento) de los señores.

»V. Y para que nuestras leyes y libertades ningun menoscabo padezcan, haya constituido un *Juez medio*, al cual sea justo y lícito apelar del rey, en el caso que éste ofendiere á cualquiera, y para impedir las injurias, si alguna hiciere á la república.»

Hemos preferido la traduccion precedente á las que publican Pellicer, Yanguas y otros autores que se ocuparon en los asuntos históricos de Aragon y de Navarra, por lo mismo que, á nuestro juicio, esos *Fueros de Sobrarbe* son tan apócrifos como los famosos *Cronicones* de Dextro y Luitprando, soñados por el P. Roman de la Higuera.

Trataremos de demostrarlo, aunque en muy concisas frases, en el lugar correspondiente.

Y sentados estos preliminares, procedamos ya, sin más preámbulo, á la narracion histórica.

CAPÍTULO II.

Irrupcion árabe.—Entrada de Carlo-Magno en España, y derrota de Roncesvalles.—El *Altobizcar cantúa* (en verso castellano).—Creacion del condado de Barcelona.

I.

Apénas dos años bastaron para que la enseña de la Media Luna se paseára triunfante por la Península ibérica, desde el estrecho de Gades hasta los pueblos pirenaicos, no obstante la rivalidad, el odio irreconciliable que habia germinado bien pronto en el ánimo de los dos caudillos invasores, Tárik y Muza; apénas si brillaba todavía la cruz de los cristianos en el reducido reino de Teodomiro (*Tadmir ben Gothos*), que habia de naufragar bien pronto en el proceloso mar de la invasion, y en las escarpadas montañas de Astúrias y Vasconia.

Los tres cuerpos de ejército que obedecian á Tárik se apoderaron sucesivamente de las ciudades más importantes de la Bética; la ya ilustre Córdoba, que luégo habia de ser famosa córte de los Omniadas, opone fiera resistencia; Toledo, la córte de los monarcas visigodos, abre sus puertas al afortunado vencedor, y le entrega el alcázar de Leovigildo y Wamba;

Écija, Málaga, Elvira.... todas las poblaciones de la zona meridional, aún aquellas que estaban escondidas entre ásperas sierras, y tenían por natural baluarte imponentes desfiladeros y altas montañas erizadas de peñascos, se rinden en breves días, sin intentar acaso la defensa de sus hogares y sus templos.

«Puédesse tener por cosa muy cierta (dice el analista aragonés), que no quedó lugar en lo más áspero y fragoso de los montes Pyreneos, ni en sus valles, adonde no penetrasse y prevaleciessen las armas y poder de aquella gente pajana....»

¡Tan grande era el terror de los atribulados moradores de España!

¡Bien pudo escribir el Rey Sabio, cinco siglos más tarde, que «España cató la su muerte,» y «llantos dolorosos é alaridos lloró,» y «la su honra é la su prez tornada es en confusión,» y «ella es más muerta que viva!»

Muza-ben-Nosseir, el ambicioso gobernador de la Mauritania Tingitana, acometió á la egregia Emerita Augusta, cuyos moradores pelearon con heroismo; Abdelaziz, su hijo, invadió las comarcas de Levante y el Mediodía, desde Murcia y Valencia hasta la antigua Illiberis; los dos caudillos, y también Tárik, después de su aparente reconciliación con el primero, por

orden de Al-Walid, sexto califa de Damasco, recorrieron victoriosos todas las provincias del infortunado reino visigodo, ya sujetando á los habitantes con férreo yugo y exacciones extraordinarias, ya dominándolos con la persuasión y la dulzura.

A Muza corresponde la conquista, mejor dicho, la ocupacion del ancho territorio que tiene por frontera meridional la corriente del Ebro: Césaraugusta, el soberbio convento jurídico de los romanos, sitiada por Tárík, y defendida bravamente por sus moradores, se entregó por dura capitulacion al jefe superior de los invasores; todas las ciudades, de la region septentrional de la antigua provincia Tarraconense, Ampurias, Barcelona, Lérida, Huesca..... se entregaron tambien á Muza-ben-Nosseir.

La enseña de la Media Luna dominaba como reina y señora en la Península ibérica.

II.

Es innecesario bosquejar la historia de la España musulmana durante el gobierno de los primeros emires; hémosla bosquejado ya en el primer libro de estas páginas de la Reconquista (I), si bien con la brevedad á que nos obliga

(I) Véase *Guadalete y Covadonga*, y tambien *Leon y Castilla*.

el reducido espacio de que disponemos, y á él remitimos á nuestros lectores.

Cúmplenos, empero, hacer aquí mencion especial de dos importantes acontecimientos que ocurrieron en el país de Afranch, segun llamaron los moros á las montañas y valles del Pirineo: estos acontecimientos fuéron la terrible derrota del emperador Carlo-Magno en los desfiladeros de Roncesvalles y la conquista de la *Marca hispánica*, ó sea el primitivo condado de Barcelona por los reyes francos.

Envuelto aparece en nube que no se puede esclarecer el primero de estos sucesos, por las contradicciones que existen entre las reseñas de los cronistas cristianos y las de los árabes: consta, sin embargo, el hecho; consta que el fundador de la dinastía carlovingia vino á España, ya llamado por los árabes descontentos ó rebeldes de Zaragoza, como algunos suponen y es lo más probable; ya con el designio propio de reducir á su imperio la España musulmana, como habia reducido el país de los sajones en la rudísima guerra de treinta años, que no concluyó hasta la retirada de Whitekim, héroe casi legendario, al país de los daneses.

Corria el año 777 (161 de la Hegira), cuando se presentó en Paderbonh, donde estaba reunida la Dieta germánica, el gobernador moro

de Zaragoza, Zuleiman-ben-Al-Arabí, para invitar á Carlo-Magno á apoderarse de la capital y comarca de su gobierno, por haberse rebelado contra el califa Abderrahman I: el emperador franco acepta la invitacion, junta numeroso ejército y franquea los Pirineos, llega ante los muros de la ciudad, encuéntrala cerrada á sus tropas, intenta ponerla sitio, y vése obligado á regresar á su país precipitadamente, á causa de noticias desagradables que habia recibido sobre nueva sublevacion de los sajones.

Dicen unos historiadores, que el moro Zuleiman fué traidor á Carlo-Magno, como lo habia sido al califa de Córdoba, su soberano; refieren otros, que para entónces habia fallecido, ó que habia sido puesto en prision por el mismo Carlo-Magno, sospechando de su buena fe, y que sus parciales se negaron á cumplir lo pactado para no comprometer vidas ni haciendas, cerrando las puertas de Zaragoza al ejército franco.

Sea de esto lo que quiera, es un hecho indudable, por más que las populares leyendas le hayan adornado de exageraciones fabulosas, que Carlo-Magno fué atacado por los vascones, cuando regresaba á Francia, en los desfiladeros de Roncesvalles, quedando allí sepultada la mayor parte de su brillante ejército.

El cronista *Moissiacense*, contemporáneo, dice, en el latín bárbaro de la época:

«Y en el año 778, habiendo reunido el rey Cárlos un grande ejército, penetró en España y conquistó la ciudad de Pamplona. Y estando allí, Tauros, rey de los sarracenos, se presentó á él y le entregó las ciudades que tenía, y le dió en rehenes á su hermano y á su hijo. Y desde allí el rey Cárlos continuó su camino hasta Zaragoza; y mientras andaba por las cercanías de esta plaza.....»

Pero oigamos (prescindiendo de los cantos del *Poeta sajón*, de la *Cancion de Roncesvalles* y de *El Romance de Roncesvalles*) lo que refiere el cronista Ejinhardo, testigo presencial de los sucesos:

«Habiéndose acercado á César Augusta, principal ciudad de aquella comarca, y habiendo recibido los rehenes que le ofrecieron Ibinalarabi y Abuhtaur, regresó á Pamplona, cuyos muros, para que no volviera á rebelarse, arrasó hasta el suelo; y regresando ya, entró en el Salto del Pirineo (*Pyrinei Saltum*), en cuyas cimas los vascones, habiéndole tendido asechanzas, y alcanzando la retaguardia del ejército, acometiéronla con gran tumulto..... En esta pelea muchos áulicos del emperador hallaron la muerte, y fueron robados los bagajes, y

el enemigo, que conocia perfectamente aquellos lugares, huyó despues en diversas direcciones.....»

«En cuya batalla perecieron Ejiardo, preposito de la real mesa; Anselmo, conde de palacio; y Rolando (*Hruodlandus*), prefecto de los límites de Bretaña, con otros muchísimos, sin que este desastre se haya vengado hasta el presente, porque el enemigo, consumada su hazaña, se dispersó de tal modo, que ni rastro siquiera de él volvió á tenerse (1).»

El historiador Zurita refiere así este memorable triunfo de los vascones:

«Carlo-Magno, con la esperanza de ajustar á su señorío á España, que era poseida de los infieles..... confiando que el rey Don Alonso de Astúrias, le dexaria por sucesor, por no tener hijos, no dudó de ofrecer su poder contra los moros.... y con esta confianza, comenzó á hacer gran guerra.

»Teniendo desto noticia los grandes y ricos hombres del reyno, entre los cuales es muy nombrado el valor de Bernaldo del Carpio, que era sobrino del rey... no quisieron dar lugar que esto se efectuasse, ni se sujetassen á na-

(1) *Vita Caroli Magni*, en Pertz, *Monumenta Germanicæ*, tomo II, págs. 447 y siguientes.

cion extranjera; y poniendo sus alianzas con el rey de Zaragoza, llamado Marsilio, salieron á resistir al emperador: concordáronse de resistir á esta entrada y empresa de Carlo-Magno, los asturianos, y las provincias de Vizcaya, Alava, Navarra, Barcelona y Aragon, y con gran deliberacion de un acuerdo deliberaron perderse y morir ántes que sujetarse á los francos; y juntándose con el rey Don Alonso, salieron á pelear contra el rey Cárlos.... y uvo entre ellos aquella tan famosa batalla en el puerto de Roncesvalles, en la cual se escribe, que murieron los más principales señores y condes que en aquel ejército venian, y entre ellos Rolon, conde de Bretaña, etc.»

Tal fué el desastroso fin de la expedicion de Carlo-Magno á Zaragoza.

Analizando estos hechos, revelados muy recientemente, con relacion á la época histórica en que ocurrieron, por el feliz hallazgo de la crónica de Ejinhardo, un crítico moderno (cuyo nombre no hace al caso) supone que los *vascones* que derrotaron á Carlo-Magno fuéron los mismos musulmanes de Zaragoza, mandados por aquel célebre Marsilio (Abdel-Melek) cuyo nombre se cita en las dos canciones francesas (del siglo XI) que hemos citado, é intenta privar de esta gloria nacional, no sólo á España,

sino á los indomables euskaros, es decir, á los *vascones*.

Y, sin embargo, ese mismo crítico que da tanta importancia á dos canciones más ó ménos fantásticas, en las cuales, por otra parte, tambien se cita á los vascones como autores del hecho de Roncesvalles, considera casi como apócrifo el famosísimo *Altobizcar Cantúa*, ese canto de guerra tradicional que ha llegado hasta nosotros á través de los siglos, revestido «de enérgica sencillez, notable por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia,» y el cual todavía se recita en las montañas vascas, fieles guardadoras de la gloria euskara.

Hé aquí la version libre del antiguo himno vasco á la victoria de Roncesvalles, titulado *Canto de Altobizcar*, hecha por el Sr. D. Francisco Rodriguez de Alba, distinguido profesor del instituto de Guipúzcoa:

«De armas y voces el rumor creciente
Llega del libre vasco á la montaña
Eheco-jauna, el montañés valiente,
Deja la dulce paz de su cabaña
Y al súbito clamor presta el oido
—¿Quién va?—grita, y su voz oyendo apenas
El fiel mastin en el umbral dormido
Alzándose veloz, con su ladrido

Del Altobízcar los contornos llena...
 ¡Es que invasora hueste se aproxima!
 »Cercano ya resuena
 El belicoso estruendo;
 Hierde la excelsa cima
 Del Ibañeta, que las nubes toca,
 Y retumbando va de roca en roca:
 Con el cuerno de guerra
 Responde al punto desde la alta sierra
 Sus flechas aguzando, el rudo vasco,
 ¡Ya se ven! ¡Ya se ven!—¡Ah! ¡Cómo brillan
 Del sol á los fulgores
 La férrea lanza y el bruñido casco,
 Las enseñas de múltiples colores!

»Cuéntalos bien, rapaz; con vista atenta
 Síguelos uno á uno... ¡Cuenta, cuenta!...
 Son uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis,
 Siete, ocho... ¡No veis
 Cómo se aumentan y el estruendo crece?
 Ya son nueve, diez, once, doce, trece,
 Catorce, quince... veinte...
 Y allá léjos cien!... ¡mil!... ¡No hay quien los cuente!
 Y es inútil contarlos... ¡Fieros vascos,
 Todos unidos á luchar volemós,
 Y esos duros peñascos,
 Esas rocas gigantes arranquemos,
 Y encuentre el invasor en su locura,
 Bajo su mole, horrible sepultura.

»¿Qué venís á buscar, hijos del Norte
 ¡A qué venís, en vuestro orgullo ciego,

Nuestra paz á turbar, nuestro sosiego?
 Esas montañas que los aires hienden
 Y á esconder van su cima allá, en el cielo,
 Son los eternos muros que defienden
 La independencia del hispano suelo.

»Mas ¡ah! que ya las rocas
 Desde la enhiesta cumbre desprendidas,
 Ruedan al hondo valle,
 Que ofrece angosta calle
 Del franco á las falanjes atrevidas,
 ¡Oh! ¡Cuánta confusion! ¡Qué horrible ruido!
 ¡Cuál se oye de los huesos el crujido,
 Del moribundo el eco lastimero!...
 De hirviente sangre caudaloso rio
 Corre por el fatal desfiladero...
 Lanzaos, lanzaos en vergonzosa huida
 Los que aún gozais de vida,
 La espuela hundiendo en el corcel ligero

»Y tú, rey Carlo-Magno, que arrojado
 Te hubiste á empresa, cuanto infame, *vand.*
 Huye desalentado,
 Con tu yelmo dorado,
 Y con tu manto de encendida grana;
 Mira en el polvo, exánime, abatido,
 El que á todos los tuyos excedia,
 El famoso Roldan... ¡Qué le han valido
 Su ponderado arrojo y osadía?

»¡Ah! ¡Todos huyen! Fieros Euskaldunas,
 Descendamos ligeros
 De los montes altivos,

Y acaben con los viles fugitivos
 Nuestros dardos certeros,
 ¡Oh! ¡Cuán veloces huyen! ¡Qué se han hecho
 Su ostentoso valor, sus iras fieras?
 ¡Dó están sus cascos y sus lanzas duras,
 Sus flotantes banderas,
 Sus ricas y lucientes armaduras?
 Otra vez cuenta la falanje aleve,
 Rapaz... ¡Son muchos?— Veinte, diez y nueve,
 Diez y ocho, diez y siete, diez y seis...
 Quince no más... catorce, trece, doce,
 Once, diez, nueve, ocho,
 Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno!...
 Ya todos perecieron.—¡No hay ninguno!
 »Reina el silencio... Noble *Echeco-jauna*,
 De tu cabaña al plácido sosiego,
 Entre los hijos y la tierra esposa,
 Con tu leal mastin regresa luégo,
 Y allí tranquilo y sin temor reposa.

 Y esos despojos, míseros, sangrientos,
 De innobles fieras la terrible saña
 Sufran, y de los cielos la inclemencia...
 Y alto ejemplo serán de cómo España
 Lucha por defender su independencía.» (1)

(1) En los juegos florales celebrados en Pamplona el día 15 de Julio de este año, ha sido premiado con medalla de plata un hermeso o canto poético, *La Rota de Roncesballes* original del poeta navarro de Don Arturo Cayuela.

III.

La creacion de la Marca Hispánica es el otro acontecimiento á que hemos aludido.

Hácia el año 797, el rey franco Ludovico Pío recobraba la plaza de Narbona, entraba con fuerte ejército en Gerona, Lérida, Huesca y otras ciudades del Afranch, que fuéron en breve recobradas por el tercer califa de Córdoba, el jóven Al-Haken I.

Pero el camino estaba abierto: á los pocos meses vuelve de nuevo á atravesar el Pirineo el rey Ludovico Pío, apoderándose de Gerona, Ausona (*Vicus Ausonenses*, Vich), Lérida, Manresa y otras poblaciones de aquella region, que fué desde luégo denominada Marca de España, y cuyo gobierno dejó encomendado á un magnate llamado Borrell.

La conquista de Barcelona, habiendo salido frustradas las inteligencias secretas que el rey franco tenía en la plaza, no se verificó hasta el año 801.

Uniéronse como en cristiana cruzada los principales caballeros de Aquitania, y á las órdenes del duque Guillermo de Tolosa, se dirigieron á la antigua Barcino, que estaba defendida por Saïd, principal caudillo moro, que tuvo

propósitos de entregarla al rey franco: pusieronla cerco, que se fué estrechando más cada día, y llamaron en su auxilio al rey Luis *el Piadoso*.

Prodigios de valor hicieron los sitiados; reducidos á la última extremidad, pidieron en vano socorro al califa de Córdoba; á la voz de su jefe Said, el primero en dar ejemplo de bravura en el combate y de entereza en los sufrimientos, sostuviéronse largo tiempo, áun perdida toda esperanza.

Pero la hora habia sonado: los sitiadores ordenaron el asalto, amparados con las vigorosas acometidas de máquinas y arietes; corrió la sangre á torrentes en las filas de unos y otros; los musulmanes, por fin, cedieron ante la constancia del ejército franco, y pidieron capitulación.

Así quedó Barcelona en poder de los cristianos, en el año 801, ántes de cumplirse un siglo de haber caído bajo el yugo mahometano.

CAPÍTULO III.

¿Es posible fijar el verdadero origen de los Estados de Aragón y Navarra?—Exámen breve de autoridades.—Opinion del autor.—Testamento de Sancho *el Mayor*.—Reinado de Ramiro I.—Reinado de Sancho Ramirez.—Sitio de Huesca.—Victoria de Alcoraz.

I.

¿Cuál fué el origen del reino de Aragón? ¿Comenzó realmente la série cronológica de los monarcas aragoneses y navarros en Iñigo Arista, entre los años 840 y 850? ¿Es, por ventura, este Iñigo Arista el sexto soberano independiente del país de Afranch, como supone Garibay, ó el segundo, al decir del P. Moret, ó el primero, segun el académico Traggia, ó no ha existido nunca, si hemos de creer al excéptico jesuita Masdeu?

El famoso libro *Becerro* del real monasterio de San Salvador de Leire, enterramiento de los primeros reyes navarros y aragoneses, anterior al célebre de San Juan de la Peña, comienza así,—y nadie lo entenderá:

«Esta es la tabla de los reyes cuyos cuerpos yacen sepultados en el monasterio de Leire. Era 705, murió el rey Iñigo Garces, vulgarmen-
te llamado *Arista*, y su esposa Jimena.»

«Despues de éste, reinó su hijo Jimeno Iñiguez, cuya esposa fué Munia, y murió en la era 775 (año 737).

«Reinó despues de él 22 años Iñigo Jimenez, y murió en la era 850 (año de J. C., 812).....»

No es posible hallar más contradicciones, ni más oscuridad y densa tiniebla en ningun otro período de la historia patria.

Por otra parte, la *Crónica Biclarense*, que fué concluida en el año 724; la de Isidoro Pascense, terminada en 754; la Salmanticense, del siglo IX; la de San Eulogio de Córdoba, quien viajó por el país vasco á mediados del mismo siglo IX..... ninguna, en fin, menciona para nada la creacion del reino aragonés en Sobrarbe, ni el navarro en Tudela ó Pamplona, ni mencionan tampoco, ni aluden siquiera, al que se supone fundador de ambos, Iñigo Arista.

La crónica Albeldense es la primera que dice sencillamente así: *In era DCCCCXCIII* (año 955), *surrexit in Pampiluna Rex nomine Sanctio Garseanis.....;*» y aunque se apele á los cronistas árabes; y se repase cuidadosamente la magnífica obra *Invasions des Sarrazins en France..... pendant les 8^e, 9^e et 10^e siècles de notre ère*, del sabio M. Reinaud (París, 1836-1839), en la cual se deslinda con recto criterio la historia del antiguo país de Afranch, en ge-

neral, no se hallará una sola noticia que sea aplicada con exactitud á esclarecer las tinieblas que envuelven por completo el origen del reino aragonés.

Ademas, las inscripciones funerarias de San de la Peña, desautorizadas con sana lógica por el P. Moret, y las de San Salvador de Leire, por el P. Briz Martinez, tienen hoy ménos autoridad que la fabulosa crónica de Fr. Gauberto Fabricio, de la cual decia el docto, severo y eruditísimo Zurita: «Ese libro..... es la más infame cosa que anda impresa, y que más burla ha causado á nuestra nacion; y hay en él tan poco fruto en la Historia que se pueda atribuir á su diligencia, que no quise jamás nombrarlo en mis *Anales*. (1)

Con mucha razon ha escrito un moderno crítico, el Sr. Yanguas: «¿Qué nos importa que los primeros reyes de Navarra (ó de Aragon, añadimos nosotros), se llamasen Sanchos, Iñigosó-

(1) Recientemente, en 1877, ha sido impresa á expensas de la Diputacion Provincial de Zaragoza, así como los *Comentarios* de Jerónimo Blancas. Valiera más, á nuestro juicio, haber hecho una edicion económica de los *Anales* de Zurita, el gran historiador aragonés,—de cuya grandiosa obra no hay un ejemplar, ni siquiera en la Biblioteca pública del Ministerio de Fomento.

Aznares? ¿Qué significan esas eternas disputas, queriendo atribuirse (navarros y aragoneses), cada uno la gloriosa casualidad de haber dado reyes á un país que jamás quiso ser dominado sino de sí mismo? ¿No tiene algo de puerilidad la disputa sobre si el primer rey fué proclamado en Sobrarbe ó en Amescoa? ¿Acaso entónces las montañas de Jaca y de Navarra dejaban de ser una misma nacion? No habia aragoneses, ni navarros: todos eran *vascones*..... y los moros no les daban otro dictado que el de *cristianos de los montes de Afranch.*»

Exactamente.

Renunciemos á divagar por el período fabuloso, cuyos reyes, si los hubo, eran *duces*, capitanes, caudillos (*sive reges, sive duces*, dijo el gran Zurita); recuerden nuestros suscritores, por no repetir aquí lo que ya hemos dicho en *Leon y Castilla*, la narracion del segundo período, ya verdaderamente histórico, hasta la muerte de Sancho *el Mayor*, rey de Navarra; comencemos, pues, este libro con el glorioso reinado de Ramiro I, *el Cristianísimo*, á quien se debe considerar como el verdadero fundador de la monarquía aragonesa. (I)

(I) Precisamente al corregir las pruebas de este capítulo, vemos en la *Revista Hispano-Americana*

¿Quiere decir esto que privamos de dos siglos á la historia de Aragon? No: quiere decir sencillamente que esa historia no está hecha.

Se hará, no lo dudamos: á ello contribuirán en gran manera los distinguidos orientalistas que tienen asiento en los sillones de la Real Academia de la Historia.

II.

Murió Sancho *el Mayor* de Navarra á principios de Febrero del año 1035, y no están acordes los historiadores en señalar el lugar donde ocurrió aquel suceso, y ménos todavía la verdadera causa del mismo. Segun unos, acometióle violenta enfermedad en las cercanías de la capital de Astúrias, cuando viajaba á manera de peregrino para venerar las reliquias de la Cámara santa; segun otros, fué asesinado en Campomanes, al pié de las montañas de Pajares, por un padre ó un marido ofendido.

Hay una frase tradicional en aquellos luga-

(tomo V, núms. 20 y 21), un excelente estudio crítico del Dr. D. Vicente de la Fuente (aragonés), sobre los fueros primitivos de Aragon; en el cual se afirma que «hasta el tiempo de Don Alfonso I no hubo un verdadero Aragon.»

res, que tuvo su origen, al decir de los cronistas asturianos, en los hechos que ocasionaron la muerte de Sancho el Mayor: *Si la hiciste en Pajares, pagárasla en Campomanes*, y esta frase es el resúmen de leyendas y romances legendarios que han recogido con actividad y laudable celo algunos escritores modernos. (1)

Otra vez se repitió el funesto ejemplo que habia dado Alfonso III *el Magno* en el Castillo de Boides: al abrirse el testamento del egregio monarca cuyos dominios se extendian á casi toda la España cristiana, hallóse marcada una division tan insensata como la que habia dejado hecha el conquistador de Zamora.

A García Sanchez, III de este nombre, su hijo primogénito, dejábale el reino de Navarra; á Fernando, el condado de Castilla y el territorio conquistado hasta los muros de Leon; á Ramiro, su hijo natural (*quem ex concubina habuerat*, segun la frase, bien poco discreta, del Monje de Silos), *el condado* de Aragon; á Gonzalo, por último, otro de sus hijos legítimos, los condados de Sobrarbe y Ribagorza.

El natural resultado de esta division funestísima se dejó conocer bien pronto: los cuatro

(1) Véase el interesante *Albums de un viaje por Astúrias*, por D. Nicolas Cástor de Caunedo.

hermanos, envidioso cada uno de la mejor fortuna de los otros, comenzaron á mirarse recelosamente y concluyeron por declararse cruda guerra: el aragonés, más ambicioso y también osado, pretendió apoderarse de los Estados de Navarra, y no retrocediendo ante una alianza con los enemigos naturales del nombre cristiano, los valíes de Zaragoza y Huesca, se adelantó con fuerte ejército hasta la línea del Arga con ánimo de apoderarse de Pamplona; pero el navarro, dando pruebas de actividad y prevision que los historiadores encomian, le salió al encuentro en las cercanías de Tafalla, acometióle vigorosamente y le derrotó por completo, apoderándose hasta de las tiendas de su adversario, el cual se refugió en las asperezas de su condado.

Esta leccion provechosa fué, por decirlo así, el primer triunfo que consiguió sobre sí mismo el rey D. Ramiro de Aragon.

Desde esta época comienza el engrandecimiento de aquel pequeño Estado que tenía por límite septentrional la cordillera pirenaica y la frontera oscense.

Corria el año 1038 (1) cuando el menor de

(1) La historia no señala á punto fijo la fecha de este acontecimiento.

los hijos de Sancho de Navarra, aquel Gonzalo que habia heredado el señorío de Sobrarbe, fué asesinado alevosamente por uno de sus feudos, Ramonet de Gasuña, al regresar de una partida de caza; y los sobrarbeños, en constante lucha con los musulmanes de Huesca, se apresuraron á ofrecer el señorío de Sobrarbe y Ríbagorza á Ramiro de Aragon, el soberano cuyos Estados eran limítrofes de los del difunto Gonzalo.

Este acontecimiento vino á ser como la firme base sobre la cual se erigió, andando el tiempo, el poderoso imperio de los Alfonsos y los Jaimes.

No cumple á nuestro propósito, porque traspasaríamos los límites demasiados reducidos que se nos han señalado, enumerar los esfuerzos que hizo el rey Don Ramiro para organizar aquel nascente Estado: reunió concilios que decretaron sabios cánones, algunos de los cuales fuéron luego leyes del reino; dió muestras de sólida piedad; concedió con munificencia verdaderamente régia amplias donaciones á la Iglesia, y varios privilegios á sus pueblos; anheló vivamente la reconquista de las importantes ciudades ocupadas por los árabes, que formaban la frontera meridional de su pequeño Estado, y bien se echa de ver ese anhelo, esa aspiracion nobilísima de Ramiro I, en el famoso decreto

del concilio de Jaca, presidido por el monarca, restaurando la silla episcopal de Huesca, áun ántes de que el estandarte cristiano hubiese sido enarbolado en los muros de aquella ciudad insigne.

La muerte de este rey, ocurrida en 1063, ha sido objeto de discusion y constantes investigaciones para los historiadores aragoneses: afirman unos que Don Ramiro pereció ante los muros del castilo de Graus, peleando bizarramente con los musulmanes que guarnecian la fortaleza; dicen, empero, otros historiadores, los más modernos, que fué traidoramente asesinado por un soldado musulman que recibió el pago de su traicion de manos del reyezuelo moro de Zaragoza. Extractemos la reseña de un cronista árabe citado por el erudito Dozy: «Hallabase Radmir el Rumí sitiando el castillo de Graus, y venció á los fieles del walí de Zaragoza, y les hizo sufrir el mártirio de la espada; Almotadir llamó á Sadaláh, y se lamentó con él de la matanza que habia sufrido su hueste; Sadaláh se vistió entonces con el traje y las armas de un rumí, y se fué al campo de Radmir; comenzó la batalla al siguiente dia, y cuando el tirano de los infieles se preparaba á ordenar el ásalto, Sadaláh le arrojó una lanza al rostro, que le penetró por el ojo derecho; Radmir cayó al suelo y el vengador de

los fieles gritó en el idioma de los cristianos: «¡Oh hijos, el Sultan ha muerto!» y los cristianos huyeron derrotados, y la victoria coronó el esfuerzo del musulman.

Sea de esto lo que quiera, es indudable que el rey D. Ramiro murió en la pelea, el día 8 de Mayo del citado año 1063, habiendo sido enterrado en el monasterio de Ainsa, no en el de San Salvador de Leire como afirma erróneamente el autor de la *Historia general de España*.

Estuvo casado, desde 1036, con la princesa Gisberga, hija del conde de Baigorre, de la cual tuvo cuatro hijos, sucediéndole en el trono el primogénito, Sancho Ramirez.

III.

El reinado de Sancho Ramirez (1063-1094), uno de los más largos y venturosos de los primeros tiempos de Aragon, señala otro importante acontecimiento en este reino.

A los dos años de haberse ceñido la corona el joven Sancho, aliado con los condes de Urgel y de Pallás, emprendió la conquista de Barbastro: sitió la plaza; acometióla reciamente, y plantó la cruz de Sobrarbe en sus enhiestos muros, iniciando así el camino de otras empresas

más provechosas en la fértil region de los valles aragoneses.

Cara fué la victoria: los musulmanes pelearon con encarnizamiento, como si presintiesen que la pérdida de aquella fortaleza, centinela avanzado en el límite meridional de la region pirenaica, habia de dar la señal indudable del progresivo engrandecimiento del reino aragonés.

Allí murieron peleando animosamente los más bravos caudillos del ejército de Sancho Ramirez; allí tambien quedó sin vida el conde Armengol de Urgel, el aliado de Sancho, y con cuya hija mayor, Felicia-Ermesinda, habia contraido matrimonio este monarca al año siguiente de su elevacion al trono.

A los pocos años, despues de haber logrado exenciones y privilegios importantes de la Sede Pontificia, ocupada sucesivamente en aquellos dias por los célebres pontífices Alejandro II y Gregorio VII, el rey aragonés fué proclamado rey de Navarra.

Ocupaba el sólio de Pamplona un nieto de Sancho *el Mayor*, llamado Sancho Garcés, hijo de García Sanchez III, *el de Nájera*, que pereció, luchando contra su hermano Don Fernando I de Castilla y de Leon, en la famosa batalla de Atapuerca (1.º de Setiembre de 1054).

Ramon, envidioso hermano de este joven príncipe, que aspiraba á reemplazarle en el trono, concibió contra él uno de esos odios fraticidas que la historia de aquel tiempo registra con dolorosa frecuencia en sus páginas: el día 4 de Junio de 1076, cuando los dos hermanos regresaban de una partida de caza, el alevoso Ramon se precipitó sobre el descuidado Sancho Garcés, cuando éste se hallaba al borde de un desfiladero de Peñalen, y le arrojó en la profunda sima. (1)

Los navarros, que amaban á su rey, persiguieron al cruel fraticida, el cual buscó un refugio contra la indignacion de los súbditos de su hermano en la córte del rey moro de Zaragoza; el hijo de Sancho Garcés huyó tambien de Pamplona, arrebatado por sus mismos parciales, ante la prevision de un nuevo crimen; los próceres del reino, anhelando ponerse en defensa ante los preparativos del rey moro de Zaragoza, aclamaron unánimemente por sucesor del monarca asesinado al aragonés Sancho Ramirez.

Urgía tambien este hecho: el rey de Castilla

(1) Ramon *el Fratricida* era el hijo menor de García Sanchez III, *el de Nájera*, quien, casado con la princesa Estefanía, tuvo ocho hijos legítimos.

Alfonso VI, nieto, como Sancho Garcés, del rey Sancho *el Mayor*, dispuso poderoso ejército para disputar la corona al monarca que se dieron los navarros, y entró por fuerza de armas en algunas plazas ribereñas del Ebro.

Pero Sancho Ramirez no abandonó por esto la campaña que habia emprendido contra los musulmanes: puso cerco á la fortaleza de Mufiones, en el límite meridional de Ribagorza, y la tomó por asalto; peleó contra el reyezuelo de Huesca, que habia acudido á defender á los sitiados, y le derrotó completamente; hizo una atrevida incursion por el llano, talando los campos y arrasando los pueblos de las cercanías de Zaragoza, hasta el punto de obligar al rey musulman á rendirle tributo de vasallaje; cercó el castillo de Graus, aquél mismo ante cuyos muros habia perecido gloriosamente su padre y antecesor en el trono, Ramiro I, y tambien le tomó por asalto; ganó, finalmente, á Monzon (en el año 1086), aquella insigne ciudad que, andando el tiempo, habia de ser uno de los principales baluartes del reino y de las instituciones liberales de Aragon.

No mencionaremos aquí las campañas de Sancho Ramirez contra el Cid Campeador, ni sus alianzas con los moros para vencer al caudillo castellano, así como no las mencionamos

al bosquejar la historia de los cóndes de Barcelona: hemos citado ya en otro libro de esta BIBLIOTECA (1) las principales etapas de aquel desdichado camino de victorias y derrotas, y no hemos de repetirlas ahora, cuando no cumple á nuestro propósito.

Escribimos especialmente las páginas de la Reconquista, y así como procuramos omitir la descripción de las contiendas, siempre lamentables, pero en aquellos tiempos de tristísimas consecuencias, que tenían entre sí los príncipes cristianos de la Península, casi todas motivadas por la ambición, y algunas por la temeridad, omitimos también muchos sucesos que no se refieren directamente á la prosecución de la grande obra de la independencia patria.

Sancho Ramirez, siempre anheloso de ensanchar las fronteras de su reino, alimentaba la aspiración heroica de reconquistar á Huesca desde que derrotó ante los muros de Graus al emir de aquella antigua ciudad ilergeta; y en la primavera del año 1094 creyó llegado el momento de realizar sus secretos planes: había preparado disimuladamente un ejército importante, compuesto de tropas aragonesas y navarras, escalonadas con hábil artificio en las

(1) Véase *Leon y Castilla*.

montañas estratégicas que rodean la plaza, y en el momento oportuno salió de Monzon, donde residia desde la conquista de este pueblo, y fué á colocarse al frente de sus bravos soldados: aún existe el alto promontorio donde, segun la tradicion constante, el rey Sancho Ramirez hizo colocar su tienda de campaña: llámase *el Pueyo de Don Sancho*.

Huesca estaba defendida por un ejército poderoso, aumentado con tropas zaragozanas que mandaba el rey Almostain, y cuando los aragoneses y navarros comenzaron á acometer la plaza, habia reunidas dentro de los muros de ésta las más aguerridas huestes musulmanas de la España oriental.

El sitio se formalizó á principios de Junio; las máquinas de guerra se acercaban lentamente á las murallas; los sitiados reparaban con facilidad el estrago que producian los recios ataques de aragoneses y navarros.

El valeroso Sancho Ramirez, acosado por la impaciencia, y ardiendo en deseos de recuperar aquella ciudad insigne, fué víctima de su misma bravura: al amanecer del dia 4 adelantóse el temerario monarca, seguido de algunos bravos paladines, á corta distancia de los muros, y un ballestero musulman le hizo blanco desgraciado de una saeta: el arma arrojadiza, guiada por la

casualidad ó por certera mano, penetró en el pecho del rey por debajo del brazo, é hirió mortalmente al monarca.

Más de medio siglo ántes, el 5 de Mayo de 1027, parecia de igual manera, ante las murallas de Viseo, el rey Don Alfonso V de Leon, el generoso, el magnánimo, el restaurador de la patria (1).

Aun en aquella hora suprema dió señalada muestra de su animoso coraje, y singularmente de su piedad, el egregio vástago de Ramiro I: dictó su testamento, consoló á sus hijos Don Pedro y Don Alfonso que le rodeaban en el lecho mortuorio, y entregando su espada al mayor, en presencia de los principales caudillos del ejército, le hizo jurar que no levantaria el cerco de la plaza, hasta haber agregado ésta á los ya extensos dominios de Aragon.

Así murió, el mismo dia 4 de Junio, el bravo conquistador de Graus y de Monzon, dejando trazada á su hijo y sucesor Don Pedro I, la difícil senda que habia de seguir para ganar eterno lauro en las páginas de la historia, ensanchando más todavía el Estado aragonés.

(1) “..... *Qui populavit Legionem* (se lee en su sepulcro, en el panteon de San Isidro) *post destructionem Almanzoris.*”

No fué vano el juramento: proclamado rey el jóven Don Pedro ante el cadáver de su padre, continuó con valerosa perseverancia y tenaz empeño el sitio de Huesca; derrotaron sus tropas, guiadas por el jóven Alfonso, hermano del nuevo monarca, al ejército musulman que mandó el rey de Zaragoza en auxilio del atribulado emir de Huesca, y esta plaza, por último, cayó en poder de los cristianos á los pocos dias de la batalla de Alcoraz, y despues de siete meses de cerco y de reñidos combates, entrando en ella victorioso el rey Don Pedro I, en 25 de Noviembre de 1096.

Ejemplo insigne de que, en aquella época de revueltas y *estrageo de costumbres*, los mismos caudillos cristianos solian pelear en ayuda de los musulmanes: el conde de Nájera Don García de Ordoñez, combatió contra Pedro I en la batalla de Alcoraz, quedando prisionero del generoso monarca;—generoso en verdad, que no quiso vengar ofensas recibidas y le dejó volver libre á sus Estados de Navarra.

CAPITULO IV.

Condado franco de Barcelona.— Barcelona independiente.—
De Wifredo *el Velloso* á Ramon Berenguer I.

I.

El origen del condado de Barcelona no aparece envuelto en la niebla de fabulosas ficciones, como el de los reinos de Aragon y Navarra.

Constituida la doble region que se llamaba Marca de España y Marca francesa ó Aquitania, aparece desde luégo formado el primer límite del condado, con la conquista de Barcelona por el rey Ludovico Pío, hijo de Carlo-Magno.

Un magnate godo, llamado Bera ó Bara, segun dicen varios autores, que tenía ya vastos Estados en la region Ausonense, fué el primer conde de Barcelona, como tributario y feudo de los reyes de Aquitania.

Hay que prescindir, por supuesto, de las narraciones de la leyenda, las cuales atribuyen origen distinto al condado de Barcelona, introduciendo un personaje fantástico, puesto que de él no queda rastro en las páginas históricas, llamado Otgert-Khatalós, á quien se hace figurar como el primer héroe de la reconquista en la Marca Hispánica, ó sea en Cataluña.

Gobernó Bera desde el año 801 hasta el 820, efectuando algunas incursiones en territorio ocupado por los árabes, durante el califado del ilustre Al-Hakem I; pero habiendo sido acusado de traicion por otro magnate godo que aspiraba á reemplazarle, y quedando vencido en el palenque de Aquisgran, ante el emperador franco, éste le declaró culpable, segun las costumbres de la época, le depuso, y le dió por sucesor al famoso conde Bernardo de Tolosa, en el año 821.

Por entónces, cuando ya reinaba en Córdoba el califa Abderrahman II, las tropas musulmanas amenazaron con una invasion á las regiones de la Marca Hispánica, y á la vez alzó pendon rebelde en las cercanías de Vich un magnate franco, Aizon, descontento y fugitivo del palacio imperial de Aquisgran: el conde Bernardo no tuvo fuerzas ni fortuna para resistir á esta doble acometida, y fué cercado por los moros y los descontentos en Barcelona, única ciudad de la Marca Hispánica que mantenía enhiesto el pendon del condado.

Dícese que el conde Bernardo sostenia relaciones íntimas con la segunda esposa del emperador Ludovico, y áun algunos cronistas suponen que el hijo y sucesor de este monarca franco debe ser considerado como hijo del con-

de Bernardo; el hecho es que si éste fué destituido en el año 833, y nombrado para sucederel el conde Berenguer, hijo de otro conde llamado Unrico, vemos, sin embargo, que ántes del fallecimiento del emperador Ludovico, era otra vez conde de Barcelona el mismo Bernardo, hasta que fué condenado á muerte por el emperador Cárlos *el Calvo*, su propio hijo, segun aquellos cronistas, en la dieta de Tolosa, con aquellas famosas palabras que nos han conservado los *Anales fuldenses*: «¡Maldito sea de Dios y de los hombres el que deshonoró á mi madre y fué traidor á su amo y señor!»

Sucedió en el condado otro magnate godc llamado Aledran, que fué reemplazado al poco tiempo por el hijo del ajusticiado en Tolosa, el conde Guillen, quien, auxiliado por los moros cordobeses, atacó y conquistó á Barcelona, apoderóse de Aledran y se constituyó en dueño de la Marca Hispánica.

Tal vez este hecho habria sido el principio de la independendia de Cataluña, si el intruso conde Guillen no hubiese sufrido espantosa derrota por los parciales de Aledran, quien volvió á ocupar el gobierno del condado, en el año 850; pero todas estas intestinas turbulencias dieron aliento al califa Abderrahman II para obrar por su propia cuenta en la Marca Hispá-

nica, y declarando la guerra al emperador franco, avanzó con numeroso ejército hasta las puertas de Barcelona, sitió la plaza, apoyóse en la traicion de los judíos que allí moraban y logró entrar en ella á sangre y fuego, destruir las fortificaciones, acopiar botin inmenso y regresar triunfante á sus Estados.

Hácia el año 852 era conde de Barcelona otro prócer godo nombrado Udalrico, á quien sucedió en el mismo año Wifredo de Arria, cuyo gobierno duró hasta el año 872, siendo reemplazado por otro magnate godo llamado Salomon, el cual fué el último feudatario de los emperadores francos.

En efecto, el pueblo catalan, aleccionado con las revueltas acaecidas en tiempo de los últimos condes, y haciendo brioso alarde de su carácter independiente y bravo, sublevóse contra Salomon á los dos años del gobierno de este conde, cercóle en su propio palacio y le obligó á elegir entre la renuncia ó la muerte: Salomon, digno de mejor fortuna, á juzgar por su entereza, prefirió esto último, y murió en la pelea.

Entónces los catalanes proclamaron conde independiente de Barcelona al célebre Wifredo el *Velloso*, quien se mostró digno de la eleccion: emprendió vigorosas campañas contra los árabes, apoderándose de la antigua region auso-

nense, que estaba ocupada por la morisma desde los tiempos del conde Guillen; ensanchó los límites de su naciente condado hasta cerca de Tarragona; venció á los walíes de los pueblos inmediatos á Zaragoza y pudo dejar á su hijo y sucesor Wifredo II el núcleo del poderoso reino que habian de ilustrar con altos hechos sus gloriosos descendientes.

La leyenda caballeresca concede á este monarca la creacion del escudo de armas de Barcelona: dícese, que estando Wifredo I herido gravemente en su tienda de campaña frente á Vich, visitóle el emperador Cárlos *el Calvo*, y éste, reconociendo en aquel momento la independencia de Barcelona, y mojado su mano derecha en la sangre que manaba de las heridas del conde, trazó en el limpio escudo de Wifredo las cuatro barras ensangrentadas que aún hoy forman el más brillante cuartel del escudo catalan.

Wifredo *el Velloso* tuvo tiempo, en medio de los cuidados de la guerra, para dictar leyes sábias y dejar á la posteridad grandiosos monumentos, cuyas ruinas todavía existen: ahí están las del insigne monasterio de Santa María de Ripoll, una de las creaciones más características y bellas del arte románico, en su postrer período, las cuales han sido amontonadas en

doloroso hacinamiento de escombros, más por la incuria de los gobiernos que se han sucedido en España desde la exclaustracion monacal, época infausta para las artes, que por el estrago de diez siglos (1).

Wifredo II, llamado tambien Borrell I, sucedió á su padre en 898, y á él, que falleció en edad temprana, sucedió su hermano Sunier, el año 912, quien apesadumbrado por la muerte de su hijo, el conde Armengol de Ampurias, que pereció gloriosamente peleando contra los moros, abandonó las riendas del gobierno á su hijo segundo, llamado tambien Borrell, y terminó sus dias como religioso profeso en el monasterio de San Juan de las Abadesas, en 954.

(1) «Ripoll, la Covadonga catalana; Ripoll, la perla nascuda al unir-se lo Ter ab lo Freser; la gran vila que euclohia dintre de sos murs lo temple més gran aixecat al cristianisme en lo nové sigle..... parets altissimas, murs gegantins, voltas trencadas, finestral mitj caiguts, monts de runas com arrasadas per lo canó y engolidas per las flamas.....

«Aquí dormen en somni etern nostres primers héroes; entremitj d'eixas ortigas hi restan perdudas las venerandas cendras de nostres primers Comtes»
—S. Rusiñol, *Impresions de una excursió 'al Taga*, etc. (Barcelona, 1882.)

En el reinado de Borrell II acaeció en España aquella espantosa calamidad para los reinos cristianos, que personificaba el fiero Almanzor (Mohammed ben-Abdallah ben Abir Ahmet el Moaferi), el favorito de la sultana Sobehya, madre del pusilánime califa Hisem II: Barcelona, la fuerte capital de los reyes de Afranch, no se libró de la horrenda suerte que cupo á los pueblos de Castilla, de Leon y de Galicia, á las insignes capitales de Alfonso V, y de Garci-Fernandez, y á la ya universalmente famosa Compostela; Barcelona fué tomada (año 985) por los soldados de Almanzor, miéntras el conde Borrell II huia por mar á la vecina costa francesa; y sólo algunos meses despues, el fugitivo conde apareció en las montañas pirenaicas guiando fuerte ejército de cruzados, á quienes concedia privilegios y franquicias notables, y pudo recobrar la plaza capital de sus Estados, despues de sangrienta pelea.

En el año 992 sucedió en el gobierno de Barcelona el conde Borrell III, hijo primógenito del anterior, quien no estuvo, como algun historiador catalan de nuestros dias ha indicado, en la gloriosa batalla de Caltañazor al lado de las banderas de Castilla, Leon y Navarra: en cambio auxilió con sus tropas, unidas á las del condado de Urgel, que mandaba su hermano Ar-

mengol, al pretendiente al trono de Córdoba, Mohammed II, cuyos derechos á la corona disputaba Suleiman-ben-Al-Hakem.

Halláronse las huestes enemigas en las cercanías de Córdoba, y la victoria parecia querer ayudar á las armas de Suleiman; pero la hueste catalana se lanzó entónces con vigoroso ímpetu en lo más recio de la pelea, y arrolló y desbarató al ejército contrario, no sin que murieran en el combate los más valerosos capitanes cristianos, y el mismo conde Armengol de Urgel, hermano del de Barcelona.

Dióse esta batalla en Akbatalbacar (*Colina de los bueyes*), cerca de Córdoba, el año 1010, y al decir de varios cronistas, todavía se libró otro sangriento combate contra las tropas de Suleiman, en las cercanías de Guadiaro.

Falleció el conde Ramon Borrell III, á principios de 1118, y fué proclamado sucesor su hijo primogénito Berenguer Ramon I, niño á la sazón, bajo la tutela de su madre Ermesinda: éste es el que se conoce en la historia con el sobrenombre de *Curvo*, á quien debe Barcelona sus principales fueros y privilegios, los cuales sin embargo, habian sido ya iniciados en Carta-Puebla de Borrell II, como queda indicando anteriormente, en el año 986.

Breve fué su reinado: cuando aún no contaba

treinta años de edad, falleció casi repentinamente en Mayo de 1035, tres meses después de la muerte del famoso Sancho *el Mayor* de Navarra, y precisamente cuando estallaban las turbulencias que dividieron por espacio de tantos años á los otros príncipes de la península.

Sucedióle el conde Ramon Berenguer I, el mismo día del fallecimiento de su padre, y teniendo apenas la edad de trece años; y desde esta época empieza el colosal y rápido engrandecimiento de Cataluña, hasta la union de este ilustre condado con el reino aragonés, por el matrimonio de Ramon Berenguer IV, con la princesa Petronila, hija de Ramiro II *el Monje*, en 1137.

Comenzó á formarse el Estado catalan bajo la dependencia de los emperadores francos y los reyes de Aquitania; concibió el pueblo la generosa idea de sacudir el suave yugo de aquellos monarcas ultrapirenaicos; aclamóse por conde independiente á Wifredo *el Velloso*; y en lo sucesivo, y teniendo la fortuna el pueblo catalan de ser regido por príncipes dignos, aún en aquellos calamitosos tiempos, pudo llegar á la mayor grandeza.

CAPÍTULO V.

ARAGON.—Reinado de Pedro I.—Conquista de Huesca.—Alfonso I *el Batallador*.—Sus victorias y su memorable expedicion á Andalucía.—Conquista de Zaragoza.—El siti^o de Fraga.

I.

La Historia concede á Ramiro I el sobrenombre de *Cristianísimo*, y al glorioso hijo de este monarca, Sancho Ramirez, el de *Valeroso*: uno y otro fuéron los verdaderos fundadores del reino aragonés.

Aparece ya entónces una época de gran cultura, de organizacion social; quedan ya vindicadas la primogenitura y la legitimidad; de aquel humilde condado que heredó el primero, el hijo bastardo de Sancho *el Mayor*, se forma una monarquía robusta, un reino que se ensancha progresivamente, que se vigoriza con las victorias, que crece, en fin, con la anexion de Navarra (aunque esta anexion fuese poco duradera), por la desastrosa muerte de Sancho Garcés, *el de Peñalen*.

Más todavía: si Ramiro I convoca y preside la asamblea religiosa y política de Jaca, en Marzo de 1063, su hijo Sancho Ramirez otorgó

el célebre *Fuero de Jaca*, en 1064, para quitar á los vecinos de la entónces capital aragonesa los *malos fueros* (1), esto es, ciertos servicios que solian prestar ó pagar, tal vez por exigencia de los magnates, sin estar en uso, «ni reconocidos en su tierra, ni venir de padres á hijos;» y todo esto, en verdad, no habla muy alto en favor de los decantados fueros de Sobrarbe, «si Jaca (dice un docto crítico, el Dr. D. Vicente de la Fuente), con ser Jaca, y entónces capital del reino de Aragon, no tuvo *buenos fueros* hasta que se los dió Don Sancho Ramirez.»

II.

La batalla de Alcoraz, que brevemente hemos citado en el capítulo anterior, fué un triunfo brillantísimo: en ella pelearon unidas las armas aragonesas y navarras; en ella tambien inauguró la série de sus espléndidas victorias el jóven príncipe Don Alfonso, el que habia de

(1) El historiador Lafuente, al extractar los fueros de Sepúlveda, Nájera, Jaca, Logroño, etc., supone que estos *buenos fueros* invalidaron otros *fueros malos*, anteriores. No es eso: los *buenos fueros* fijaron los servicios de los vecinos, en los casos que aquéllos determinaban.

ser, andando el tiempo, Don Alfonso I *el Batallador*; en ella quedó vengado el desastre de Zalaca, como los mismos historiadores árabes reconocen (1); y el régulo mahometano Almostain Billah Abu Giafar, al retirarse á la capital de sus Estados, la insigne Césaraugusta, abandonando al de Huesca, Almostain el Zaghbir, á su desdichada suerte, pudo comprender que la conquista de esta plaza era como la primera etapa del camino que guiaba á los aragoneses hasta la conquista de Zaragoza (2).

Tres hijos dejó Sancho Ramirez, y los tres fuéron reyes de Aragon: Pedro I, Alfonso I y Ramiro II, monje este último en el monasterio de San Ponce de Tomera (Saint-Pons de Thomieres), cerca de Narbona.

Diez años cumplidos duró el reinado del ínclito Don Pedro I: comenzó el 4 de Junio de

(1) Véase la relacion de Ben Hudeil, en *Conde Historia de la dominacion de los árabes*, y de Al-Tortocchi, en Dozy, *Recherches*, etc.

(2) Dicen los antiguos piadosos cronistas que San Jorge se apareció al caudillo cristiano y le prometió la victoria. Es lo cierto que desde entónces ostenta el escudo de armas de Aragon la cruz de San Jorge. — Véase Bofarull (D. Antonio de), *Historia crítica, civil y religiosa de Cataluña*, tomo II, págs. 20 y siguientes.

1094, el mismo día en que murió su antecesor ante las murallas de Huesca, y concluyó en 28 de Setiembre de 1104, día en que el monarca falleció prematuramente, agobiado por el invencible dolor que le había producido la inesperada muerte de su hijo único.

En ese breve espacio de dos lustros prosiguió sin descanso las campañas que había iniciado contra los sarracenos en el sitio de Huesca: ántes de concluir el año 1099 se había apoderado de las fortalezas de Calasanz, Pertusa, Rosa y otras plazas fuertes, que eran como atalayas casi inexpugnables de la frontera de Zaragoza; en el año siguiente se apoderó de la plaza de Barbastro, ya conquistada por su padre y recobrada por los moros; y para dejar completa la conquista del reino de Huesca, entró por fuerza de armas en los castillos de Ballovar, Velilla y otros importantes.

Pensó entónces en explorar, con atrevidas correrías por las comarcas inmediatas, el estado de los ánimos en los vecinos países musulmanes de Zaragoza y Cataluña: avanzó hasta cerca de Tarragona, talando los campos y apoderándose de botín inmenso; llegó también á la vista de Zaragoza, y aún algún cronista insinúa discretamente, que despues de arrasar la campiña por espacio de dos años seguidos, llegó á fijar

sus reales delante de la insigne ciudad donde se habia refugiado el rey Almostain de Huesca.

Pero la conquista de Zaragoza estaba reservada por la Providencia al genio emprendedor de Don Alfonso I: hallándose el jóven monarca, á mediados de Agosto de 1104, en las cercanías de aquella ciudad, inconsolable por la muerte de su hijo, sin que pudieran darle alientos para vencer su desgracia ni el afectuoso cariño de su esposa Berta, ni los consejos de los esforzados y leales paladines que le acompañaban, ni siquiera la halagadora idea de cubrir su nombre de gloria imperecedera con la empresa que habia meditado, cayó gravemente enfermo, y exhaló su postrer aliento el dia 28 de Setiem del citado año.

Pedro I, á quien la Historia no ha dado el nombre de Victorioso por su efímero reinado, es una de las más grandes figuras que resaltan en los anales aragoneses: su inteligencia como caudillo, su discrecion como rey y su bravura como guerrero, eran cualidades que hacian brillar más su honradez, sus generosos sentimientos y su caballeresca hidalguía.

III.

El reinado de Don Alfonso I, hijo de Sancho Ramirez, y hermano del conquistador de Huesca,

tiene para nosotros dos partes: la primera, que comienza el día en que este príncipe contrajo matrimonio con Doña Urraca de Castilla, y concluye con la promulgacion de la bula del papa Inocencio II, declarando disuelto aquel enlace, descrita queda ya en otro libro de esta misma BIBLIOTECA (1).

No hemos de ocuparnos de nuevo en referir las alteraciones, las guerras, las deslealtades y hasta las infamias que manchan las páginas de la historia castellana y aragonesa en ese dolorosísimo período: Urraca de Castilla tiene defensores acérrimos y tiene también acusadores implacables, que llegaron, como el autor de la crónica de Sahagun, á llamarla meretriz pública y mujer indigna; Alfonso de Aragón, su esposo, de ambicion desordenada, de carácter rudo y violento, soldado más que hombre, si así puede decirse, que aspiraba principalmente á ceñir en sus sienes la triple corona de Castilla, Aragón y Navarra, tiene igualmente detractores no ménos implacables que los de su esposa y también partidarios devotísimos.

Pero memoria eterna nos ha quedado de aquella época infausta: á favor del desbordamiento de todas las pasiones políticas, de las

(1) Véase *Leon y Castilla*.

enconadas revueltas, del estrago y corrupcion general de las costumbres en tan lamentables dias, un príncipe ambicioso, Alfonso Enriquez de Borgofia y de Leon, hijo de padres ingratos, ingrato él mismo, pudo erigir en reino independiente una antigua provincia que habia sido reconquistada por el esfuerzo de los guerreros castellanos y leoneses: Portugal.

A principios del año 1114 empezó á mostrarse Don Alfonso I digno hijo de Sancho Ramirez: llevó sus armas victoriosas á Egea, á Taus-te, á Castellar, á otras poblaciones importantes de las márgenes del Ebro; puso cerco á Tudela, que estaba defendida por musulmanes zaragozanos, y la tomó por asalto despues de victoriosos encuentros, en uno de los cuales halló la muerte el famoso Almostain-Abu-Giáfar, aquel emir de Zaragoza que habia sido derrotado en los campos de Alcoraz.

Estos hechos de armas, fuéron como el anuncio de la próxima empresa contra Zaragoza.

En secreto preparó sus huestes y los bastimentos necesarios; corrió las tierras de Cataluña y Valencia, hasta más allá de Lérida y de Tortosa, sin duda para ocultar su verdadero designio; acogió en las filas de su ejército á varios renombrados capitanes extranjeros que ha-

bian sido atraídos á Huesca por la fama del rey aragonés, entre otros el conde Bertran de Tolosa, hijo de aquel célebre Don Ramon, que habia casado con la princesa Doña Elvira de Castilla y de Leon.

Reinaba por entónces gran confusion en la España mulsumana: los fieros almoravides, que nabian destruido los pequeños reinos musulmanes que se alzaron sobre las ruinas del califato de Córdoba, aspiraban á destronar al rey mahometano de Zaragoza, el único que habia podido resistirse; y al saber el intento del rey Don Alfonso I sobre esa ciudad, se lanzaron con un fuerte ejército de caballería, al mando de Mohamed Abdalláh, á título de auxiliares del sucesor de Almostain; y este hecho fué realmente favorable al rey aragonés, el cual, aunque no habia formalizado el cerco de la plaza, vió llegar á su campamento al legítimo rey zaragozano, Amad-Dola, pidiéndole socorro contra los ambiciosos almoravides.

Inauguróse entónces aquella série de triunfos brillantísimos que dieron por resultado casi inmediato la conquista de Zaragoza: á los ginetes de Abdalláh se habia unido otro poderoso ejército de almoravides, mandado por el ilustre Temin, uno de los principales caudillos africanos; encuentros reñidos sostuvo Alfonso I con las

tropas agarenas, venciéndolas siempre y arrojándolas hasta más allá del Ebro; no favoreció el príncipe cristiano las pretensiones de Amadola, porque esto no entraba en sus planes de conquista, y desbarató en cambio á las tropas africanas que intentaban destronar á este monarca.

En la primavera de 1118 comenzaron las operaciones decisivas: los pueblos más importantes y los más fuertes castillos que defendían la línea del Ebro, tales como Almudevar, Gurrea, Sariñena y otros, fuéron cayendo uno á uno en poder del ejército cristiano; estrechóse el cerco de la plaza, y las salidas de los sitiados; el descontento de los mismos auxiliares francos que ayudaban á Alfonso I y hasta los trastornos de la naturaleza, contribuyeron á prolongar la resistencia.

Entónces se vió el primer ejemplo de la debilidad ó la perfidia que en ocasiones solemnes han dado los franceses ante las contrariedades de la guerra, ejemplo que debia verse repetido bien pronto en la expedicion de la España cristiana á las Navas de Tolosa: aquellos auxiliares franceses, que sólo debieron causar estorbo á los planes de Alfonso I, segun se deduce de las bien transparentes alusiones de los antiguos cronistas, y que acaso por eso mismo

sólo merecían desden por parte de los aragoneses, tuvieron miedo al peligro, abandonaron el sitio y volvieron á su país (1).

Alfonso I no se desanimó por aquella inesperada acción de sus auxiliares; estrechó el cerco de la plaza, combatiéndola con poderosas máquinas y rechazando todas las salidas de los sitiados, y éstos, acosados por el hambre, diezmados por la peste, y sin esperanza de recibir socorro ni aún de los mismos almoravides, hicieron proposiciones de capitulación.

El rey aragonés ofreció respetar vidas y haciendas, dejando libre la retirada del emir Amad-Dola, y entró triunfalmente en Zaragoza el día 12 de Diciembre de 1118, al frente de su valeroso ejército; consagrando la mezquita mayor y convirtiéndola en catedral cristiana, según costumbre de todos los conquistadores; restaurando la sucesión episcopal, que había sido destruida por los árabes desde la conquista de Tárif y Muza, y nombrando primer obispo al piadoso Don Pedro de Librana, el cual fué confirmado por el papa Gelasio II, ántes de terminar el mismo año;—y este suceso llenó de inefa-

(1) En Zurita pueden leerse los nombres de estos *bravos* campeones: los Cominges, los Gabartet, los Miramont, etc.

ble consuelo el corazón del Pontífice (según se expresa en la bula), apenado con la intrusión del antipapa Mauricio, arzobispo de Braga.

No fué éste el último triunfo de Don Alfonso *el Batallador*, ni el ilustre monarca descansó mucho tiempo sobre sus laureles: en ménos de dos años se apoderó de Tarazona, Alagon, Borja, Epila, Calatayud, Bubierca, Ariza, Alhama y otras ciudades y fortalezas que defendian las líneas del Ebro hasta la frontera valenciana; puso sitio á Daroca, y derrotó en sangrienta batalla al caudillo de los almoravides, Temin, cerca de Cutanda, obligándole á encerrarse dentro de los muros de Valencia; construyó fortalezas, que sirvieran de atalayas poderosas para defender el vasto país conquistado, y creó, por último, un reino respetable y fuerte, que se extendia desde el Pirineo hasta las vertientes septentrionales de la cordillera carpetana.

Pero la empresa más arriesgada, la hazaña más heróica del impertérito *Batallador*, empresa y hazaña que parecerian ficciones de leyenda, si no estuviesen comprobadas por los historiadores coetáneos, y singularmente por los cronistas árabes, fuéron los hechos de su temeraria y feliz expedición á la vega de Granada.

Cayó como una avalancha, guiando su in-

vencible ejército, desde las riberas del Segre y el Gállego, sobre las campiñas valencianas, derrotando á los reyezuelos de Lérida, Fraga y Dénia, que quisieron estorbarle el paso; avanzó despues por las florestas de Murcia con direccion á Almería, llegando hasta la misma ribera del mar, y amenazando desde allí á aquella tierra africana que á lo lejos se divisaba entre las brumas del Océano, y de la cual habian salido cuatro siglos ántes los invasores ejércitos de Tárif y Muza; corrióse despues hácia la vega de Granada, talando las riberas del Genil y el Darro, y llevando el terror á los musulmanes meridionales, que consideraban ya como llegada la última hora de su dominacion en España.

Y como si aquella audaz correría no hubiese sido bastante para dar satisfaccion al genio y á las aspiraciones del caudillo cristiano, éste, al regresar á Aragon, avanzó hasta las llanuras de Málaga, forzando los desconocidos y peligrosos pasos de la Alpujarra; invadió á Motril; se embarcó en Velez-Málaga..... y Dios sabe si queria tambien llevar sus armas á la antigua Mauritania.

Cuenta un cronista musulman (1), no ocul-

(1) Véase Conde, *Historia de la dominacion de los árabes en España*, part. III, cap. XXIX.—No uno, sino varios cronistas árabes, atestiguan éstos y otros pormenores, casi inverosímiles, de la *algara del Batallador*.

tando la satisfaccion que le producía la retirada del *Batallador*, despues de su asoladora *algara* por las comarcas meridionales, que Don Alfonso I anhelaba, en efecto, hollar con su planta la tierra africana; y disuadiéndole sus leales capitanes, «cogió por sí mismo un pescado, mar adentro,» como en señal y testimonio de que habia ido más allá de la Península Ibérica.

No se puede leer sin asombro la relacion que nos han dejado los historiadores árabes: descúbrese en ella el miedo que les dominaba ante la audaz empresa de Alfonso I, y tres siglos despues, cuando los Reyes Católicos entraron en Granada, todavía quedaba memoria de tan hazñosa correría, en las plegarias de los fieles musulmanes en la mezquita.

Cerca de cuatro años empleó el rey aragonés en esta expedicion sorprendente: salió de Aragon en la primavera de 1122, y entró en Zaragoza, sin haber sido derrotado una vez siquiera, despues de dar la vuelta por toda la España musulmana y pasar á la vista de sus más importantes ciudades, en Marzo de 1126.

Resultados de esta expedicion, segun los concreta un historiador moderno: libertar innumerables cautivos cristianos; dar nueva patria en Aragon á más de diez mil mozárabes andaluces; demostrar á los musulmanes hasta dónde

llegaban el valor y la intrepidez de los monarcas de la Reconquista, que habian jurado, así los de Aragon como los de Castilla, no depouer las armas hasta clavar la cruz de Covadonga y de Sobrarbe en los muros de Granada.

Citemos otros hechos: quiso tal vez ajustar cuentas atrasadas con aquellos magnates franceses que desertaron del campamento de Zaragoza, y así como entró en Gascuña (año 1122) para obligar al conde de Baigorre á rendirle pleito homenaje, ántes de su expedicion á Andalucía, volvió á entrar, concluida ésta, y se apoderó de la plaza de Bayona, perteneciente al duque de Aquitania.

Desde el año 1129, en que cesaron por completo las desavenencias que habian estallado entre Alfonso VII de Castilla y Alfonso I de Aragon (las cuales no hacen á nuestro objeto) hasta el 1133, todavía este último se apoderó de la fortaleza de Mequinenza en la frontera occidental de Cataluña; y en seguida, con esa infatigable actividad que mostraba en todas sus empresas bélicas, puso cerco á la plaza de Fraga.

Esta fué la postrera hazaña del conquistador de Zaragoza: cuando ya los sitiados estaban reducidos á capitular, estrechados por las armas aragonesas, presentóse á la vista del campo un ejército de almoravides; trabóse la pelea; pelea-

ron esforzadamente los cristianos y los musulmanes, y la victoria coronó las armas de los infieles. *El día de Fraga*, como llaman los cronistas á aquella sangrienta derrota, fué el último de la vida de Alfonso *el Batallador*: combatiendo con el esfuerzo de un jóven guerrero, procurando contener la huida de sus opas, ofreciendo insigne ejemplo de bravura y entereza, cayó muerto en el campo de batalla, alcanzado por la saeta de un africano.

Y no hay que olvidarse de que Don Alfonso I de Aragon, no obstante sus empresas militares, dictó leyes sábias, otorgó memorables fueros, erigió templos y castillos importantes: el célebre fuero de Tudela, en el que se recuerdan, no muy oportunamente (1), los «buenos fueros» de Sobrarbe (*illos bonos foros de Superarbe*); el de Zaragoza, de infanzonía, que es el mismo de Tudela; el de Calatayud, el de Daroca y otros, son debidos á este monarca.

Tal es, en breves líneas descrita, la historia de este gloriosísimo reinado.

(1) Don Alfonso I dió al conde de Alperche, Gaston de Bearne (que no era aragonés, sino francés), la plaza de Tudela, por los méritos que éste contrajo auxiliando en la conquista; luego infringió el *jüero IV* de Sobrarbe, toda vez que el conde de Alperche era, como extranjero, *peregrinus homo*.

Pero no se mostró el *Batallador* en sus últimos días tan hábil político como valiente soldado; no teniendo hijos, y siendo monje profeso y anciano su hermano Don Ramiro, dejó consignado en el testamento que su reino habia de distribuirse en partes iguales entre las órdenes religiosas del Santo Sepulcro, del Temple y de San Juan de Jerusalem. (1).

Singular disposicion que no cumplieron los próceres aragoneses, en bien de su patria.

CAPÍTULO VI.

CATALUÑA.—Los Berenguer de Barcelona —Primera conquista de las islas Baleares.—Engrandecimiento del Estado.

I.

Era Ramon Berenguer I jóven de tan sólido juicio y tan discretos pensamientos, que desde los primeros años de su soberanía empezó á mostrarse cual hombre de consumada experiencia; habiéndole promovido dificultades que hubieran parecido insuperables á cualquiera otro,

(1) En el *Archivo de la Corona de Aragon*, en Barcelona, se guarda este singular testamento.

su misma abuela, la condesa Ermesinda, viuda de Ramon Borrel III, la misma que causó tantos disgustos á su propio hijo, el antecesor de este conde, por su desmedida ambicion y codicia, tuvo bastante fortuna y tino para vencerlas con ánimo resuelto, deshaciendo las intrigas y los cobardes manejos que contra él fraguaba aquella señora, auxiliada, como es de suponer, por parciales poderosos.

Siendo ya mayor de edad, emprendió campaña contra los sarracenos, siguiendo la línea de conducta que le habian trazado sus antecesores: unas veces al frente de su ejército, y otras aliado con las tropas del conde de Urgel, su primo Armengol, hijo de aquél que murió en la batalla de Akbatalbacar, peleando en favor de Mohammed, llevó el estandarte de San Jorge hasta las murallas de Lérida y Tarragona.

Tal fama de discrecion y prudentísimo juicio habia logrado Ramon Berenguer I, que hasta los mismos moros sevillanos le pidieron auxilio contra los fieros almoravides, que intentaban destronar por entónces á todos los reyezuelos de la España musulmica; y cuando hubo acudido en auxilio del rey moro de Sevilla, cuyo hijo quedó en rehenes en Barcelona como prenda de lealtad para su familia, peleó en Múrcia á favor de Ebn-Abed Al-Motamid, y supo retirarse á

Cataluña al sospechar alguna traicion, quizá sin fundamento, del emir sevillano.

La memoria de este conde será siempre insigne en los anales de Barcelona: por su iniciativa y autoridad se celebró el famoso concilio de Gerona, en 1068, bajo la presidencia del legado del papa Inocencio II, decretándose tan sabios cánones para la reforma de las costumbres públicas, que aún hoy mismo pueden servir de modelo en un país bien regido; celebró Córtes dos años despues en Barcelona para dictar una legislacion propia, con arreglo á los usos introducidos por las necesidades y el progreso de los tiempos, en sustitucion del *Forum Judicum* de los godos, que hasta entónces regía, y de ahí nació la célebre compilacion legal de los *Utsages*, que es considerada por los juristas como la más antigua de España, despues de la irrupcion de los árabes, por su autenticidad indiscutible; fundó, como sus antecesores inmediatos, monasterios y templos que todavía pregonan con sus ruinosos muros, abandonados al estrago del tiempo, el desden de las sociedades modernas, y entre otros la célebre catedral de Santa María de Barcelona, más antigua que la grandiosa de la Seo de Lérida, y anterior casi en dos siglos á las de Toledo, Burgos y Leon, y cuya primera piedra se puso en 1048,

celebrándose ya diez años más tarde la solemne consagración del templo por Wifredo, arzobispo de Narbona, con asistencia de los prelados de Arlés, Vich, Tortosa y Barcelona, y del mismo fundador.

Desgraciado fué, no obstante, en el seno de su propia familia.

Habia casado en 1039 con la princesa Isabel de Vitiers, teniendo en ella tres hijos, de los cuales únicamente sobrevivió el último, Pedro Ramon; y contrajo nuevo matrimonio, por fallecimiento prematuro de Doña Isabel, en 1051, con la egregia señora Doña Almodis, hija de los condes de la Marca (1), señora de relevantes prendas, que profesaba ardiente afecto á su esposo, pero que no logró inspirar respeto al genio díscolo de su entenado Pedro Ramon.

Para probar el mútuo cariño que los condes se profesaban, basta leer la interesante escritura de donación de las párias ó tributo que pagaba á Ramon Berenguer I el rey moro de Lérida, desde que las tropas catalanas, guiadas por el valeroso conde, aparecieron ante los muros de la ciudad en 1043; esta donación, que no citan

(1) Algunos autores suponen que su segunda mujer fué Doña Blanca (se ignora el nombre patronímico), y la tercera Doña Almodis.

los historiadores, esta fechada en 1056, y se conserva original en el archivo de Lérida, habiendo sido recientemente mencionada en un interesante folleto titulado *Fastos Ilerdenses*.

Y para demostrar la desgraciada guerra doméstica que tantos sinsabores produjo al desgraciado conde, citemos la verdadera causa de su muerte, según unánime sentir de los historiadores: su hijo primogénito, aquel Pedro Ramon que tuvo en su primera esposa la princesa Isabel de Vitiers, cometió el execrable crimen de asesinar por su propia mano á su madrastra, la virtuosa condesa Doña Almodis, en Noviembre de 1071; y este sangriento suceso amargó la existencia del conde Ramon Berenguer I, hasta ocasionarle la muerte de pena y verdadero sentimiento cuatro años después.

En la misma basílica barcelonesa que los piadosos condes fundaron, existe aún su sepulcro: junto á la puerta de la sacristía, dos urnas modestísimas guardan los restos mortales del conde Ramon Berenguer I, *el Viejo*, y su esposa Almodis.

A tan doloroso acontecimiento siguió otro no ménos lamentable: heredaron el trono los dos hermanos gemelos, Ramon Berenguer II, llamado *Cabeza de Estopa* (*Cap d'Estopes*), y Berenguer Ramon II, hijos del segundo matrimo-

nio del conde con la princesa Almodis; y como era de suponer, la discordia estalló bien pronto entre los dos jóvenes príncipes, discordia motivada por la envidia del segundo, la cual se convirtió en rencor y animosidad contra el primero.

Habíase casado éste último con Mahjalta, hija del célebre capitán normando Roberto Giscardo, y al año de su matrimonio, á los pocos días de haber sido padre del que luégo fué Ramon Berenguer III *el Grande*, apareció asesinado en un bosque de las cercanías de Gerona (1).

El asesino fué su hermano gemelo Berenguer Ramon II, conocido en la historia con el odioso dictado de *Fratricida*, el cual gobernó el condado hasta el año 1096.

(1) En el *Archivo de la Corona de Aragon* se conservan preciosos documentos originales, que demuestran las tentativas, hechas varias veces, quizá por los próceres catalanes, para la union y concordia de los dos hermanos: uno de ellos consiste en cierta curiosa *escritura*, referente al Castillo del Puerto (*Castrum de Port, son palau comtal*), el cual debia ser usufructuado anualmente, desde Pentecostés á Navidad, por Ramon Berenguer II; y desde Navidad á Pentecostés, por Berenguer Ramon II.—Citado por el Sr. Fiter é Inglés, *Anuari de la Associació, etc.*, pág. 182.

II.

La historia de este conde ha sido referida ya, si bien con la brevedad que merece, en las páginas de *Leon y Castilla*: en lucha constante con el Cid Campeador, por haberse aliado con el régulo mahometano de Tortosa y Lérida, fué vencido y hecho prisionero por las tropas castellanas en las cercanías de Calamocha, en 1090, y vencido tambien y apresado por el mismo Rodrigo Diaz dos años más tarde.

Tal vez quiso ganarse el afecto de los magnates del reino, que habian prometido vengar la muerte de su desventurado hermano, y que le consideraban sólo como regente del condado, durante la minoridad del hijo de aquél, y anunció que tenía el proyecto de conquistar á Tarragona; y aunque pocos le creyeron, recordando su estrecha alianza con los reyes moros de Lérida y Dénia, aprestóse á llevar adelante su expedicion, publicada por la Santa Sede, bajo el pontificado de Urbano II, como merecedora de las gracias y privilegios que se concedian á los cruzados de la Tierra Santa.

Respondieron entónces los prelados y magnates al llamamiento del conde; se dispuso

grande ejército de todas armas, que invadió el territorio cercano á la plaza, apoderándose de los castillos avanzados; establecióse el cerco: se dió, por último, el asalto con vigoroso empuje, no obstante la obstinada defensa de los sitiados, y á mediados de 1090, el estandarte de Berenguer Ramon II, tremoló victorioso en las murallas ciclopeas de la antigua capital Tarraconesa.

Pero despues de todo, los tenaces próceres catalanes querian vengar el asesinato de su legítimo conde: tres de ellos, Ramon de Folch, tio del mismo conde, Guillen de Queralt y Arnaldo de Miron, en nombre de los confederados, retaron á *Juicio de Dios*, segun la costumbre de la época, al conquistador de Tarragona, ante el rey de Castilla Don Alfonso VI; y en tal juicio, que se celebró en Toledo, segun dicen unos, ó en Búrgos, como afirma algun historiador, el conde Berenguer Ramon II, vencido y humillado por sus adversarios, se declaró convicto y confeso del horrendo crimen que se le habia imputado, y que él hasta entónces negó cobardemente.

Suprema expiacion se impuso el fratricida: desde la córte de Castilla emprendió la marcha á Palestina, para incorporarse á las banderas de la primera cruzada, y allí murió peleando, en

1097, entre los numerosos partidarios suyos que le habian seguido. (1)

III.

Tenía á la sazón quince años el hijo del conde asesinado y nieto del valeroso normando Giscardó, que recibió la investidura del condado á los pocos dias de la marcha de su tío Ramon Berenguer, *el Fratricida*.

Los primeros años del reinado de este conde fuéron como feliz augurio de la prosperidad del Estado en los tiempos sucesivos: en uno de sus primeros combates con los sarracenos, Ramon Berenguer III derrotó en las montañas que sirven de límite entre Zaragoza y Cataluña, al ejército de almoravides que acaudillaba un enviado del famoso Temin, y poco despues, cuando acudieron á Cataluña nuevos refuerzos de musulmanes con intento de vengar la derrota, consiguió otro señalado triunfo casi en el mis-

(1) No comprendemos porqué el historiador Lafuente dice que «entre los catalanes crecía el furor de cruzarse para la Palestina, al paso que menguaba el temor por la seguridad de Cataluña.»—Ningun documento indica que existiese tal temor, ni pequeño, ni grande; ni podia tenerle un pueblo que conquistaba á Tarragona y amenazaba á Lérida y Tortosa.

mo sitio que el anterior, en el cual, según los mismos cronistas árabes, «sufrieron el martirio de la espada» los más esforzados capitanes del reino de Múrcia.

Jóven era todavía cuando en su grande ánimo surgió la idea de conquistar las Islas Baleares.

Unióse á los pisanos; pidió al Pontífice la bendición y las gracias de una cruzada para su atrevida empresa; juntó la primera escuadra verdaderamente poderosa que habia salido de los puertos de la Península Ibérica, no sólo de Cataluña; y en la primavera del año 1114 se hizo á la vela para las aguas de Ibiza (1).

Esta isla cayó en poder de los cruzados catalanes y pisanos despues de dos meses de reñidos encuentros; pasó luégo la escuadra á la vista de Mallorca, y el sitio de la capital, que era entónces refugio de todos los piratas musulmanes que infestaban el Mediterráneo, duró nueve meses: dióse el asalto; diez veces fuéron rechazados con grandes pérdidas los intrépidos

(1) Un diligente y eruditísimo historiador, el mallorquino D. Joaquin Piferrer, ilustró con documentos desconocidos y auténticos la historia de esta gloriosa empresa de Ramon Berenguer III.—Véase *Recuerdos y bellezas de España*, por los Sres. Piferrer y Parcenisa (tomos *Cataluña y Mallorca*).

sitiadores, y á mediados de Marzo, en un dia de sangriento estrago y de proezas admirables, las tropas catalanas clavaron la enseña de San Jorge en dos fortalezas exteriores de la plaza, poco despues, la ciudad caia en poder de los aliados, los muros eran destruidos, las mezquitas incendiadas, las cárceles abiertas para dar libertad á miles de cautivos cristianos que en ellas gemian.

Esta empresa de Mallorca, aunque la conquista fué abandonada despues del triunfo, el cual estaba reservado en definitiva al poderoso aliento de Don Jaime *el Conquistador*, bastó para que el nombre de Ramon Berenguer III se hiciese respetado en el mundo cristiano y temido en la España musulímica.

Las antiguos cronistas catalanes, y tambien los modernos historiadores, aunque recuerdan la expedicion marítima del conde Armengol de Ampurias, en el año 813 (1), contra los piratas corsos y árabes que causaban crueles depredaciones en las costas del Mediterráneo, y cuya fuerza principal fué derrotada en el canal de las

(1) Véanse el interesante estudio *La Marina de Catalunya en l'Etat Mitjana*, per Luis María Soler y Puig, y el discurso *Mariners catalans célebres*, del mismo autor. (Barcelona, 1882.)

Baleares, con pérdida de ocho bageles y quinientos cautivos, están acordes en afirmar que el conde Ramon Berenguer III fué el verdadero creador de la marina catalana de guerra.

La prosperidad iba delante de las empresas del conde de Barcelona, cual mensajero del gran poderío que llegó á alcanzar aquel Estado; pensando en la conquista de Lérida y Tortosa, cuyo régulo moro era ya tributario de Ramon Berenguer III, éste llevó sus tropas hasta las murallas de ambas ciudades, y dejó casi allanado el camino para que su hijo y sucesor verificase la conquista definitiva; y tan íntimo era el convencimiento de Ramon Berenguer III en este punto, que en un documento célebre, cuyo original se guarda en el archivo de la Corona de Aragon, decia terminantemente que la ciudad de Tortosa, aún en poder de los infieles, habia de ser donada á la iglesia de Tarragona, cuando en breve pasase al dominio de los cristianos.

Habia casado este conde, sucesivamente, con María de Vivar, segunda hija del Cid; con la condesa Doña Almodis y con Doña Dulce ó Dulcia, hija del conde de Provenza; y en el año 1128, su Estado se componia de los condados de Barcelona, Tarragona, Vich, Manresa, Gerona, Perelada, Besalú, Cerdaña, Conflent, Vallespin, Fonollet, Perapertusa, Carcasona, Rodes, Pro-

venza y numerosas posesiones hácia el Noguera Ribagorzana;—y añadiremos, ya que lo omiten algunos historiadores, que el rey ó valí moro de Lérida y Tortosa era tributario del condado de Barcelona.

CAPÍTULO VII.

Réseña histórica de la Orden del Templo.—Testamento de Alfonso I *el Batallador*.—Ramiro II *el Monje*.—Separacion de Navarra.—La *Campana de Huesca*.—Union de Aragon y Cataluña.

I.

Era poderosa en aquellos dias la Orden militar del Templo de Jerusalem, y todos los monarcas de la cristiandad la colmaban de donaciones y privilegios.

Habia sido instituida en 1118 por el caballero cruzado Hugo de Paganés, y otros ocho compañeros, con el noble fin de dar proteccion á los peregrinos cristianos que iban á visitar el Santo Sepulcro; protegióles el patriarca de Jerusalem, ante el cual hicieron votos solemnes de religion, para consagrarse al servicio de Dios; el rey Balduino II les donó la primer casa que poseyeron, cerca del templo de Salomon, y desde entónces se llamaron Caballeros Templarios.

En ménos de cinco lustros, la órden del Temple se extendia por todos los países cristianos, y especialmente en Italia y Francia, y poco despues por Castilla, Aragon y Cataluña y Portugal; afirmando los analistas que ya en los primeros años del siglo XIII, poseia más de nueve mil casas, regidas por comendadores que estaban sometidos á la autoridad omnímoda é indiscutible del gran Maestre.

Ya hemos visto que Don Alfonso I *el Batallador*, que falleció en 1134, á los 16 años de la fundacion del Temple, dejó su reino á las órdenes religiosas, y en primer lugar á los Templarios, á quienes tambien instituyó herederos de su caballo de combate, sus armas y otros objetos de su uso personal, con más «la ciudad de Tortosa, para cuando se ganase al infiel;» — legado absurdo que no quisieron cumplir los magnates aragoneses, proclamando rey á Don Ramiro II *el Monje*, ni los navarros, que pusieron la corona de su reino, separándola de la de Aragon, en las sienes de García Ramirez.

Pues bien: cuatro años ántes del testamento de Don Alfonso *el Batallador*, el condé de Barcelona Ramon Berenguer III, muerta ya su esposa Doña Dulce, achacoso y hastiado del mundo, y más que todo, completamente dominado por su fervor religioso, hizo abdicacion de

la corona condal en su hijo primogénito Ramon Berenguer IV, y presentóse al comendador de los Templarios Hugo de Rigalt, catalan, y pidió ser admitido como simple caballero en aquella órden religiosa cuya influencia preponderaba á la sazón en los Estados cristianos; falleciendo dos años despues en el hospital de Santa Eulalia de Barcelona.

Por lo demas, sabido es el desgraciado fin que cupo á la órden militar del Temple en la primera mitad del siglo XIV: perseguida cruelmente por el rey de Francia Felipe IV *el Hermoso*, que habia hecho elegir Pontífice, cuando la Santa Sede se trasladó á Aviñon, al clérigo francés Clemente V, y acusada de herejía, de prevaricacion, de abominaciones y torpezas que no son ciertamente para escritas, el concilio general de Vienne, el mismo que condenó la memoria del papa Bonifacio VIII, como el monarca francés pretendia, lanzó un decreto condenando la órden del Temple, y prescribiendo su absoluta extincion.

Sabido es tambien que el gran maestre Jacobo Molay y los principales caballeros de la órden fuéron condenados á morir en una hoguera, y cuando sufrían con heróica constancia y resignacion tan horrendo suplicio, emplazaron ante el tribunal de Dios, en el término de un

año, al papa Clemente V, que extinguía la orden, y al rey Felipe *el Hermoso*, que la perseguía con satánica saña para apoderarse de sus cuantiosas riquezas; cumpliéndose exactamente e emplazamiento ántes de concluir el mismo año de su extincion, ó sea el 1314.

Los Templarios de España sufrieron distinta suerte: los de Aragon se resistieron á las armas de Don Jaime II en los primeros tiempos de la persecucion, y despues, tal vez por aparecer infundadas las acusaciones que se habian dirigido á la orden, el mismo monarca aragonés fundó la de caballería de Montesa, en la cual se afiliaron todos los Templarios de su reino, con voto de pelear contra los mahometanos de Granada y del Norte de Africa; y en Castilla, reunido en Salamanca un concilio nacional, bajo la presidencia del arzobispo de Toledo, y al cual concurrieron los más ilustres prelados del reino, se declaró por unanimidad que la orden del Temple era inocente de los crímenes que se la imputaban, y que habian sido causa, al parecer, de su extincion.

Precisamente, en el año actual se ha descubierto, en el riquísimo archivo de Alcalá de Henares, un importante documento que prueba la celebracion de un sínodo provincial en aquella ciudad, dos años ántes del concilio de Salaman

ca, y manifiesta sin género de duda que también allí habían sido absueltos unánimemente los Templarios de Castilla y de Leon.

Sin embargo, antes de terminar el año 1314, el mismo papa Clemente V decretó la extincion de la órden en Castilla y en Portugal, y para lograrlo, concedió los bienes de la misma á los reyes que debian extinguirla y á las órdenes religiosas de San Juan de Jerusalem y del Santo Sepulcro, rivales de aquélla.

II.

El extraño testamento de Alfonso I *el Batallador*, no fué cumplido por los próceres de Aragon y Navarra; eso de entregar un Estado fuerte y respetable á tres órdenes religiosas, aunque tuviesen tanto poderío como la del Temple, que en aquellos dias dominaba no sólo en los reinos cristianos de la Península, sino en otras naciones de Europa, era considerado por los magnates aragoneses como imposible de realizarse: tanto hubiera valido declarar estéril el sobrehumano esfuerzo de los monarcas y los soldados que habían extendido los límites de Aragon hasta la frontera de Valencia, construyendo poco á poco, á la manera que se construye un edificio suntuoso, el Estado aragonés.

Reunióse en Borja (1134) una de esas asambleas religiosas, y á la vez civiles, de la Edad Media, que lo mismo dictaban cánones eclesiásticos que leyes políticas, y á la cual asistieron por primera vez los representantes del pueblo, es decir, de las ciudades y las villas, al lado de los altos dignatarios de la Iglesia y de los miembros de la nobleza; y acordóse, reconociendo la legalidad del testamento, declarar, no obstante, que su cumplimiento era imposible.

Pero ¿dónde estaba el hombre que habia de suceder en el trono al conquistador de Zaragoza? Uno de los próceres, Pedro de Atares, que contaba con numerosos partidarios, apénas conservó en su favor, cuando se acercó el momento de la eleccion, la buena voluntad de algunos magnates.

Era Don Pedro de Atares, señor de Borja (precisamente donde estaban reunidas las Córtes), miembro, aunque bastardo, segun cree Zurita (1), de la familia real aragonesa, y aspirando á recoger el cetro de Don Alfonso *el Batallador*, habia cautelosamente preparado en su favor los ánimos de los representantes de la

(1) «Don Pedro de Atares era de la casa real, y debió ser hijo bastardo del infante Don García.»—Zurita, *Anales de Aragon* cap. LIII.

nacion; pero «dos ricos hombres que allí (en las Córtes de Borja) se hallaron, que decian Pedro Tizon de Quadreyta, y Pelegrin de Castellezuelo, que eran... mucha parte en el reino, temiendo su regimiento y gobierno, si viniese en su persona, por ser hombre muy elevado y de gran punto, que son calidades que aborrece el pueblo..... les persuadieron que sobreseyeran en la eleccion, diciendo que era hombre muy soberbio é insolente.»

Y así sucedió: las Córtes de Borja, con el pretexto ostensible de no estar presentes los próceres navarros, se disolvieron sin efectuar la eleccion.

Y como ésta urgía, porque las armas de Castilla hacian irrupcion por la frontera aragonesa, y los inquietos almoravides amenazaban destruir la obra del *Batallador*, nuevas Córtes reunidas en Monzon (1134) se decidieron á proclamar rey á Ramiro *el Monje*, aquel tercer hijo de Sancho Ramirez, que vivia en el cláustro de San Ponce de Tomeras desde la edad de diez y seis años.

Parecia como que iba á ser destruido por la fatalidad el colosal edificio que habia levantado con sus victorias Alfonso I: los magnates navarros, no accediendo á reconocer el testamento del difunto monarca, y ménos al rey monje,

proclamaron en Pamplona á García Ramirez, nieto de aquel desdichado monarca que fué despeñado por su hermano en la sima de Peñalen (1).

Habíanse coligado, en las mismas Córtes de Monzon, los magnates navarros: allí estaba García Ramirez, que acababa de llegar de Valencia; y al frente de la coalicion figuraban Don Sancho de la Rosa, obispo de Pamplona; Don Iñigo Ladron de Velez, Don Guillem Aznarez de Oteyza, y su hermano Don Ximeno Aznarez de Torres, y otros. Algo más de medio siglo (1076-1134) habia estado unido con Aragon el reino de Navarra.

Apénas las Córtes, reunidas en Monzon (2),

(1) El historiador D. Modesto Lafuente dice (edicion de Barcelona, tomo I, pág. 330), que García Ramirez «era nieto de Don Sancho, aquél á quien mató en Roda su hermano Don Ramon.»—No es eso: *el asesinado en Roda* por Ramonet de Gasuña fué el jóven Don Gonzalo, conde de Sobrarbe y Ribagorza, hijo menor de Don Sancho *el Mayor*, de Navarra; y el nuevo rey Don García Ramirez era hijo de Don Ramiro Sanchez y Doña Elvira Ruiz de Vivar (hija del Cid), y nieto, por lo tanto, de Don Sancho Garcés, *el despeñado en Peñalen*.

(2) Debemos decir que algunos historiadores no conceden crédito á este acuerdo *de las Córtes de Mon-*

decretaron colocar la corona en las sienes de Ramiro *el Monje*, el silencioso retiro de Thoumieres fué turbado con el rumor de brillante cabalgata aronesa, que llegaba á ofrecer la corona y el trono de Aragon al tercer hijo de Sancho Ramirez: era el mes de Junio de 1134, cuando el monje Ramiro, habiendo obtenido dispensa pontificia, abandonó la soledad del cláustro por el bullicio de la córte de Zaragoza, y contrajo matrimonio con la jóven dama francesa Inés de Poitiers, hija del conde del mismo título (1).

Desgraciado fué para Aragon el breve reinado de Don Ramiro.

No sólo el reino de Navarra se desgajó del tronco principal del Estado, sino que ántes de cumplirse el primer año, las armas de Castilla, guiadas por el emperador Alfonso VII, llegaron

zon, y ménos aún al de las de Borja. Lo indudable es que la historia de Aragon, en los tres primeros siglos de la Reconquista, ofrece muchos puntos oscurísimos que deben ser objeto de concienzudo exámen y muy diligentes investigaciones.

(1) “Un autor antiguo, muy cercano de aquellos tiempos, escribe que se llamó Matilde esta princesa, con quien casó el rey Don Ramiro, y que habia sido casada, y fué madre del vizconde de Toarço..., etc.”
—Zurita, *Anales*, cap. LVII.

á apoderarse de la capital aragonesa, Zaragoza, y Ramiro II hubo de reconocerse feudo y tributario del castellano monarca (1).

Más todavía: en el acuerdo de Vadoluengo, para decidir los representantes de Aragon y de Navarra cuál habia de ser en lo sucesivo la situacion de ambos reinos, se convino en que cada uno de éstos continuaria siendo independiente, como ántes de Sancho Ramirez, y en señalar á Navarra los mismos límites que entonces tenía.

No era Ramiro II el llamado á soportar la pesada carga del reino aragonés en aquellos belicosos dias: objeto de irrisión y menosprecio para sus súbditos, juguete de la soberbia de los nobles, y calificado por el pueblo, que le denominaba *Rey Cogulla*, como hombre incapaz de proseguir la obra de la Reconquista, pudo, sin embargo, concertarse en Alagon con el emperador Alfonso VII, y lograr que le fuese restituida, á cambio de otras principales plazas, la capital del reino, Zaragoza.

Recordemos aquí la célebre leyenda que se conoce con el nombre de la *Campana de Huesca*.

Cuéntase que Ramiro II, cansado de sufrir la

(1) Véase *Leon y Castilla*.

soberbia de los próceres, envió un mensajero de su confianza al monasterio de San Ponce de Tomeras, pidiendo consejo al abad acerca de la conducta que debía observar en el trono para abatir el orgullo de los grandes; y cuéntase también, que hallándose el abad en el jardín del convento, cuando el mensajero le entregó la carta de su amo y señor, comenzó á tronchar, con el báculo que tenía en las manos, los penachos de las plantas más altas, diciendo luégo á aquél, como única respuesta al real mensaje, estas significativas palabras: «Díle á tu amo lo que me has visto hacer.»

Parece que la lección no fué perdida.

Poco tiempo despues, en Mayo de 1136, reuniendo Córtes en Huesca, el monarca dijo á los próceres, prelados y procuradores de ciudades y villas, que tenía el proyecto de construir una campana cuyos tañidos resonasen en todo el reino; y como los ensoberbecidos magnates se burlasen del proyecto del rey, éste les citó un dia para que concurriesen á su alcázar.

Llegaron los nobles sin desconfianza, y entrando uno á uno en la sombría cámara (que aún existe, al decir de los que aceptan como auténtica esta leyenda), los verdugos, que estaban dispuestos á la entrada, les fuéron degollan-

do á presencia del rey, quien formó por sí mismo un círculo con catorce cabezas de los magnates más osados, y pendiente del techo, clavada en un garfio, colocó, á guisa de badajo de aquella horrible campana; la del jefe de los descontentos, el cual era un prelado.

Tal es la *Campana de Huesca*, tan celebrada en romances y cantares del pueblo, como sangriento ejemplo de la justicia de los reyes, cerca de dos siglos ántes de las tremendas justicias de los tres Pedros *crueles*, de Castilla, de Aragon y de Portugal.

Es imposible demostrar la autenticidad de este suceso en el estado actual de la ciencia histórica: Zurita le refiere, y aún publica los nombres de los ajusticiados, aunque dándole carácter bien distinto; el académico Traggia, que consagró su vasta erudicion á procurar el esclarecimiento de muchos puntos dudosos de la historia aragonesa, le niega en absoluto; historiadores modernos le admiten, si bien suponen que los ajusticiados no fuéron los magnates de la córte; dícese, por último, que muy recientemente, en 1877, han sido descubiertos, en el claustro del monasterio de San Pedro el Viejo, los quince sepulcros de los nobles decapitados, y que el ilustrado archivero de la Diputacion provincial de Huesca, ha dado oportuna noticia

del hallazgo, en luminoso informe, á la Real Academia de la Historia.

La *Campana de Huesca*, si no estuviese inmortalizada por la tradicion popular, lo estaria seguramente por la magnífica obra de arte que ha figurado en la Exposicion de 1880, y que ha sido adquirida por el Estado, mediante una ley hecha en Córtes: *La Leyenda del rey Monje*, del laureado artista D. José Casado del Alisal.

Habia tenido Ramiro II, al año de su matrimonio, una hija, Petronila, y pesándole más cada dia la carga del Estado, decidió retirarse otra vez al cláustro, abandonando el trono que tantos sinsabores le causaba; y aún cuando aquella niña apénas contaba dos años de edad, fué concedida en matrimonio al conde de Barcelona Ramon Berenguer IV, hijo y sucesor de Ramon Berenguer III *el Grande*, verificándose los esponsales de futuro en Agosto del año siguiente, 1137, y abdicando la corona el monarca aragonés en favor de su hija y su yerno.

El honrado Zurita defiende á este rey. «...Ni yo puedo creer (dice) las fábulas que algunos escribieron, notándole que era tan poco plático en las cosas y negocios del mundo, que entraba en las batallas con las riendas en la boca, por hallarse embarazado con la lanzá y escudo; y otras cosas indignas, no sólo de príncipe, pero

de hombre que tuviese comun sentido de razon...»

El cláustro de San Pedro el Viejo, aquel mismo convento donde reposaban, segun la tradicion, los restos mortales de los magnates ajusticiados, fué el último retiro del tercer hijo de Sancho Ramirez (1).

En Don Ramiro II, extinguida la línea masculina de los reyes aragoneses, si quedó separada la Navarra, quedaron en cambio unidos perpetuamente, y formando un Estado poderoso, Aragon y Cataluña.

CAPITULO VIII.

Ramon Berenguer IV y Petronila.—Conquistas de Tortosa, Lérida y Fraga.—Reinado de Alfonso II *el Casto*.—Don Pedro II.—Coronacion del monarca aragonés, por el papa Inocencio III.—Desgracia política.—Caso raro.—El combate de Muret.

El dia 19 de Julio de 1131, cinco años ántes del matrimonio de Ramon Berenguer IV con la infanta Petronila de Aragon, murió en Bar-

(1) Vivió todavía, segun parece, catorce años, sin arrepentirse de su firme resolucion. Fué obispo de Roda y de Barbastro, y segun se dice, electo de Búrgos y de Barcelona.—De su esposa Doña Inés de Poitiers nada vuelve á decir la Historia.

celona, vestido con el humilde hábito de templario y en el pobre lecho de un hospital, el ilustre conquistador de Tarragona, Ramon Berenguer III, *el Grande*.

Y apenas fué conocida la cesion de Ramiro *el Monje* en favor su futuro yerno Ramon Berenguer IV, y realizados ya los esponsales entre este conde y aquella infanta, niña de dos años, las Córtes de Huesca y las de Zaragoza, en Agosto y Noviembre de 1137, reconocieron aquel acto espontáneo del soberano aragonés.

Era entónces Cataluña un estado poderosísimo, cuyos límites se extendian por la region septentrional hasta más allá de los Pirineos: sucesivamente y por virtud de afortunadas coincidencias, habia heredado Berenguer III varios condados importantes, entre otros los de Cerdaña, Carcasona, Rodes, y últimamente, por herencia de su tercera esposa doña Dulce, el de Provenza, y grandes posesiones en las vertientes meridionales del Pirineo, y alargábase tambien su Estado en España hasta más allá de Tarragona, famosa plaza que habia rescatado del poder de los moros.

Comenzó el reinado de Ramon Berenguer IV con pactos y alianzas en Castilla, donde reinaba Alfonso VII, y con grandes desavenencias que produjeron deplorables guerras en Navarra, cu-

yo rey Don García Ramirez fué el más afortunado: no nos ocuparemos en describir estos sucesos de intestinas discordias, ya por haberlos indicado en el libro precedente de esta Sección, ya porque esa reseña, que pondría de relieve las pasiones políticas de los príncipes cristianos de la Península, parece como que se despega de nuestra narracion histórica, la cual está consagrada principalmente á las páginas gloriosas de la Reconquista.

Tampoco repetiremos aquí lo que ya hemos dicho en *Leon y Castilla*, acerca de la irrupcion de los almohades en España: á los ejércitos de Tárif y Muza, sucedieron los fieros contingentes berberiscos; éstos, disuelto el califato de Córdoba (1031), fuéron arrollados por los almoravides; luégo, en la primera mitad del siglo XII, el Africa arrojó sobre la desventurada España los ejércitos de los almohades; y es seguro que si las mismas tribus musulmanas no hubiesen peleado entre sí con salvaje encarnizamiento, disputándose la posesion de la Península, otra vez el estandarte de la Media Luna, como en los tiempos de Muza, y despues en los de Almanzor, habria dominado hasta las montañas vascas.

Concurrió Don Ramon Berenguer IV á la toma de Almería, en Octubre de 1147, y prestó poderosa ayuda al emperador castellano Alfon-

so VII; y habiendo regresado á la capital de sus Estados, emprendió la conquista de Tortosa, Lérida y Fraga: las dos primeras habian comprado la paz en tiempos de Ramon Berenguer III con reconocimiento de vasallaje y pago de crecidos tributos; la última era célebre en los fastos aragoneses, por haber perecido ante sus muros el valeroso Don Alfonso I *el Batallador*.

El conde de Barcelona, á quien el papa Eugenio III (1145-1153) habia otorgado una bula, concediendo privilegios de Santa Cruzada á los caballeros y soldados que concurriesen á la empresa, y que contaba con el auxilio de las galeras genovesas y pisanas que, con la flota condal de Cataluña, habia comandado él mismo en el sitio de Almería, cercó la plaza de Tortosa por mar y tierra, combatióla rudamente, y la tomó, en fin, por capitulacion, el dia 31 de Diciembre de 1148.

A las pocas semanas emprendió la conquista de Lérida, ciudad insigne donde buscó refugio y halló la muerte el último califa cordobés, Hixem III, y que rendia párias á los condes de Barcelona desde el año 1035; acudieronle con tropas los condes de Urgel, de Pallás, de Ampurias y otros magnates, así como los Templarios aragoneses, y despues de porfiado sitio,

rindióse la plaza el dia 24 de Octubre de 1149.

Fraga, por último, abrió sus puertas al valeroso y afortunado conde Ramon Berenguer IV.

Las tres fortalezas árabes cayeron, pues, sucesivamente, en poder de las armas catalanas, y el mismo año quedó tambien reconquistada la plaza de Mequinenza, de la cual habian vuelto á apoderarse los musulmanes, pocos años ántes.

En los sucesivos, sin olvidar el monarca aragonés que sus principales enemigos eran los mahometanos, se empeñó en contiendas con los reyes de Navarra y de Castilla, si bien hizo siempre esfuerzos poderosos para mantener estrecha alianza con Alfonso VII y su hijo y sucesor Sancho III *el Deseado*; llegó tambien su empeño á pactar amistad con el emperador de Alemania, Federico *Barbaroja*, con el aparente pretexto de negociar el matrimonio de la viuda de Alfonso VII (1), la cual residia en Barcelona, con el conde de Provenza: pactóse, en efecto, este matrimonio, y cuando Don Ramon Berenguer IV pasaba á Italia para ratificar las

(1) Doña Rica de Polonia y de Austria.—La emperatriz Doña Berenguela habia fallecido en Febrero de 1149, y el emperador pasó á segundas nupcias con aquella princesa, en Valladolid, en 1152.

negociaciones con el emperador, sorprendióle la muerte en un pueblo inmediato á Turin, el 7 de Agosto de 1161, despues de un reinado de cuarenta años.

Tambien el testamento de este monarca adolecíó de gráves defectos, que hubieran podido tener desastrosas consecuencias.

Tres hijos varones habia tenido el conquistador de Lérida en su esposa Petronila: Ramon, Pedro y Sancho; y sin querer acordarse de que el reino de Aragon le habia tenido en usufructo y gobierno en nombre de su esposa, la hija de Ramiro II *el Monje*, dispuso de él como de cosa propia: á su primogénito Ramon dejaba heredero del trono de Aragon y Cataluña; á su hijo segundo, Pedro, los condados y señoríos de Cerdaña, Narbona y Carcasona, y á su hijo menor Sancho, y á su misma esposa Petronila, otros Estados diversos; y en cláusula final, quizá la más importante de todas, nombraba tutor y curador de sus hijos y herederos al rey de Inglaterra, que era Enrique II (1154-1189).

Es indudable, á juzgar por esta extraña determinacion, que el conde Ramon Berenguer IV, al dictar su testamento abrigaba dudas acerca de la validez de sus disposiciones en lo relativo al reino de Aragon, no ignorando que su esposa Petronila, ántes de nacer su hijo primogé-

nito, habia instituido por heredero del reino de Aragon, con independencia del condado de Barcelona, al hijo que llevaba en su seno, en caso de ser varon; pero la egregia señora, dando insigne muestra de amor conyugal, y deseando ante todo la paz y quietud del reino, reconoció como legítimas y cumplideras las disposiciones testamentarias de su esposo, cediendo ella misma, como reina propietaria de Aragon, todos sus derechos en favor del primo génito y en pró de la unidad de la patria.

Los que amen el verdadero engrandecimiento de España y conozcan, por las páginas de la Historia, el período turbulento en que se realizaron estos hechos, no vacilarán en colocar el nombre de Petronila de Aragon al lado de los esclarecidos de Berenguela de Castilla y María de Molina.

II.

Subió al trono el jóven príncipe Ramon á principios de 1162, bajo la tutela de su primo el conde de Provenza (1), y cambió su nombre por el de Alfonso, por expresa voluntad de su

(1) El mismo que casó con Doña Rica, la viuda de Alfonso VII de Leon y Castilla.

madre, y en memoria del esclarecido conquistador de Zaragoza.

Desde los primeros años de su reinado comenzó á sonreírle la fortuna: proclamada su mayoría de edad en las Córtes generales de Huesca, verificóse el matrimonio de Alfonso II con la princesa Doña Sancha de Castilla, tia de Alfonso VIII, en Zaragoza, año de 1174.

Digamos por incidencia que estuvo á punto de desbaratarse este enlace, por discordias que surgieron entre el aragonés y el castellano, hasta el extremo de que aquél llegó á pedir por esposa á la hija del emperador Manuel de Constantinopla, la cual vino á casar por último con el conde de Montpeller.

Casi desde niño demostró la energía de carácter que era necesaria en aquellos revueltos dias: reunió Córtes en Zaragoza, á las cuales asistieron los representantes populares de las principales ciudades del reino, y comenzó por exigirles juramento de que habian de ser devueltas á la corona todas las usurpaciones que los siempre soberbios próceres habian hecho durante su menor edad; heredó los condados de Provenza (1), de Gascuña y de Bearne, y otros,

(1) El conde de Provenza, Ramon Berenguer, no tuvo hijos en su esposa Doña Rica, y murió prematuramente en 1166.

unos por muerte de sus poseedores, y los más por haberse reconocido sus propietarios como vasallos de Aragon; aún no contaba veinte años de edad, y su reino, un tanto desmembrado anteriormente, excedía ya de los límites que tuvo al fallecer su augusto abuelo.

Los triunfos de Alfonso II sobre los sarracenos, aunque no tuvieron tanta resonancia como los de sus antecesores, fueron sin embargo muy notables: redujo á la obediencia al rey moro de Murcia, que era tributario de Cataluña y Aragon desde Ramon Berenguer IV, y que se negaba á pagar el tributo; hizo una excursion atrevida hasta la llanura que riega el Guadalquivar, talando los campos y arrasando las fortalezas que encontraba al paso; pensó en realizar la conquista de Valencia, ó por lo ménos en reducir la plaza al último extremo, y llevó sus armas victoriosas hasta cerca de Játiva, fortificando luégo á Teruel para que le sirviera de punto avanzado en las grandes empresas que meditaba.

Prestó auxilio á Alfonso VIII para conquistar á Cuenca, (Setiembre, 1177), y logró por este medio libertarse del tributo y feudo que desde los tiempos de Ramiro II pagaban los monarcas aragoneses á los reyes de Castilla; pactó alianza con Leon y Portugal, y más tarde con Na-

varra, prometiéndose grandes ventajas; auxilió por último al rey castellano despues de la desastrosa batalla de Alarcos, prometiendole asistirle con poderosas fuerzas cuando intentase vengar aquel funesto acontecimiento.

La muerte le impidió cumplir su promesa: hallándose en Perpiñan, á donde habia acudido para aplacar algunas disensiones surgidas entre los nobles, acometióle grave dolencia que le privó de la vida el 25 de Abril de 1196.

Tres hijos varones dejó tambien Don Alfonso II, el cual es conocido en la Historia con el sobrenombre de *Casto*, por sus morigeradas costumbres: Pedro, que le sucedió en el trono; Sancho, á quien dejó el condado de Rosellon y otros de menor importancia, y Fernando, que fué monje profeso en el monasterio de Poblet, fundado por Ramon Berenguer IV para enterramiento de los reyes aragoneses.

III.

Un mes despues del fallecimiento de Alfonso II, su hijo primogénito, confirmando los fueros y privilegios de Aragon y Cataluña, fué proclamado rey legítimo en Zaragoza (16 de Mayo); y en las Córtes de Daroca, reunidas en Setiembre del mismo año, volvió á confirmar

los fueros y privilegios, y tomó posesion del reino.

Era apénas un niño, á quien regía sábiamente Doña Sancha de Castilla, su madre, y lo primero que hizo fué dar cumplimiento á la promesa que su padre habia dado á Don Alfonso VIII, cuyo reino amenazaban poderosamente las huestes mahometanas; pero diferido hasta más adelante el proyecto de emprender vigorosa campaña contra la morisma, por desavenencias que habian estallado entre los reyes cristianos, consagróse el monarca aragonés á la organizacion de sus vastos dominios; y por desgracia aquellas desavenencias tuvieron tambien un eco en sus mismos Estados, llegando á turbarse la buena armonía que hasta entónces habia existido entre el jóven rey y su madre. Afortunadamente, la entrevista de Ariza, en la cual ejerció oficio de mediador el rey castellano, puso término á la discordia.

El sentimiento que dominaba principalmente en el ánimo de Pedro II era el de la piedad (1),

(1) Los historiadores aragoneses le llaman Pedro II, *el Católico*; pero un crítico de nuestros dias, tambien aragonés, el presbítero Dr. D. Vicente de la Fuente, le llama (y con razon) «el lascivo é inmoral.»—*Revista Hispano-Americana*, tom. V, pág. 516.

y este sentimiento le impulsó á ejecutar actos que tuvieron desagradable consecuencia, andando el tiempo. ¡Tan cierto es que hay un límite en el corazon humano para encerrar dentro de él las más loables aspiraciones!

Como extraño deseo consideraron los magnates aragoneses el propósito del monarca de hacerse coronar por mano del Pontífice, que era á la sazón Inocencio III (1198-1216), el autor de aquellas famosas decretales que establecian el poder absoluto del Papa sobre los príncipes reinantes, en punto al perdon ó castigo de las ofensas que mutuamente se infirieran; y aunque el rey aragonés anhelaba tambien la conquista de las islas Baleares, siguiendo el ejemplo de Ramon Berenguer III, todo lo pospuso á aquel extraño propósito y se dirigió á Roma con ostentosa córte para verle cumplido.

En efecto, Inocencio III puso la corona por su mano en las sienes de Pedro II, despues de haber sido ungido éste monarca por el prelado de Poitiers, el 3 de Noviembre de 1204.

Hemos dicho que las consecuencias de este hecho debian ser funestas para Aragon: el rey, en reconocimiento de la supremacía pontificia y en testimonio de gratitud al Papa, declaróse feudo y tributario de la Santa Sede, y sometió

su reino, para lo sucesivo, á las decisiones arbitrales de los Pontífices.

No fué ciertamente Don Pedro II el primer soberano aragonés que sacrificó las rentas y áun la independencia de su pueblo en aras de filial afecto á la Santa Sede: Ramiro I, *el Cristianísimo*, y su hijo y sucesor Sancho Ramirez, hicieron donacion, en las Córtes celebradas en Jaca, en 1063, de cuantiosos diezmos y primicias á la silla pontificia, ocupada entónces por Alejandro II (1061-1073).

Verdad es que el papa Inocencio III dió, á su vez, pruebas de amor paternal á Don Pedro II, nombrado *Alférez Mayor* (Gonfaloniero) de la Santa Sede.....

Más adelante veremos el resultado de estas solemnes declaraciones.

El matrimonio de Pedro II parece como que fué providencial, para que viniese al mundo, como ha dicho un poeta:

*el rey más grande
que tuvo el mundo cristiano.*

Cuando se estaba concertando el enlace del monarca con la hermana del rey de Navarra, Sancho VI el *Fuerte*, el rey celebró sus bodas (en 1204) con María de Montpeller, hija de aquella princesa constantinopolitana que estaba

prometida á Alfonso II de Aragon, Eudisia, y que habia casado con el conde Guillermo.

Pero no fué nada feliz aquel enlace: Pedro II, alegando que no amaba á su esposa, divorciada del Conde de Cominges, se distraia en deshonestos amoríos, que traian descontentos á los nobles del reino, por la falta de sucesion de la reina, y tramóse una conspiracion verdaderamente singular (como tal vez no registre otra igual la historia de la Edad Média), forjada por un magnate aragonés: Guillen de Alcalá.

Dejemos ahora hablar á los historiadores Muntaner y Zurita:

«Con arreglo al plan combinado, cuando todo el mundo dormia en palacio, veinticuatro prohombres, abades, priores, el oficial del obispo y varios religiosos, doce damas y otras tantas doncellas con cirios en la mano, fuéron al palacio real, con dos notarios, y llegaron hasta la puerta de la cámara del Rey; entró la Reina: los demas se quedaron fuera, y arrodillados y en oracion, toda la noche. El Rey creia tener á su lado la dama de quien era servidor, las iglesias de Montpellier estuvieron abiertas, y todo el pueblo se hallaba en ellas reunido y orando, segun lo acordado.

»Al amanecer, los notables, los religiosos y todas las damas, cada uno con una antorcha en

La mano, entraron en la real cámara. El rey saltó de la cama asustado, y echó mano á la espada: entónces se arrodillaron todos y enterrecidos exclamaron:

«*Por Dios, rey, mirad con quien estais acostado.*»

»Reconoció el rey á la reina, y le explicaron el plan y objeto de aquel suceso.

»*Pues que es así* (exclamó el rey), *quiera el cielo cumplir vuestros votos.*»

Y añade el grave Zurita:

«Conque aquella noche fué concebido un varon que por disposicion divina lo fué para propagar la república y religion cristiana, como prueban las proezas que despues hizo.»

En verdad, que todo esto es muy curioso; y ofrece admirable testimonio de las costumbres de la época el hecho de concurrir á presenciar, ó poco ménos, tan edificante escena conyugal las doce damas, y singularmente las doce doncellas, que tenian cirios en las manos.

Del hecho no se puede dudar, porque reúne las circunstancias más precisas de autenticidad indiscutible: refiérelo el cronista Ramon Muntaner (1), no sólo contemporáneo, sino áulico y

(1) *Chronica ó descripció dels fets é hacanyes del inclit Rey Jaume primer Rey d'Aragó,.....* per Ramon

áun amigo del rey Don Jaime I *el Conquistador*,—el régio vástago que fué concebido en aquella noche, «por disposicion divina,» como supone el buen Zurita, ó *por casualidad*, como se expresa el presbítero y académico Sr. La Fuente.

Por lo demas, el rey Don Pedro II no esperó á que se repitiera tan singular escena de conspiracion palaciega, en favor de la abandonada reina Doña María de Montpeller: el mismo dia montó á caballo, y huyó (esta debe ser la palabra necesaria) del domicilio conyugal, regresando á Barcelona.

Por tan extraordinaria y rara circunstancia, María de Montpeller, reina y esposa desdeñada de Pedro II, fué la madre de Don Jaime I *el Conquistador*.

Cumplióse en el año 1212 la promesa que los dos monarcas aragoneses Alfonso II y su hijo Don Pedro habian hecho al de Castilla, para auxiliarle contra los árabes: un ejército de catalanes y aragoneses, á las órdenes del mismo rey

Muntaner:—Este ilustre cronista fué contemporáneo de Don Jaime I, y escribió «cosas que yo mismo (dice) he visto.»—La primera impresion de su libro se hizo en Valencia, por la viuda de Juan Mey, año 1558.

y conducido por los más nobles caballeros de los dos reinos, concurrió á la gloriosa batalla de las Navas de Tolosa, capitaneando Don Pedro el ala izquierda del ejército cristiano (1).

El año siguiente, habiendo tomado parte en la guerra de los albigenses, que infestaban el Mediodía de Francia, mandados por el conde Raimundo VI de Tolosa, murió Pedro II en el combate de Muret, contra Simon de Monfort, al lado de los más valientes caballeros de su reino, el 13 de Setiembre de 1213.

¡Cosa extraña! Un rey que se apellidaba por antonomasia *el Católico*, que se hizo coronar por el papa Inocencio III, que se declaró espontáneamente tributario de la Santa Sede, murió peleando en favor de los herejes albigenses, enemigos jurados de la Iglesia católica.

En cambio, el día 22 de Julio de 1203, Don Pedro II colocó la primera piedra de *La Seo* leridana, esa grandiosa basílica románica (hoy casi monton de escombros), reflejo de una época en que se asentaba sobre firmes bases el edificio social, y tendía el pensamiento del artista á remontarse en alas de la fe, en pos de lo infinito, de lo grande y de lo bello.

Y aún podemos añadir que en la misma ca-

(1) Véase *Leon y Castilla*.

tedral leridana duerme el eterno sueño de la muerte un hijo natural de Don Pedro II *el Católico* (ó *el Lascivo*), el infante Don Pedro *de Rege*, canónigo que fué de aquella iglesia, y cuyos restos mortales fuéron enterrados en la bóveda funeraria del coro, el dia 12 de Setiembre de 1254 (1).

CAPITULO IX

Reinado de Don Jaime I *el Conquistador*.

I.

El fallecimiento de Don Pedro II fué señal de grandes disturbios en los estados de Aragon y Cataluña: el infante Don Jaime, heredero legítimo de la corona, apénas tenía seis años de edad y estaba precisamente bajo la tutela y custodia del conde Simon de Monfort, jefe del partido católico que habia vencido en los campos de Muret, donde murió Pedro II; y los dos hermanos de este monarca, aquel Sancho que habia heredado el Rosellon y la Provenza, y aquel Fernando que era monje profeso en Po-

(1) *La Seo, memoria sobre la antigua catedral de Lérida*, por D. Luis Roca y Florejaehs, etc. Pág. 51.—*Fastos ilerdenses*, por el mismo autor. Pág. 21.

blet y entónces abad de Monte Aragon, y más aficionado al bullicio del campamento que al retiro del claustro, se alzaron en armas contra el heredero del trono, y llamaron en su auxilio á los nobles descontentos.

Empero, enfrente de estas parcialidades, manteníase fuerte y poderosa alrededor, de la reina viuda María de Montpeller, la mayor parte de los principales magnates aragoneses, los cuales, por mediacion del pontífice Inocencio III, cuyas disposiciones interpretó el cardenal Benevento, recibieron como en sagrado depósito, en Narbona, al niño Jaime, y partieron con él á Cataluña, para que las Córtes del reino, en Lérida reunidas, le reconociesen y aclamasen, prévio el juramento de guardar los fueros y privilegios.

En efecto: el 15 de Agosto de 1214 fué proclamado rey de Aragon y conde de Barcelona, en las Córtes de Lérida, el tierno príncipe, teniéndole en brazos el arzobispo Aspargo, de Tarragona, y recibiendo los homenajes de fidelidad de los prelados, ricos-hombres y delegados de las ciudades, villas y lugares.

Y hecho ésto, el infante fué trasladado á Monzon, bajo la guarda y tutela de Guillen de Monredon, maestre del Temple, y en compañía de su primo el conde Pedro de Provenza, enco-

menándose la gobernacion de los reinos al turbulento caballero Don Pedro de Ahones, hermano del obispo de Zaragoza, y tan díscolo como él mismo, y al señor de Albarracin, Don Pedro Fernandez de Azagra; y acaso con el objeto de anular una de las parcialidades que se habian levantado sobre la cuna del rey Don Jaime, nombra on tambien procurador general de Aragon y Cataluña, al infante Don Sancho, conde de Rosellon y tio del rey niño.

II.

Era un dia de Febrero del año 1221.

La villa de Agreda, antigua poblacion celtíbera (famosa en la historia de España desde que el pretor Sempronio Gracco la rodeó de fuertes murallas), presentaba el aspecto de opulenta y animada córte de dos poderosos reinos: Castilla y Aragon.

Allí se habian reunido los valientes adalides que vencieron en la batalla de las Navas de Tolosa: por un lado, los invictos guerreros de Alfonso VIII *el Noble*; por otro, los de Pedro II de Aragon, *el Católico*.

¿Qué acontecimiento se celebraba en aquella humilde villa, para congregarse en faz de contento y engalanados como para régia fiesta, los

magnates y caballeros de Leon y de Castilla, y los prelados y ricos-hombres de Aragon y de Cataluña? Celebrábanse las bodas del rey Don Jaime I, hijo y sucesor de Don Pedro II, con la noble y virtuosa princesa Doña Leonor de Castilla, hermana muy querida de la insigne Doña Berenguela, madre de Fernando III, y de la tambien insigne Doña Blanca, madre de Luis IX de Francia.

Apénas contaba entónces el regio desposado la edad de trece años, y ya anunciaba en su porte gentil y en sus arranques de bravura que habia de ser, andando el tiempo, uno de los primeros monarcas de la Reconquista; acompañábale la prudencia, y no obstante la situacion angustiosa del país, él mismo resolvió diferir para más adelante los cuidados del gobierno: queria ver, observar, estudiar la situacion ántes de empuñar el cetro de Alfonso *el Batallador*.

Porque hay que tener en cuenta que el rey Don Jaime I habia estado durante su minoría bajo la tutela del asesino de su padre, aquel falso y perjuro conde de Monfort que se resistia á entregarle á los magnates aragoneses, y resistia tambien las órdenes terminantes del pontífice Inocencio III., sin duda para apoderarse por completo de la voluntad y el corazon de su re-

gio pupilo; hay que tener en cuenta que sus tios los infantes Don Sancho y Don Fernando habian levantado la enseña de la rebellion, apoyados por próceres é infanzones descontentos y ambiciosos; hay que tener en cuenta, por último, que la situacion de aquel reino desde la desgraciada muerte de Pedro II *el Católico*, habia llegado á ser tan lamentable, que hasta la voz de un clérigo célebre anunciaba en el púlpito de la catedral de Tarazona, ante los procuradores de las Córtes de Lérida, allí congregados para prestar juramento de obediencia al tierno huérfano, que habia sonado la hora fatal de la separacion de los Estados aragonés y catalan, unidos hacía un siglo por el matrimonio de la hija de Ramiro *el Monje* con Ramon Berenguer IV.

Es de sentir que la brevedad de estas páginas nos obligue á esbozar, más que á describir, la gran figura histórica del heróico conquistador de Mallorca y Valencia; si así no fuese, el mejor relato, el más fiel y el más dulcemente sencillo de este período de la historia aragonesa, podríamos hacerle traduciendo literalmente la crónica lemosina que el mismo rey ha legado á la posteridad, y que escribia casi hora por hora, ya bajo los artesonados techos de los palacios de Zaragoza y de Barcelona, ya bajo las tiendas de

campana de las Baleares y del Maestrazgo, áun sin haberse desceñido en muchas ocasiones, como él refiere, la espada del combate (1).

En las contrariedades con que comenzó su reinado, adquirió sin duda Don Jaime I el carácter severo de que le motejan algunos historiadores; su misma madre llegó á morir en edad temprana (en Roma, año 1219), dejándole abandonado á los nobles descontentos; éstos, los magnates más poderosos, los Nuño-Sanchez, los Moncadas, los Ahones, se ponen bajo la enseña del revoltoso infante Don Fernando, «mal fraile y peor soldado,» le sitian una vez en su palacio de Teruel, le ponen guardias de vista, intentan apresarle y le obligan, para que su libertad no peligre, á suscribir las condiciones que el traidor le imponía. Pero este hecho fué como el origen de la fortuna que desde entonces comenzó á favorecer al monarca: apenas habia suscrito el osado pacto, y cuando Don Pedro de Ahones caminaba ya hácia Zaragoza, el jóven príncipe se pone á la cabeza de algunos

(1) *Chronica ó comentari del gloriosissim é invictissim rey En Jacme primer d' Aragó*, etc.— La primera edición de este precioso libro fué hecha en Valencia, por la viuda del tipógrafo Juan Mey, en 1557, un año ántes que la *Chronica* de Muntaner ya citada.

leales, ataca al rebelde, y le derrota; y luégo, dando muestra de la magnanimidad de su alma, al saber que el conde habia muerto, atravesado por la lanza de Don Sancho Martinez de Luna, protege su cadáver impidiendo que los soldados le profanen, y le da sepultura decorosa en el monasterio de Santa María de Daroca, pronunciando aquellas célebres palabras: «*¡En mal punto nacisteis, Don Pedro, que no me quisisteis creer!*»

Merece traducirse el siguiente pasaje de la *Crónica lemosina* del mismo rey, que describe la violencia cometida en el palacio:

«Se puso en pié (Don Pedro de Ahones), y aquéllos que con nos estaban, nos desampararon..... Don Pedro, apénas se vió solo con nos, echó mano á la espada, mas nos con nuestra mano se la sujetamos y no pudo desenvainarla. Los caballeros de Don Pedro estaban afuera, y no habian descabalgado..... Y al oír el ruido en la casa, descabalgaron como unos cuarenta. Don Pedro quiso echar mano á la daga, pero nos tambien le cojimos la mano y no pudo sacarla..... Entónces entraron los caballeros, y de los nuestros no habia ninguno..... Y le sacaron de entre las manos de nos, y él á pesar de su fuerza, no habia podido librarse de las manos de nos. Así escapó de nos, y nuestros caballeros no

nos ayudaron porque se estaban en su casa.»

¡Así estaba entónces la autoridad real en Aragon! ¡Así estuvo tambien algunos años más tarde en Castilla, cuando otro poderoso magnate se atrevió á levantar el puñal asesino sobre el nieto de Fernando III!

Pero el jóven monarca aragonés supo vencer todas las dificultades y alzar su frente por encima de las humilladas cabezas de los rebeldes: sucesivamente venció al obispo de Zaragoza, Don Sancho de Ahones (hermano de Don Pedro), que era el más osado (1), á los Moncadas, á Cornell, á Nuño-Sanchez, y por último, á aquél que le disputaba con tenacidad el trono, su tio el infante Don Fernando; tomóles los señoríos y ciudades que habian usurpado; agasajó á los partidarios leales; concertó las voluntades de los enemigos; logró, en una palabra, poner fin á las discordias del reino; y ántes de emprender su primera campaña contra los moros, tuvo el consuelo y la satisfaccion de recibir el pleito homenaje que le prestaron sus más encarnizados adversarios, en manos de los prelados de Ta-

(1) Estos Ahones, á pesar de su insolencia, no perdieron la gracia de Don Jaime I: éste, en efecto, nombró obispo de Zaragoza, en 1244, á Don Rodrigo de Ahones, hermano menor de aquéllos.

rragona y Lérida, y del maestro del Temple, que era á la sazón Don Francisco de Monpesat.

III.

Veinte años de edad tenía el rey Don Jaime en 1227, cuando se dispuso á ensanchar los límites de su reino llevando la guerra á las comarcas ocupadas por los sarracenos, y su primera empresa fué una empresa de héroe: la conquista de Mallorca.

Parece una leyenda homérica aquél glorioso hecho de armas, y la historia misma le ha rodeado de poéticos detalles: corria el año 1228, y se celebraba un banquete en el palacio de Tarragona, para solemnizar la amistosa union de aragoneses y catalanes bajo el cetro de Don Jaime, y el acabamiento de las discordias pasadas; casi veíanse desde allí, envueltas entre la bruma del mar, las costas de las antiguas Pitiusas; cruzaban acaso á lo léjos algunos bajeles con el pendon de la Media Luna, y cuyos remos eran movidos por míseros esclavos cristianos.

Dícese que uno de los convidados, el famoso Martell, propuso al monarca como empresa digna de inaugurar un reinado glorioso, la conquista de Mallorca: el ánimo del jóven príncipe

se exaltó con la pintoresca relacion de aquel guerrero; los otros convidados, entre los cuales estaban los antiguos rebeldes, principalmente Nuño-Sanchez (1) y los dos Moncadas, juraron, extendiendo la mano hácia el sitio de las Baleares, acompañar al rey á la conquista de Mallorca, y ó vencer ó morir en la demanda.

Faltaba un pretesto para acometer la empresa, y éste surgió bien pronto, habiendo sido apresadas tres naves catalanas por corsarios de Mallorca, sin respeto á la tregua que entónces habia: Don Jaime reunió las Córtes del reino en Barcelona; congregáronse casi todos los principales caballeros de los dos Estados; y habiéndoles expuesto el monarca su decidido empeño, todos unánimes le aclamaron y todos ofrecieron contribuir á realizarle con sus vidas y haciendas.

El ilustre Aspargo, arzobispo de Tarragona, y los prelados de Barcelona, de Gerona y de Lérida, los abades y priores de las órdenes monásticas, los caballeros templarios, todos los que constituian el brazo eclesiástico en aquellas Córtes, unieron sus ofertas y sus votos á

(1) Este Nuño Sanchez era hijo de Don Sancho de Aragon, el rebelde tio de Don Jaime I, y por lo tanto primo hermano del monarca.

los votos y ofertas de los próceres de ambos reinos; y el papa Gregorio IX (1227-1241), en cuanto hubo conocido el magnífico proyecto del monarca aragonés, y el admirable concierto de voluntades en las Córtes, otorgó á la empresa los privilegios y gracias de Santa Cruzada, como el Pontífice Pascual II (1099-1118) los habia otorgado, un siglo ántes, al valeroso conde Ramon Berenguer IV.

Antes de concluir aquel año, aprestábanse ya hombres y navíos para la expedicion mallorquina: sólo Cataluña presentó en línea de combate más de cien bajeles y veinte mil hombres de desembarque; en Marzo del año siguiente estaba ya dispuesta la poderosa flota; el rey Don Jaime, acompañado de los jefes de la expedicion, Nuño-Sanchez y Guillen de Moncada, se preparó á destruir los obstáculos que en los últimos momentos se habian levantado contra su generosa empresa, y logró por fin darse á la vela en el puerto de Barcelona, en Setiembre de 1229.

¿Qué le importaban al animoso monarca las contrariedades ni los peligros? A los cinco dias de navegacion, una horrible tempestad amenazó destruir la armada aragonesa, pareciendo como que el hado se oponia á que llevase adelante su temerario empeño; y cuando algunos capitanes

le aconsejaron que desistiese, él respondía, con entera confianza en la protección del cielo: «Eso no haré yo jamás.»

Pocas horas después, calmada la tempestad, divisábanse á lo lejos las costas de Mallorca.

No ha dejado la historia exacta sucesión cronológica de los reyes musulmanes de Mallorca: después de la disolución del califato de Córdoba, cuando el imperio de los omniadas se dividió entre varios reyezuelos, titulábase rey de Mallorca y de Dénia el emir Mujehid-Abu-Giaz, y sucesivamente ocuparon el trono varios emires, quizá dependientes de los de Valencia. El que á la sazón reinaba en Mallorca, no tiene en verdad un nombre concreto, porque todos los historiadores de la época le llaman de diverso modo: siguiendo la crónica lemosina del mismo conquistador, le damos el nombre de Abohique, el cual es, según los apuntes cronológicos del Sr. Conde, en su *Historia de la dominación de los árabes en España*, el nombrado Sidi ó Said Ben Alhaken Ben Otman.

Era el rey de Mallorca uno de los más poderosos emires musulmanes de Occidente: mantenía alianzas estrechas con los reyes africanos y los de la Península; ocupaba todas las islas que forman el grupo de las Baleares, custodiándolas con fuerte ejército y robustos castillos;

sus famosos ballesteros mallorquines eran los más fieros soldados que por aquel entónces combatian en las filas agarenas.

A la vista de Mallorca aparecieron las naves aragonesas á mediados de Setiembre, cuando una nueva tempestad les obligó á variar de rumbo; arribaron, no obstante, al islote de la Palomera (que dista de la isla principal como medio kilómetro), sin haber perdido un hombre ni un sólo barco en tan larga y penosa travesía; un soldado leridano, el célebre Ruiz de Moya, tronco del esclarecido linaje de los Santaponza, fué el primero que puso el pié en la tierra musulmana.

Súpose entónces, por delacion de un traidor, que siempre la traicion se esconde entre las filas de los leales, que el emir Al-Haken contaba con poderoso ejército de cincuenta mil combatientes y se hallaba resuelto á desesperada resistencia.

¿Pero qué importaba esto al rey Don Jaime, mozo de varonil esfuerzo y corazon animoso, que se habia propuesto inaugurar su reinado con la hazañosa empresa de la conquista de Mallorca? Detras de Ruiz de Moya saltaron en tierra los principales capitanes, los Nuño-Sanchez, los Moncadas, los Cruilles, los Entenzas, guiando á sus valerosos soldados: saltaron tambien

los prelados que acompañaban al monarca y el Maestre del Temple, al frente de sus caballeros; el rey Don Jaime, por último, desembarcó formando la retaguardia, pero siendo el primero en acudir á donde el peligro le llamase.

Trabóse la pelea con un grueso cuerpo de musulmanes, que ocupaba situacion estratégica, no léjos de Santaponza, y que envolvió entre sus poderosas filas á los más osados del ejército aragonés y catalan, que avanzaron temerariamente hácia el interior de la isla, lucharon con encarnizamiento, abriéndose paso á través de las apiñadas filas agarenas, y llegando en su ardor bélico hasta el mismo recinto en que el emir de Mallorca alentaba á los suyos; y allí, detenidos por valla inespugnable de enemigos, sin poder volver al campo cristiano, ni tampoco avanzar hasta las murallas lejanas de la capital de la isla, habrian perecido todos gloriosamente, pero en lucha estéril, si el rey Don Jaime no hubiese acudido en su socorro, al frente de los caballeros del Temple.

Refieren las crónicas, que tornaban al campo cristiano los pocos soldados que habian logrado huir de la cercada hueste, llenos de medroso espanto, y pidiendo clemencia con horribles alaridos; y al verlos Don Jaime, refrenando el ímpetu de su caballo; biendiendo la espada y

arrancándose la visera del yelmo (1) para que los fugitivos le conociesen, exclamó con extérrimas voces: «¡Vergüenza para Aragon, vergüenza para Cataluña! ¡A ellos, hijos!»

Y se lanzó al frente de los ginetes que le seguían en lo más fragoso del combate, con ánimo de pelear cuerpo á cuerpo con el emir agareno que alentaba á los suyos, en las últimas filas de los combatientes.

Ante aquel ejemplo de bravura y heroísmo, los cruzados aragoneses y catalanes se lanzaron á la pelea; los fugitivos volvieron con nuevo empeño; los más amedrentados dieron brillante prueba de valor y esfuerzo; los musulmanes fueron completamente derrotados, y el emir Al-Haken huyó á toda brida á encerrarse en los muros de Mallorca.

Costosa fué la victoria: en el campo quedaron muchos esclarecidos capitanes, entre ellos los dos Moncadas, que allí lavaron con su sangre el borron de antiguas veleidades,—como andando el tiempo habia de lavarlas tambien el revoltoso infante Don Juan de Castilla (el asesino del tierno hijo de Alonso Perez de Guzman, *el Bueno*, ante los muros del castillo de

(1) Este yelmo histórico se custodia en la Armería Real de Madrid.

Tarifa), muriendo con la gloria de los héroes en la Vega de Granada.

Dos días después, asentábanse las tiendas del ejército aragonés delante de los fuertes de Mallorca.

Ofreció este sitio, al decir de los cronistas coetáneos, un espectáculo verdaderamente asombroso: los proyectiles que lanzaban las máquinas de guerra de los sitiadores, se cruzaban con los que despedían los sitiados desde las altas murallas; el clamor de los sacerdotes cristianos que recorrían las filas del ejército de Don Jaime, alentando con piadosas arengas á los combatientes, se confundía con los gritos de los santones mahometanos, que en los adarves y en los minaretes de las mezquitas, predicaban la guerra y el exterminio de los infieles; sucedíanse diariamente combates parciales entre las huestes que salían de la plaza sitiada y las avanzadas de las tropas aragonesas, y si, como recurso doloroso, aunque disculpable en los horrores de una guerra de exterminio, los mahometanos exponían á los míseros cautivos en las murallas, para que fueran las primeras víctimas del asalto, los soldados del rey Don Jaime lanzaban á la ciudad con sus poderosas máquinas de guerra las ensangrentadas cabezas de los musulmanes muertos en el combate.....

El emir Al-Haken dióse á partido de capitulacion: propuso en primer lugar al rey Don Jaime reconocerse como vasallo aragonés, pagar todos los gastos de la guerra y entregarle en rehenes dos principales castillos; propuso luégo, cuando el rey Don Jaime desechó aquella primera proposicion, abandonar la ciudad y la isla, pagando como rescate, por sí y por todos sus súbditos, cantidad muy crecida, si se le consentia quedar libre y poder marchar á Africa; pero el rey aragonés, animado tambien con la esforzada entereza de sus capitanes, se negó á escuchar las proposiciones del agareno, si no estaban fundadas en la rendicion incondicional y absoluta: refiérese en la misma crónica lemosina, que todos los principales caudillos del ejército aragonés, cuando el jóven monarca les pidió su parecer acerca de las proposiciones del emir, extendieron la mano derecha hácia los santos evangelios, que habian sido colocados en medio de la sala del Consejo, y juraron «no volver la espalda á las murallas de Mallorca, ni dar un paso atrás, aunque fuera hácia sus tiendas de campaña,» desde el momento en que el rey ordenára el asalto..... ¡Ejemplo magnánimo de bravura que dieron aquéllos valerosos ricos-hombres y prelados ante el denuedo de su jóven monarca!

La resistencia de los agarenos fué desesperada: allanáronse los altos muros; brechas angostas ofrecieron paso á los sitiadores; en las tortuosas calles de la ciudad se trabaron horribles combates; las mezquitas, los palacios, los jardines, fuéron tomados al asalto; los habitantes huyeron; el ejército agareno fué deshecho y acuchillado; el emir Al-Haken y su hijo, animoso adolescente, que habia sufrido todos los peligros del asalto, cayeron prisioneros del rey Don Jaime.

Mallorca, la capital de la isla de su nombre, quedó en poder de los cristianos el último dia del año 1228.

El botin fué inmenso y riquísimo, pero la gloria que ganó entónces el rey aragonés fué de imperecedero recuerdo: desde aquel dia la historia le señala con el nombre de Jaime *el Conquistador*.

CAPITULO X.

Reinado de D. Jaime I *el Conquistador* (continuacion).

I.

A los pocos dias de la conquista de Mallorca, y despues de dejar asegurado su dominio, fortificando nuevamente los sitios más importantes, y anunciando privilegios y franquicias á

las familias cristianas que fueran á poblar la isla, el rey Don Jaime regresó á Cataluña, desembarcando en Tarragona, donde fué recibido con ovacion inmensa.

Y, sin embargo, en breve se hizo nuevamente á la vela para las islas Baleares, atendiendo al rumor de que el rey de Túnez se preparaba á disputarle su conquista: aseguró la posesion de Mallorca; presentóse al frente de su armada ante la isla de Menorca, y sus pobladores le rindieron homenaje de acatamiento, sin que fuese necesario apelar á la fuerza de las armas; luégo, por último, concedió al prelado de Tarragona, Guillem de Mongrit, la autorizacion que solicitaba para conquistar la isla de Ibiza, y la conquistó en efecto.

Así quedaron las islas Baleares incorporadas á la corona de Aragon y Cataluña, á los ciento veinte años de haber conquistado á Mallorca el conde Ramon Berenguer III, en la empresa que llevó á cabo con las naves de las repúblicas de Pisa y Génova, y de haber sido recobrada por los sarracenos en virtud del abandono de los soldados aragoneses.

II.

Debemos señalar, si bien con mucha concision, el estado floreciente que habia alcanzado

por aquel tiempo la marina catalana, anunciando ya los gloriosos hechos que habia de llevar á cabo en los reinados de Pedro III y Jaime II, bajo la direccion de Roger de Lauria y Roger de Flor.

En un precioso estudio catalan, recientemente publicado (1), se enumeran concienzudamente las fuerzas marítimas que concurrieron á la conquista de Mallorca, y se dan curiosísimas noticias acerca los principales capitanes que comandaban las naves.

«En la conquista de las Baleares por Don Jaime I (dice) intervinieron: Pedro Martel, ciudadano de Barcelona, segun varios autores, ó *el Tarragonés*, segun otros, prohombre de la ciudad, el cual fué el alma de la expedicion, y tomó parte en el armamento, figurando como capitan de una galera (2); el conde de Ampúrias tenía muchas naos de su propiedad particular, y auxilió al rey en tan grande empresa, despues de haber pronunciado un enérgico discurso en las Córtes de Barcelona de 1228, reunidas con

(1) *Marines catalans célebres*, discours... per Lluís M. Soler y Puig. (Barcelona, 1882.)

(2) El mismo que, despues del banquete en el palacio real de Tarragona, describió con tan vivas frases la belleza de las Baleares, suscitando en el ánimo del jóven rey el deseo de reconquistarlas.

al objeto, y encomendó la necesidad y los buenos resultados de la expedición; Pedro Gruny tenía la representación de la ciudad de Barcelona, y ofreció en su nombre todas las embarcaciones posibles, y 2.000 hombres de desembarque; Guillem de Moncada tomó participación muy activa en la empresa, y dirigió la nave capitana, «*qué'era de Carroç*», y que durante la noche llevaba un esplendente fanal, visible á larga distancia; Ramon de Pleyamans mandaba 150 galeras salidas de Barcelona, y era un gran práctico y conocedor del arte náutico; el capitán (*còmitre*) Gairán era otro inteligente marino á quien Don Jaime consultó sobre el mejor sitio para el desembarque, eligiéndose la playa de la Dragonera, por indicacion suya Ramon Canet, dejando sus barcos en la playa fué designado para dirigir la nao que condujo á Don Jaime á Cataluña.

»Ademas figuraron, mandando galeras y *taridas*, Guillem de Cardona, el vizconde de Bearne y el obispo de Barcelona Berenguer de Palou, con su sobrino Guillem Ramon de Moncada; Bernardo de Santa Eugenia, á quien el rey nombró gobernador de la isla, era un bravo navegante, que más tarde proporcionó bastimentos al monarca para la conquista de Burriana; Ramon de Solsona, Ramon de Montanya, Arnal-

do Desvilar, Guillem de Sanmarti, Gueran de Cervelló, Ramon Alamany, Guillem de Claramunt, Guillem de San Vicents, Ramon de Belloc, Bernardo de Centellas..... y algunos *ricos-homes* (sic) castellanos, que formaban la hueste proporcionada á Don Jaime por el aragonés Nuño Sanchez.»

Y añade á continuacion, que la escuadra con que el arzobispo de Tarragona se dirigió á la conquista de Ibiza, estuvo mandada por el caballero aragonés Nuño Sanchez, á quien acompañaban los aludidos *ricos-homes* castellanos, varios caudillos catalanes y el infante Don Pedro de Portugal (1).

No hay ejemplo en la Historia, si no acudimos á buscarle en las leyendas fabulosas de Grecia, de una prosperidad marítima tan brillante como la de Cataluña en tan breve espacio de tiempo: Ramon Berenguer III, con su expedicion á las Baleares, ayudado de los pisanos,

(1) Este infante Don Pedro, hijo de Sancho I (el segundo rey de Portugal), era un aventurero por el estilo de Don Enrique de Castilla, que habia estado muchos años al servicio del rey de Marruecos; en Aragon casó con la condesa de Urgel, y muerta esta señora, trocó el condado por el Señorío de Mallorca. — Murió sin hijos.

echó los cimientos del poderío naval de Cataluña; abrió al tráfico mercantil los puertos más florecientes del Mediterráneo; contribuyó poderosamente á la constitucion de la marina de guerra, ántes de que ningun otro país de la Península hubiese comenzado á imitarle.

Con razon pudo cantar el poeta veronés Llorens, contemporáneo, en su libro *Cármén rerum in Majorica pisanorum anno 1115*, de este modo:

*Mittitur ad Comitem, cui Barchinon, atque Girunda
Subduntur multasque regit pro viribus urbés
Cui nomen Raimundus erat, qui laudis equestris
Fructus innumeros clarosque patrauerat actus
Hispanos cujus terror commoverat hostes
.
.
.
.
.
.
.
.
.
.
.
.
.
Et sociare sibi belli sociumque Ducemque
Agnina nostra volunt.*

III.

Don Jaime el Conquistador, que tal dictado le daban ya sus pueblos, resolvió llevar á cabo el grandioso proyecto que habian concebido y no pudieron realizar algunos de sus predecesores: la conquista de Valencia.

Antes de la conquista de Menorca y de Ibiza, en 1232, empezó á preparar sus huestes

para aquella empresa, poniendo sitio a las fortalezas de Arés, Morella, Burriana y Peñíscola, y tomándolas por asalto despues de reñidos encuentros.

Era aún muy jóven el rey Don Jaime, y en ninguna ocasion, siquiera le asaltasen las mayores contrariedades, daba la menor muestra de flaqueza de ánimo: en el cerco de Burriana, plaza defendida heróicamente por los sitiados, retrocedian con desaliento los más animosos caballeros, y hablaron de abandonar la empresa y regresar á Barcelona; pero Don Jaime, alentado tambien en aquella ocasion por su tio el infante Don Fernando, anunció con enérgicas frases á los acobardados magnates que no abandonaria su intento aún cuando todos se opusieran, recordándoles que habia conquistado un reino cuando era menor de edad, y que arrojaría una mancha indeleble sobre su nombre si se retiraba ante los muros de una débil fortaleza.

Dos meses duró el cerco, y en Julio de 1233 entró el rey Don Jaime en Burriana, logrando de este modo, no solamente dar magnánima prueba de su firme carácter y ánimo valeroso á los caudillos de su ejército, sino hacer que se le rindieran sucesivamente los castillos de Burriol, Almazora y otros de la vega del Júcar, miéntras los caballeros Templarios se apodera-

ban de Alcalá de Chisbert, y los Hospitalarios de Cervera.

La conquista de Valencia y los altos hechos que la precedieron, constituyen un verdadero poema de gloria: sería necesario para describirla, mejor dicho, para bosquejarla á grandes pinceladas, llenar todas las páginas de este libro.

Era emir del reino valenciano el almohade Giomail Ben-Zeyan, que habia destronado á Ceid-Abu-Ceid, y adivinando los propósitos de Don Jaime, por su empeño en conquistar las fortalezas inmediatas á la capital, adoptó el partido desesperado de hacer volar aquéllas que no podia defender: así sucedió con el castillo de Enesa, llamado por los cristianos Puig de Santa María, el cual distaba apénas dos leguas de Valencia; pero el monarca aragonés, comprendiendo la importancia de aquella posicion, mandó construir otra imponente fortaleza en lugar de la demolida, y confió su custodia al bravo capitán aragonés Guillermo de Entenza (1), famoso ya desde la conquista de Mallorca. Allí, al

(1) Este caballero, que murió pocos meses despues, era hermano de la madre de Don Jaime. Dejó numerosa descendencia, y los Entenzas figuraron desde entonces en los principales acontecimientos políticos de Aragon.

pié de los nuevos muros, se dió una tremenda batalla, en Agosto de 1237, en la cual un puñado de valientes resistió á la poderosa hueste de Ben-Zeyan, acometiéndola con denuedo y la derrotó hasta causar el asombro de los moros almohades.

Con la misma gente que habia defendido la fortaleza inició el sitio de la plaza de la capital del reino valenciano: poco á poco fuéron cayendo en poder de Don Jaime los castillos más próximos á las murallas, y cuando estaban reunidas las huestes auxiliares de su ejército, los caballeros de las órdenes militares, los fieros almogabares, las mesnadas de los magnates y las milicias de las ciudades y villas, asentó sus reales hácia la parte del Grao, formalizó el sitio y comenzó á atacar los muros con poderosas máquinas de guerra.

Las salidas de los sitiados eran rechazadas con brio y fortuna; una hueste tunecina que habia aparecido enfrente de Valencia, á bordo de poderosa escuadra, fué batida y destrozada por las galeras catalanas, ántes de que tomára tierra; era tal el coraje de los sitiadores, que algunos llegaron á entrar en la plaza confundidos con los sitiados, cuando las salidas de éstos eran arrolladas por impetuoso ataque de los almogabares.

En una ocasion, el rey Don Jaime fué herido de una saeta en la cabeza.

«Al volver (dice él mismo en su *Crónica*) de una escaramuza, y torciendo la cabeza para mejor ver la ciudad, y los muchos soldados de la morisma que nos acometian, la saeta de un ballestero se clavó en el casco que nos llevábamos, y atravesándole, nos hirió cerca de la frente. No fué la voluntad de Dios que nos pasase de parte á parte, pero se nos clavó más de la mitad, y en el arretrato de cólera que nos causó la herida dimos al arma un tiron con nuestra propia mano, y la rompimos. Chorreábamos por el rostro la sangre que tuvimos que enjugar con un pedazo de cendal, y con todo eso íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así nos entramos en nuestra tienda.» (1)

Un acto temerario de los sitiadores facilitó en gran manera la rendicion de la plaza: algunos atrevidos soldados sin guías ni capitanes, y contando sólo con su ardimiento, atacaron la célebre torre de Botaella (2); y como los almohades la defendieran con heroismo, aquéllos la

(1) *Chronica del gloriosissim é invictissim rey En Jaime primer, Rey d' Aragón, etc.*, cap. 181.—Esta interesante *Crónica* ha sido traducida al castellano, por el erudito Sr. Bofamill.

(2) Hoy Puerta de San Vicente.

pusieron fuego, y los musulmanes perecieron abrasados.

Giomail-Ben-Zeyan llegó á comprender que los cristianos no abandonarían su empresa, y á los pocos dias de aquel suceso, hizo proposiciones secretas al rey de Aragon para entregarle la plaza, la cual, por último, cediendo el emir á las condiciones que le propuso Don Jaime cuando no aceptó las que le presentaban los sitiados, fué abandonada por casi todas las familias musulmanas, que se acogieron al seguro de Cullera y Dénia, segun la capitulacion pactada.

Dia de gloria fué para Aragon el 28 de Setiembre de 1238: el rey Don Jaime *el Conquistador*, acompañado de su esposa, y seguido por brillante córte de prelados, caballeros de las órdenes militares, próceres del reino y procuradores y capitanes de las ciudades y villas, hizo su entrada triunfal en aquella misma ciudad que habian conquistado ciento cuarenta y seis años ántes las armas castellanas, al mando del insigne Rodrigo Diaz de Vivar, *el Cid* (1).

El emir Ben-Zeyan, ménos desgraciado que Yahia Alcadir Billañ, tuvo un refugio en la villa de Dénia, y se atrevió más adelante á solicitar la soberanía de la isla de Menorca, como

(1) Véase *Leon y Castilla*.

tributario del rey aragonés; solicitud que éste rechazó con indignacion, aunque aparentando ceder á las pretensiones del emir destronado.

Añadiremos que á la conquista de Valencia siguió la de Játiva: habíala sitiado Don Jaime en 1241, y la defendió con tenacidad Abul Huseim Yahía, sosteniéndose sin rendirse, á pesar de que el rey aragonés habia tomado á Alcira, y algunas otras plazas importantes; púsola segundo sitio en 1245, sin lograr tampoco rendirla por desavenencias que estallaron en su misma familia, obligándole á desistir por entónces de su empeño; cercóla, en fin, en 1249, precisamente cuando el primogénito de Fernando III de Castilla, el príncipe Don Alfonso, intentaba apoderarse de la misma plaza; y á punto estuvo de estallar la guerra entre los dos países cristianos, si la conferencia que se celebró en Alcira, en presencia de la esposa de Don Jaime, no hubiese sosegado los ánimos y alejado los temores de un rompimiento.

Játiva, dividida en dos partes por el mismo alcaide mahometano Abul-Huseim, perteneció por igual á sarracenos y cristianos, hasta que fué conquistada definitivamente por las armas de Don Jaime, en 1251.

CAPITULO XI.

Reinado de Don Jaime I *el Conquistador* (conclusion).

I.

Pero si Don Jaime fué tan afortunado en sus empresas bélicas, no tuvo la misma suerte en su casa y familia.

Empezó á mostrar desvío hácia su esposa Doña Leonor de Castilla, cuando esta señora le habia dado ya un hijo varon, Alfonso, heredero presuntivo de la corona; al desvío siguió la discordia doméstica, y á ésta el pretextó para legalizar una separacion conyugal que el monarca vivamente anhelaba.

Formulóse demanda ante el pontífice Gregorio IX (1227-1241), y el matrimonio fué declarado nulo en 1229, considerándose como impedimento dirimente el parentesco de tercer grado que entre los cónyuges existia,—el cual, por lo visto, ni éstos ni los prelados aragoneses y castellanos habian apreciado al verificarse las régias bodas en Agreda (1).

(1) Lo mismo habia acontecido, años ántes, con Don Alfonso IX de Leon, quien hubo de separarse de
LA CORONA DE ARAGON. 10

A los cinco años, Don Jaime contrajo segundas nupcias con la princesa Doña Violante de Hungría, hija del rey Andrés II, concediéndose á la repudiada doña Leonor un modesto retiro señorial en la villa de Ariza, donde vivió algunos años, hasta que fué á ocultar sus amargas penas en el Real monasterio de las Huelgas, cerca de Búrgos, que habian fundado sus egregios padres, Alfonso VIII y Leonor de Inglaterra.

Lo más raro en la desdichada disolucion del matrimonio de Don Jaime I y Doña Leonor de Castilla, despues de haber vivido reunidos ambos esposos por espacio de ocho años (1221-1229), es el hecho siguiente: el mismo pontífice Gregorio IX, que fulminó la sentencia de separacion de los cónyuges, fué el negociador del

sus dos esposas sucesivas: con la primera, Doña Teresa de Portugal, vivió más de seis años, y en ella tuvo dos hijas, Doña Sancha y Doña Dulce; con la segunda, que fué la gran Berenguela de Castilla, madre de San Fernando, vivió otros seis años y tuvo cinco hijos. Ni los regios cónyuges, ni los prelados y clero del reino, ni el reino mismo, se habian escandalizado de esos enlaces; pero se escandalizaron por todos los papas Celestino III (1191-1198) é Inocencio III (el que coronó al rey de Aragon Don Pedro II), y ante la excomunion y el entredicho, los dos enlaces fuéron sucesivamente disueltos.

matrimonio subsiguiente del monarca aragonés con la princesa húngara, en 1235.

El hijo primogénito Don Alfonso fué proclamado heredero y sucesor en el trono de su padre; nuevamente, al contraer matrimonio el príncipe Don Alfonso de Castilla con la princesa Violante, hija mayor de Don Jaime, fué también declarado heredero de la corona aquel mismo Don Alfonso; por tercera vez hizo el rey esta declaración en 1247, pero reduciendo ya la herencia al reino de Aragón sin el condado de Ribagorza, y señalando como sucesor suyos en Cataluña y las Baleares al infante Don Pedro, en el reino de Valencia al infante Don Jaime, y en el Rosellon, Cerdaña y Montpeller, al infante Don Fernando, y dejando al infante Don Sancho órdenes terminantes para que se consagrara al estado eclesiástico, nombrándole desde luego abad de Belchite, é influyendo más tarde para que su yerno, ya rey de Castilla, Don Alfonso X, le nombrara arzobispo de Toledo, como así sucedió, aunque el príncipe apenas tenía diez años de edad.

La malevolencia, sin que la historia señale con exactitud las causas, que el rey Don Jaime manifestó hácia su hijo primogénito Don Alfonso, fué motivo de grandes disturbios en el reino: la opinion de la nobleza se mostró dividi-

da, y tantos partidarios tenía aquel príncipe como el infante Don Pedro, aunque las Córtes de Alcañiz, primero, y despues las de Barcelona, en 1251, juraron reconocer por rey á Don Pedro.

El empeño de los regios consortes, Don Jaime y Doña Violante, era por demas parcial en favor de sus hijos, y en perjuicio del primogénito del monarca; y en poco estuvo que no estallára sangrienta guerra civil, por haberse afiliado poderosos magnates al partido del hijo de la desventurada reina Doña Leonor de Castilla, entre otros el siempre revoltoso infante Don Fernando de Aragon, tio de Don Jaime, y aquél Don Pedro de Portugal, que habia casado con la condesa de Urgel.

Reunióse en Ariza un jurado, que nombraron las citadas Córtes de Alcañiz, en 1250, el cual pronunció veredicto favorable al primogénito Don Alfonso, puesto que concedia á este príncipe el gobierno de Aragon y de Valencia; pero ¿qué importaba á Don Jaime tal veredicto, si él estaba resuelto á favorecer á los hijos de su segunda esposa Doña Violante?

En efecto: al año donó al infante Don Jaime el reino de Valencia, juntamente con el de las Baleares y el condado de Montpeller, y hacía que los prelados, ricos-hombres y delegados de

ciudades y villas reconociesen como legítima tal donacion, y rindiesen pleito homenaje al favorecido infante Don Jaime.

Sabe Dios cuál hubiera sido el resultado de tantos disturbios, si el desheredado príncipe Don Alfonso no hubiese fallecido (1) repentinamente en 1260; pero entónces las desavenencias continuaron cada vez más ardientes entre los dos jóvenes príncipes Don Pedro y Don Jaime, que se consideraban mutuamente perjudicados en la particion hecha por su padre de los vastos dominios que componian el Estado; Don Jaime empero, logró desvanecerlas creando dos reinos independientes para el dia de su muerte, el uno con Aragon, Cataluna y Valencia para el infante Don Pedro, y el otro, con las Baleares, y los condados de Rosellon, Cerdaña y Montpeller para el infante Don Jaime.

Añadiremos tambien, sin entrar en los detalles verdaderamente deplorables que señalar las historias de aquella época, que el infante

(1) Este desventurado príncipe, á quien su propio padre persiguió con tan ciego encono, tuvo una existencia bien corta y bien desgraciada. Sus restos mortales descansan en el monasterio de las Huelgas, cerca de Búrgos, al lado de los de su madre Doña Leonor, y los de su tia, la gran reina Doña Berenguela de Castilla.

Don Pedro y un su hermano bastardo, Fernan Sanchez, promovieron disturbios aún mayores, por el odio que recíprocamente se profesaban: aquél acusaba al bastardo de querer proclamarse rey, con el apoyo de algunos ricos-hombres descontentos; éste acusaba á Don Pedro de no sufrir con paciencia el largo reinado de su padre, y aspirar á sucederle por medios violentos; y reunidas Córtes en Lérida para aplacar estos disturbios, en 1275 (1), sin que produjeran resultado favorable al sosiego público, el indómito Fernan Sanchez alzó bandera con auxilio de sus parciales, y se hizo fuerte en la villa de Pomar; mas habiendo caido prisionero de Don Pedro, cuando intentaba huir á Castilla, fué condenado á muerte, y ahogado en el Cinca.

(1) El historiador Lafuente dice que estas Córtes de Lérida se reunieron en 1274, ó sea un año ántes, y se equivoca: abriéronse el dia 1.º de Noviembre de 1275, segun consta en documentos indiscutibles que existen en el archivo de la misma ciudad de Lérida; y ocurrió en ellas el hecho notable, por lo singular, de ser reconocido y jurado, por catalanes y aragoneses, como heredero futuro del trono de Aragon y Cataluña, el niño Don Alfonso, hijo primogénito de Don Pedro, el cual habia casado, en 1262, con la princesa Doña Constanza de Sicilia y de Saboya.—Véase *Fastos ilerdenses*, pág. 25.

Más de cinco años duraron estos disturbios, sin que todo el poder de Don Jaime, su autoridad de padre y de rey, su valor como guerrero y su gloria como conquistador, hubieran bastado á apaciguarlos.

II.

Hallóse el rey Don Jaime en la córte de Toledo, año 1268, cuando su hijo Don Sancho, arzobispo de Toledo, celebró su primera misa en la recientemente construida basílica de Santa María; hallóse tambien en Búrgos, acompañado de brillantísima córte, en 1269, cuando se celebraron las bodas del infante Don Fernando de la Cerda y de Velasco, con la princesa Doña Blanca de Francia y de Provenza, hija del rey Luis IX; sujetó con férrea mano á los moros valencianos que se habian sublevado bajo las órdenes del bandido africano Al-Azark, conquistando las fortalezas en que habian alzado la enseña de la rebelion, y obligándoles á salir de sus dominios; sujetó, por último, á los moros murcianos, que se habian sublevado contra el rey de Castilla Don Alfonso X, miéntras este monarca guerreaba en Andalucía, humillando al emir granadino Mohammed-ben-Alhamar, y haciéndole tributario suyo.

Y no contento con la preza que habia ganado en la Península, aspiró a conquistar mayor gloria, emprendiendo una cruzada á Tierra Santa para conquistar el Santo Sepulcro: embarcóse en Barcelona, en 1269, al frente de poderosa armada y de los mejores soldados de su reino; pero una deshecha tormenta, que estalló a poco tiempo de salir del puerto la flota aragonesa, y que no cesó durante muchos dias, hubo de obligarle á buscar un refugio en la costa meridional de Francia, cerca de Aguas Muertas, teniendo por milagro haberse librado de la muerte, y considerando, para tranquilizar su espíritu, que no era la voluntad de Dios permitirle tomar parte en aquella empresa.

El ilustre marino catalan Pedro de Queralt, el mismo que más adelante, en 1282 (1), habia de ganar la sorprendente victoria naval de Nicotera, contra Carlos de Anjou, rey de Sicilia, apoderándose de 130 bastimentos enemigos; Pedro de Queralt, decimos, fué el almirante de la escuadra que aparejó Don Jaime para su ex-

(1) Se equivoca el historiador siciliano Miguel de Amari, cuando fija la fecha de la batalla de Nicotera en 1284. — Véase *Historia civil y religiosa de Cataluña*, por A. de Bofarull; y *Mariners catalans célebres*, por Soler y Puig. (Barcelona, 1882.)

pedicion á Palestina, y parte de aquella escuadra pudo llegar, no obstante la furiosa tormenta, á San Juan de Acre, la antigua Ptolemaida, con los bravos marinos Galceran de Pinós, Guillelmos Ros, Pedro Ris, Pascual Montbrú, Berenguer de Cut, Bernardo de Saporta y otros.

Citaremos otro importante suceso que demuestra el carácter enérgico y justiciero de Don Jaime, y á la vez sus sentimientos de patriotismo, no ahogados, como en su padre Pedro II por los sentimientos religiosos.

Decidió asistir al segundo concilio general de Lyon, celebrado en 1274 bajo la presidencia del pontífice Gregorio X (1271-1278), y solicitó que este Papa le coronase por su mano, como Inocencio III habia coronado á su padre Pedro II; pero cuando Gregorio X le exigió imprudentemente que se declarase feudo y tributario de la Santa Sede, reconociendo la declaracion que su antecesor habia hecho en 1232, y pagando los atrasos del tributo durante los largos años de su reinado, el rey Don Jaime II le replicó altivamente, segun el concienzudo analista Zurita, «que él y los reyes sus mayores habian servido á la Iglesia y á la cristiandad lo bastante para que el Pontífice les concediese gracias y mercedes, en vez de pedirle cosas que redundaban en perjuicio de sus reinos; que estos reinos los ha-

bian conquistado á los infieles derramando su sangre y la de sus soldados; que no debía reconocimiento temporal á ningun principe de la tierra; que no habia ido á la córte romana para hacerse tributario, sino para más eximirse, y que más queria volver sin recibir la corona de manos del Pontífice que con ella, y con tanto perjuicio y disminucion de su preeminencia real.»

Y con esto volvióse á sus Estados, rompiendo toda clase de relaciones temporales con el papa Gregorio X.

Hé aquí el primer resultado que produjo la impolítica declaracion de Pedro II, cuando ofreció su reino en feudo y como tributario á Inocencio III.

III.

Contados estaban ya los dias de Don Jaime el *Conquistador*, y no fuéron, por cierto, los más felices de su vida aquellos pocos meses que mediaron desde su regreso á Barcelona hasta su muerte.

Primero, amargó su vida la desastrosa muerte de su hijo Don Sancho, arzobispo de Toledo, que murió peleando contra los africanos benimerines: cayó prisionero del caudillo Aben-Nasar, con otros caballeros de su séquito, y

como los vencedores se le disputáran con la esperanza de cuantioso rescate, hasta el punto de llegar á las manos, el capitán africano le arremetió con su lanza, y los soldados mutilaron horriblemente el cadáver.

Este suceso desgraciado, que produjo honda sensación en la España cristiana, fué causa de acerbo dolor para el anciano monarca aragonés, que amaba entrañablemente al jóven arzobispo, su desventurado hijo.

Otros hechos, no ménos dolorosos, ocurrieron por entónces: los bárbaros beni-merines, que habian invadido las tierras de Castilla á principios de 1275, con intento de arrollar á los musulmanes españoles lo mismo que á los cristianos, y hacerse dueños de la Península, favorecieron un segundo levantamiento de los moros valencianos, y pusieron al frente de la sublevación á aquel caudillo Al-Azark, que habia sido derrotado ya años ántes por el rey Don Jaime: dos sangrientos combates se libraron en breves dias, venciendo en el primero los cristianos, cerca de Alcoy, y quedando muerto en el campo de batalla el fiero jefe de los sublevados, y venciendo en el segundo los musulmanes, que pasaron á cuchillo á los más esforzados paladines del ejército de Aragon, é hicieron prisionero, entre otros, al comendador de los Templarios

Hallábase el rey en Játiva, enfermo, al recibir la noticia de tan desgraciado hecho de armas, y él, que habia vencido en más de cuarenta batallas, que habia conquistado dos reinos, se afectó dolorosamente: hízose trasladar á Alcira; entregó su espada vencedora al príncipe Don Pedro, encargándole que no la desenvainase sino para defender la religion de sus mayores y la honra de su reino, y que amase tiernamente á su hermano menor Don Jaime, rey de Mallorca; pidió en seguida ser trasladado a Valencia, la ciudad insigne que habia sido libertada del yugo mahometano con su esfuerzo poderoso, y á los pocos dias, agravándosele la mortal dolencia, terminó su gloriosa carrera en este mundo. Era el 27 de Julio de 1276, y habia reinado sesenta y cuatro años.

El cronista Muntaner, contemporáneo, testigo presencial, pinta con estas sencillas frases el dolor de los valencianos:

«Oíanse en toda la ciudad muchos llantos y gemidos; no habia rico-hombre, ni escudero, ni ciudadano que no llorase..... Las mujeres, así matronas como doncellas, siguieron el cortejo fúnebre detras de la bandera..... Todo el mundo iba llorando y gimiendo..... Este duelo fué general, y en Valencia duró cuatro dias..... La afluencia de gentes (al entierro, hasta el monas-

terio de Poblet) fué tan grande cual jamás se vió, en las exequias de señor alguno de la tierra (1).»

Acusan de liviandad los historiadores de aquel tiempo al conquistador de Valencia, y al parecer no sin fundado motivo: tuvo hijos en la famosa dama Teresa Gil de Vidaure, en una señora llamada Antillon, en otras dos que tuvieron por nombre Berenguela y Guillerma de Cabrera; y sabido es que sus amoríos con la primera, la más amada de sus queridas, habiendo sido reprendidos enérgicamente por el obispo de Gerona, Don Berenguer de Castel-Bisbal, su confesor, quien los reveló al pontífice Inocencio IV, fuéron la causa del horrible suplicio que el rey Don Jaime hizo sufrir á aquel obispo: arrebatado el monarca por la ira, al saber la denuncia del prelado, mandó que arrancasen la lengua al denunciador.... Zurita guarda, acerca de este cruel castigo, absoluto silencio; Mariana y otros historiadores le describen con horribles detalles.....

(1) *Chronica ó descripció dels fets é baganyes del In-
clit Rey Jaume.....* per Ramon de Muntaner. Capítu-
lo XXVIII, fól. 75.

CAPÍTULO XII.

Reinado de Don Pedro III *el Grande*.—Conquista de Montesa.—Expedición á Túnez.—Conquista de Sicilia.—Roger de Lauria.—Victorias navales de Cataluña.

I.

En el año 1262, catorce ántes del fallecimiento de Don Jaime I, habia contraído matrimonio (como queda dicho en el capítulo precedente) el príncipe Don Pedro con la bella princesa Doña Constanza de Sicilia y de Saboya, hija de Manfredo de Sicilia.

Ya veremos las consecuencias de este enlace, contraído por iniciativa del mismo rey Don Jaime, segun se expresa un moderno historiador (1) siciliano, no obstante la abierta oposicion del papa Urbano IV (1261-1264), francés, y de San Luis, rey de Francia, cuyo hijo y heredero Felipe III *el Atrevido* estaba casado con la princesa Doña Isabel de Aragon y de Hungría, hija de Jaime I y hermana de Pedro III.

Es imposible reseñar, por completo, ni con la

(1) El ex-ministro italiano Miguel Amari, historiador de las *Vísperas Sicilianas*.

extension debida, el agitadoísimo reinado de Pedro III, á quien llaman todos los historiadores Pedro *el Grande*, título merecido por sus altos hechos, por su habilidad política y tambien por su inmensa fortuna, á pesar de los rudos golpes que le asestó la fatalidad: fuéron, en verdad, los reinados de Don Jaime y Don Pedro de Aragon, que llenaron de su nombre y de su fama la historia de todo un siglo, los dos períodos más insignes de la Edad Media en la Península Ibérica.

Pero no debemos apartarnos de nuestro principal objeto, el cual es reunir en pocas páginas una historia abreviada de la Reconquista en los dominios de la corona de Aragon.

El primer hecho de armas de este monarca (que fué coronado solemnemente en Zaragoza por mano del prelado de Tarragona, en Noviembre de 1276), fué la conquista de Montesa; era esta plaza el núcleo de la rebelion musulmana en los campos de Valencia, y defendíanla con vigor y tenacidad los rebeldes, auxiliados por los moros andaluces; pero habiendo acudido el ejército aragonés, al mando del jóven monarca, la puso cerco, la acometió con ímpetu y obligó á los sublevados á someterse sin condicion alguna.

Todavía existen las ruinas del famoso casti-

llo de Montesa, construido sobre altas rocas en las cercanías de la población de igual nombre: poseyeronle, desde la extincion de los Templarios, los caballeros de aquella nueva órden aragonesa, y fué destruido por violentísimo terremoto el dia 23 de Marzo de 1749, habiendo perecido entre los escombros algunos malaventurados freires.

El resultado de la toma de Montesa fué limpiar completamente de moros el país dominado por las armas aragonesas, porque el rey les hizc abandonar el suelo valenciano y buscar refugio en los reinos de Málaga y Granada.

Redujo despues á la obediencia á los magnates catalanes, que habian levantado bandera de rebeldía con pretextos frívolos, amparándose del conde de Foix, haciéndose fuertes en Balaguer, y pretendiendo presentar como apoyo de sus depredaciones, á aquel jóven Alfonso de la Cerda, nieto de Don Jaime I y de Don Alfonso X de Castilla, que habia sido llevado á Cataluña por su abuela la reina Doña Violante; vencióles Don Pedro, y encerró en los castillos de Lérida y de Suriana á los magnates rebeldes que hizo prisioneros, incluso al mismo conde de Foix.

II.

En seguida empezó á preparar la grande empresa que llenó todo su reinado y que fué felizmente realizada: la conquista de Sicilia.

Habia sido depuesto por Inocencio IV (1241-1253) el rey de Sicilia Conrado de Suabia, hijo del emperador de Alemania, Federico II, aquel que fué excomulgado y depuesto del trono por el concilio primero de Lyon; sucedió á Conrado su hermano bastardo Manfredo, á nombre de Conradino, hermano menor del primero; sucedió á todos por arbitrio y poder absoluto que se arrogaba el pontífice Clemente IV, el hermano del rey Luis IX de Francia, Cárlos de Anjou, conde de Provenza, llamado por los mismos historiadores franceses *L'Impitoyable*.

Para la mejor inteligencia de este confuso período histórico tengan presente nuestros lectores: que el emperador de Alemania Federico II, de la casa de Suabia, cuando fué excomulgado por el concilio, fué tambien depuesto por los electores del Imperio (que entónces reconocian á los papas el derecho de quitar y poner reyes); que su hijo y sucesor natural Conrado IV, ya rey de Nápoles y de Sicilia, sin poder sostenerse en Alemania contra los

partidarios de Enrique de Thuringia y Guillermo de Holanda, que sucedieron á Federico II, por voto de los electores, y excomulgado tambien y depuesto del trono de Nápoles por el pontífice Inocencio IV, como queda dicho, murió prematuramente en la capital de este último reino, dejando un hijo de pocos años, llamado Conradino; que el príncipe Manfredo de Sicilia, hijo natural (aunque legitimado) del emperador Federico II, y hermano, por lo tanto, de Conrado, gobernó la nacion á nombre de su sobrino, segun unos, ó en su propio nombre, como dicen otros, hasta que fué á su vez excomulgado y depuesto por el francés Clemente IV, quien, desdeñando al jóven Conradino, nieto legitimo de Federico II, declaró extinguida la casa de Suabia, y concedió la corona de Nápoles y Sicilia al príncipe Carlos de Anjou y de Provenza, á principios de 1265.

Este, que con sus crueldades y vejaciones se hizo odioso bien pronto á los sicilianos, venció en la batalla de Benevento al regente Manfredo, que murió en el combate (1266), y venció al jóven Conradino y á sus parciales los gibelinos en la batalla de Tagliacozzo, en 1268.

Ninguna persona ilustrada ignora los terribles acontecimientos que siguieron: la ejecucion de Conradino en público cadalso; la prision, du-

rante muchos años, de los príncipes castellanos Don Enrique y Don Fadrique, hijos de Fernando III *el Santo*, que habian aspirado á conquistar un trono en Cerdeña y que luégo se afiliaron al partido de Conradino; los hechos tiránicos, violentos, de crueldad inaudita que llevó á cabo Cárlos de Anjou, y los cuales habian de ocasionar en breve la espantosa matanza que se conoce en la Historia con el nombre de *Vísperas Sicilianas*.

Corria el año 1270 cuando se presentó en Barcelona el famoso Juan de Prócida, caballero siciliano, como Roger de Lauria, Conrado de Llanza y otros, que se habian acogido al amparo del monarca aragonés Don Jaime I (1),

(1) Precisamente al corregir las pruebas de este capítulo, llega á nuestras manos el *Diario de las Sesiones* de las Córtes; con el extracto del discurso que pronunció el senador Sr. Marqués de Molins en la sesion del dia 1.º de Mayo del corriente año, y en él hallamos esta frase:

“.....recordaba á aquellos catalanes que habian ido á Oriente con Roger de Lauria y Berenguer.”

Con Roger de Lauria, no: con Roger de Fior y con Berenguer.... de Entenza (no Berenguer á secas), el cual era pariente, por línea materna, de Don Pedro III de Aragon.

quien les recibió con demostraciones de bondad, así como el entónces príncipe heredero de Aragón, Pedro; y cuando éste subió al trono, el emigrado siciliano le hizo conocer que solo á él pertenecía la corona de Sicilia, por ser esposo de la hija única de Manfredo, y haber muerto en público cadalso el jóven Conradino.

Durante algun tiempo, que empleó el hábil monarca en sondear el ánimo de los sicilianos y áun las disposiciones de la Santa Sede con relacion al de Anjou, no perdió la ocasion de preparar sus fuerzas de mar y tierra, para lanzarse á una empresa que tanto halagaba su amor propio y sus aspiraciones de ensanchar los límites del reino; y cuando la ocasion se le presentó favorable, simulando una atrevida cruzada contra los reyes mahometanos de Berbería, salió del puerto de Barcelona con rumbo á Túnez, guiando numerosa escuadra de naves gruesas con regular ejército de desembarque y un buen contingente de almogávares

Mandaba esta escuadra el almirante Coral ó Conrado de Llanza, insigne predecesor de Roger de Lauria, y como él, siciliano al servicio de Aragón, que se habia ganado el afecto del rey Don Pedro III, por su valor y su hidalguía, hasta el punto de ser elegido por este monarca, andando el tiempo, para acompañarle al caba-

llesco desafío que debía sostener en Burdeos con su competidor Cárlos de Anjou, quien, como luégo veremos, faltó á su palabra de honor y no asistió á la cita.

Echó el ancla en el puerto de Ancoll, cerca de Bujia, á principios de Junio de 1282, y se dispuso á tomar la plaza de Constantina (tan célebre tres siglos más tarde en los anales del emperador Cárlos V), valiéndose de inteligencia secreta que habia sembrado entre los árabes del rey de Túnez; mas habiéndose frustrado esta empresa, «cada dia (dice el cronista Muntaner, coétano) los soldados de Aragon sostenian pelea con los infieles, y siempre eran vencedores.»

Y en esto recibió Don Pedro un mensaje de los caballeros sicilianos, que acudian, procedentes de Mesina y de Palermo, á rogarle que libertase á su patria de la tiranía de los franceses: fingió ceder á la fuerza, cual si ejecutase un acto de generosidad suprema en favor de los oprimidos; aprestó su armada y sus combatientes; hizose á la vela al siguiente dia (á últimos de Agosto), y llegó bien pronto á la vista de Sicilia, con ánimo de no cejar en su empresa hasta someter al dominio de Aragon aquél trastornado reino.

En las crónicas de Desclot y de Muntaner,

historiadores contemporáneos, que refieren (como dice el último) «lo que yo mismo he visto», están minuciosamente detallados estos acontecimientos: el día 30 de Agosto llegó la escuadra á Trapani, ciudad siciliana, la antigua *Drepanum*, situada no léjos de la famosa montaña Erix (hoy *San Giuliano*), en cuya cima se ve todavía el emplazamiento del templo de Vénus Erycina, comparado por Pausanias al celebérrimo de Paphos (1); el rey de Aragon, acompañado de su ejército por tierra y de su armada por mar, se dirigió á la capital, Palermo, el día 5 de Setiembre, siendo proclamado y jurado por «el parlamento de las ciudades del reino» (*sic*) y por el pueblo, como rey de Sicilia; en pocos dias, por ultimo, fuéron obligados los franceses á levantar el cerco de Mesina, á huir á Calabria con su formidable escuadra y á dejar en poder de los almogávares las tiendas, los equipajes y un botin riquísimo.

Cuentan, en efecto los historiadores sicilianos, entre otros Neocastro, testigo presencial de estos sucesos, que llegaron los almogávares aragoneses á punto de socorrer á los habitantes de Mesina, los cuales se defendian heróicamente de lastropas de Anjou; cuentan que al llegar la flota

(1) *L'Italie et la Sicilie*, par A. J. du Pays. (Paris, 1867.) Pág. 280.

aragonesa al mando de Roger de Lauria, mientras numeroso cuerpo de sicilianos, á las órdenes de Alaymo de Lantini, avanzaba por tierra, Carlos de Anjou, aquél osado caudillo francés que habia recibido con sonrisas de desden y hasta con frases de insulto, la noticia de que el *pobre rey* de Aragon se disponia á reivindicar con las armas en la mano los derechos de su esposa Constanza al trono de Sicilia, embarcóse precipitadamente en sus buques y huyó á refugiarse en la bahía de Nápoles y en los puertos de Calabria.

«Asustaron al pronto (dice el historiador Lafuente, siguiendo á Desclot) á los mesineses aquellos almogávares, con sus tostados, denegridos y enjutos rostros, su desordenado cabello, sus cascos y sus calzas de cuero, sus rústicas abarcas, sus lanzas cortas y sus cuchillas de monte, y no creian que gente tan agreste y desnuda les pudiera servir de gran remedio, hasta que los vieron trabajar en la defensa de la plaza; y entónces ya pusieron en ellos su mayor confianza, y atrevíanse á su amparo á hacer salidas vigorosas contra los sitiadores, cuyas filas iban diezmando.... En estas salidas, más de diez mil franceses fuéron acuchillados por los terribles almogávares (1).»

(1) *Historia general de España*, edicion de Barcelona, tom. 1, pág. 441.

A los pocos días, el ilustre almirante Pedro de Queralt alcanzó la maravillosa victoria naval de Nicotera, ya mencionada en página anterior: 42 galeras aragonesas y catalanas destruyeron por completo la poderosa flota del de Anjou, apresando 45 galeras y 130 embarcaciones menores, francesas y napolitanas, y desembarcando en seguida los almogávares, se apoderaron de la ciudad.

¿Cómo seguir paso á paso los numerosos incidentes que ocurrieron en aquella célebre campaña del rey aragonés? ¿Cómo narrar en breves líneas el caballeresco episodio del desafío entre los dos monarcas, Don Pedro de Aragon y Carlos de Anjou, que no llegó á efectuarse por haber faltado á la cita, en Burdeos, el príncipe francés, mientras que Don Pedro III, disfrazado humildemente, caminando solo por parajes desconocidos, arrollando todas las dificultades y todos los peligros, se presentó en el palenque el día prefijado, 1.º de Junio de 1283, declarando traidor y cobarde al de Anjou, y haciendo levantar el acta correspondiente á los jueces del campo?

«Don Pedro de Aragon (dice un historiador moderno, siguiendo á Desclot y Muntaner)con tres caballeros de su confianza..... concertóse bajo juramento de fidelidad y de reser-

va con un aragonés llamado Domingo de la Higuera, traficante en caballos y conocedor de todos los caminos y veredas de uno y otro lado del Pirineo, en que el rey y sus tres caballeros irían disfrazados y pobremente vestidos, como si fuesen los criados y sirvientes del rico mercader.

»Llevaba el rey una vieja capa azul, una maleta común á la grupa de su caballo, en la mano un venablo de caza, cota de malla debajo del vestido y un yelmo bajo el capuchon que le cubria la cabeza; y en los alojamientos y posadas, Domingo de la Higuera, que se distinguía por la decencia de su traje, comia aparte, servido por sus criados y principalmente por el rey. De esta manera, salvando todos los peligros, llegaron el 31 de Mayo á las puertas de Burdeos.

»Inmediatamente envió á Berenguer de Peratallada á la ciudad, para que viese á Gilabert de Cruyllas (emisario anterior del rey) y le encargase decir al senescal del rey de Inglaterra (Eduardo I, nombrado juez y árbitro del campo en el cartel del duelo, fecha 30 de Diciembre de 1882) que un amigo suyo deseaba hablarle y le esperaba fuera de la ciudad. Accedió el senescal Juan de Greilly, y acercándose á el Don Pedro, le dijo:

»—El rey de Aragon me envia secretamente á preguntaros si el rey de Inglaterra, y vos en su nombre, le asegurareis el campo y podrá venir sin peligro.—Decid á vuestro rey (le contestó el senescal) que habiendo el rey Eduardo rehusado ser juez del campo y protextado contra el duelo, ni él ni yo somos parte en este negocio, y mucho ménos estando Burdeos y su comarca ocupados por tropas francesas.—Pues al ménos (replicó el supuesto enviado), ruégoos que me hagais la merced de enseñarme el palenque.»

»Hízolo así el senescal, y tan luégo como llegaron al sitio, echando Don Pedro su capuchon á la espalda, le dijo: «—Yo soy el mismo rey de Aragon: conocedme.»

»Asombrado Greilly, le aconsejé que huyera; mas el aragonés no quiso hacerlo sin recorrer ántes el palenque: dió una vuelta al área de la liza, é hizo que allí mismo se levantára acta, firmada por el senescal y un notario, para que constase cómo él habia cumplido su palabra y empeño de comparecer, y que si no se realizaba el combate, la culpa no era suya, sino de su competidor, que con sus alarmantes medidas habia faltado á las leyes del duelo. Con esto dejó al senescal sus armas, en testimonio de haber concurrido personalmente; y partien-

do otra vez camino de Bayona, regresó á España por Fuenterrabía (1).»

Ténganse en cuenta estos antecedentes: los magnates provenzales y franceses, acaudillados por el mismo Felipe *el Atrevido*, sobrino de Carlos de Anjou y cuñado de Don Pedro, habian fraguado un ruin complot para asesinar al rey aragonés y á sus caballeros, si salian victoriosos en el duelo, y que el papa Martin IV, francés, enemigo acérrimo del rey de Aragon, habia declarado á éste desleal, traidor, excomulgado y depuesto del trono, relevando á sus súbditos del juramento de fidelidad y facultando á cualquier príncipe cristiano para apoderarse de sus reinos.....

Instituido en Sicilia un gobierno nacional, que presidia la reina Doña Constanza con su hijo el infante Don Jaime, y al cual estaban agregados los principales caballeros sicilianos; derrotadas las escuadras de Carlos de Anjou y de su hijo el príncipe de Salerno, Carlos *el Cojo*, en las cercanías de Malta; preso este último príncipe en otro desastre naval de los fran-

(1) El lector que desee relacion más extensa de estos interesantes sucesos, consulte la *Historia* del señor Lafuente, quien ha concretado con mucho tino las de Desclot, Muntaner, Neocastro, Zurita, Abarca, Reymer, Muratori, Bernard, etc.

ceses, y librado de la muerte en público caldoso por la generosidad de ánimo de la reina Constanza; muerto, en fin, de pesar y de disgustos el mismo Cárlos de Anjou, en Enero de 1285, el monarca aragonés quedó completamente dueño de Sicilia, á pesar de las amenazas de Felipe III *el Atrevido*, rey de Francia, y aún de la oposicion invencible del pontífice Martin IV á reconocerle como rey.

La desgracia de Cárlos de Anjou sirve de insigne ejemplo á los príncipes reinantes: nadie como él, favorecido por tres Papas y apoyado por un partido numeroso, hubiéra podido hacer la ventura de Sicilia; nadie como él, sin embargo, arrebatado siempre por la ira, odioso por sus actos de crueldad y por sus tiránicas violencias, produjo tan horribles tempestades en ningún país.

Testigo sea en la Historia la matanza de las *Visperas Sicilianas*.

III.

Una de las más grandes figuras que se destacan en la crónica, durante el reinado de Don Pedro III, es la del insigne almirante Roger de Lauria ó Lluria, segun le llaman los cronistas catalanes.

Era calabrés (no siciliano, como escribe el historiador Lafuente), natural de Scala, histórica y lindísima población situada en la cumbre de una colina, cerca de Reggio, y residia en Aragon, con su cuñado Conrado ó Coral de Llanza, segun hemos dicho anteriormente, desde el año 1270.

Ambos fuéron los primeros de todos los marinos que prestaron servicio en aquel tiempo á los reyes cristianos del Mediodía de Europa, y acaso tambien los primeros, si excluimos al pundonoroso y bravo almirante castellano Jofré Tenorio, de todos los de la Edad Media.

Sus principales hechos, que darán eterna gloria á su nombre, corresponden á la época de las continuas y costosas guerras de Italia, emprendidas por Don Pedro III de Aragon contra Cárlos de Anjou, quien tenía dispuesta en Messina, durante el sitio de la plaza, una escuadra de 130 naves gruesas, segun el cronista Villani, ó de 160, al decir de Bartolomé Neocastro, testigo presencial: Roger acudió allí contra el francés, y despues de derrotarle en campal batalla, auxiliado por los sicilianos de Alaymo de Lantini pasó á Calabria, y quitó al de Anjou las plazas de Reggio, Calama, Lamota, Castelluccio, Tolometa, Malvasia, Castrovillari, Casano, la isla de Chio, los valles fortificados de

Catri, Cerchiaro, Rende, Rotonda, Strongoli, Martorato, Nicastro, Regina, Squillacci, Montalto, Logonegro, y otras muchas.

En la batalla naval de Faro, delante de Malta (ya mencionada en el lugar correspondiente), derrotó á los almirantes franceses Guillem de Cornet ó Cornut, y Bartolomé Bouvin, que salieron de Marsella al frente de 25 naves, segun el coetáneo Muntaner: en ella pereció el primero de estos caudillos, quedando prisioneros el Príncipe de Salerno (Cárlos *el Cojo*, hijo del de Anjou), el almirante Jaime de Busson, los capitanes franceses Guillem Estandart, Reynald Gallard y otros, y los condes de Cherri, de Acerra, de Monopoli y de Villagens, y los caballeros Enrique de Niza y Ricardo de Rizo, todos italianos (*renegados*, dice Miguel Amari, moderno y sabio historiador de Sicilia), siendo coronamiento insigne de su victoria la conquista de Malta y de Gozzo.

El analista Abarca asegura que Roger de Lauria fué herido en el combate, con un venablo que le atravesó el brazo izquierdo, y el almirante aragonés-siciliano, arrancándosele con fuerza, le arrojó contra el soldado que le habia herido, y atravesó á éste de parte á parte.

En 1285 salió del puerto de Barcelona contra Felipe *el Atrevido*, rey de Francia, que ve-

nía en son de guerra á Cataluña, y recibiendo en alta mar el refuerzo de las naves que regía el almirante Ramon Marquet, derrotaron ambos completamente al general francés Juan de Scotto, y al genovés Enrique de Mar, segun afirma Zurita, delante de San Pol de Maresma, apoderándose de once barcos, que fuéron trasportados á Barcelona, y pasando á cuchillo más de 5.000 franceses.

Poco tiempo despues venció en la batalla de Castellamare, cerca de Nápoles, con 40 galeras que regía, á 84 embarcaciones del almirante Narzon, angevino, cautivando 47: «Estaba Roger (cuenta Zurita) en la popa de su galera, armado, gritando y animando á sus capitanes y soldados, mandando que acudiesen en socorro de la parte que más perdía en el combate; y por virtud de sus gritos parecia como que los soldados cobraban vigor y fuerzas, y que comunicaba terror á los contrarios.»

En 1287 recibió un auxilio de 9 galeras, que llevaban á bordo á 1.000 almogávares y 300 ginetes, y se apoderó de Aix y de Marsella, sembrando la desolacion y el espanto en las costas de Provenza, y recogiendo botin riquísimo y várias naves enemigas, que fuéron trasladadas á Barcelona.

Tambien conquistó Lauria la isla de Gerbes

ó de los Gelbes (eternamente célebre en los fastos de España, desde la sangrienta derrota que allí sufrió el conde Pedro Navarro, (1) en 28 de Agosto de 1510), situada cerca de la costa septentrional de Africa, en 12 de Setiembre de 1284, y recibió luégo de manos de Don Pedro III la investidura de rey de Gerves, para sí y sus sucesores: allí reinaron durante algunos años (¿hasta 1314?) los hijos de Lauria, Roger II, Cárlos (2) y Roger III, bajo la direccion del prudentísimo catalan Simon de Montoliu, hasta que la viuda del almirante, Doña Severina de Entenza, ilustre dama emparentada con la familia real de Aragon, cedió la isla al infante Don Fadrique, en calidad de hipoteca, por las cantidades en préstamo y los grandes servicios que habia prestado á su marido.

Pero Roger de Lauria, por causas que no son bien conocidas, en los postreros años de su gloriosa carrera volvió las armas contra la patria que le habia adoptado, y contra el hijo del rey que tanto le habia protegido; y entónces,

(1) *„¡O patria lagrimosa, como vuelves los ojos á los Gelbes, sospirando!...”* etc.

(GARCILASO DE LA VEGA.)

(2) Este jóven, que murió en edad temprana, fué discípulo del cronista Ramon de Muntaner.

precisamente, peleando en favor de Don Fadrique de Sicilia, sufrió su primera y única derrota por una armada aragonesa, cuyas naves llevaban la señera del rey Don Jaime II de Aragon y de Cataluña; y entónces, arrebatado por la ira, cometió la horrible crueldad de quitar la vida á los prisioneros que tenía.

Tambien fué traidor á Aragon y Sicilia el famoso Alaymo de Lantini, quizá por resentimientos personales con Don Pedro III, á quien no era indiferente, segun apunta el contemporáneo Neocastro, la hermosísima Macalda, esposa de aquel magnate siciliano.

Roger de Lauria, arrepentido de su defecion, y perdonado por el monarca aragonés, falleció en Valencia el 17 de Enero de 1304, y su cadáver fué sepultado en Santas Creus, cerca de la tumba del rey Don Pedro III, que habia muerto nueve años ántes.

Hagamos, empero, justicia á los marinos aragoneses y catalanes: á la decision, á la valentía de estos héroes anónimos debió principalmente el almirante Roger de Lauria sus más preclaras victorias; ellos fuéron dignos hijos de los marinos de Don Ramon Berenguer III *el Grande* y de Don Jaime I *el Conquistador*.

A Roger de Lauria se atribuyen estas arrogantes frases, dichas al conde de Foix, enviado

á Cataluña para ajustar un convenio por el rey de Francia:

«Sin licencia del rey aragonés, no se atreverán á surcar el mar las galeras francesas, y si los peces quisieran saltar por encima del agua, habrian de tener pintado en sus aletas el escudo de armas de Aragon.» (1)

(1) Los cronistas aragoneses y catalanes no llevan á bien que Roger de Lauria y Conrado de Llanza hubiesen nacido en Calabria.

Uno, catalan, dice: «Encar que no era fill de Catalunya, no habem vacilat al colocalo entre 'ls antichs almirants de nostra terra, al igual qu'á Coral de Llança, puix desde petit se criá y educá en los palaus del rey d'Aragó.»

Otro, Muntaner, habla de este modo: «En aquell temps se deya quel pus bell catalanesch del mon era dell (Conrado de Llanza) é del dit Roger..... Cascun dells fo lo pus perfet catalá que nengun altre.»—Solier y Puig, *Mariners catalans célebres*, pág. 21.

CAPITULO XIII.

Origen de la Inquisicion.—Turbulencias de la *Union*.—Expedicion de Felipe *el Atrevido* á Gerona.—El *Rey del Chapeo*.—Derrota del ejército francés.—Victoria naval de San Feliú de Guixols.—Crueldad de Roger de Lauria.—Muerte de Pedro III *el Grande*.

I.

Haremos aquí mencion, aunque sea de paso, de un memorable suceso, que despues tuvo consecuencias extraordinarias: aludimos al establecimiento de la Inquisicion.

Y ántes de pasar adelante, no podemos resistir al deseo de traducir aquí el párrafo primero de un suelto político, ó cosa así, que hemos leído recientemente en un periódico parisiense muy popular y autorizado (1); y el cual es una prueba más de que los escritores franceses, cuando hablan de nuestra patria, no ya de costumbres populares, sino de hechos históricos, perfectamente auténticos, indiscutibles, son, en verdad, bien poco escrupulosos:

(1) *La Presse*, núm. 104 (año 47); 16 de Abril de 1882.

«La Santa Inquisicion (dice el periódico aludido) fué constituida primeramente en España en 1483, por bula de Sixto IV, y comenzó por expulsar del reino á cuatro y medio millones de habitantes, los más ricos y los más industriosos.»

Alúdese aquí, á no dudar, á la expulsion de los judíos, la cual fué decretada nueve años más tarde por los Reyes Católicos, en el famoso edicto de 30 de Marzo de 1492; y el periodista frances, digno émulo de los Gautier y los Dumas, sólo comete, en tres líneas, otros tantos errores históricos de máxima cuantía: ni la Inquisicion fué constituida primeramente en España, sino en Francia, á principios del siglo XIII; ni el papa Sixto IV, que falleció en 1484, podia expedir bulas para que la Inquisicion comenzase por expulsar de España á los judíos en 1492; ni los expulsados, por virtud del edicto de los Reyes Católicos, fuéron más de 36.000 familias, ó sean (á rason de cuatro y media personas por familia) 160.000 individuos, número que fijan casi todos los historiadores, desde Bernaldez (el Cura de los Palacios, contemporáneo), hasta Prescott, protestante; y el cual, sin embargo, parece exagerado, si tenemos en cuenta que el total de la poblacion de Castilla se calculaba entónces en millon

y medio de vecinos, es decir, unos siete millones de personas, y que en todos los dominios de la corona de Aragon sólo tenían los judíos ocho sinagogas (1).

Y sentado esto (en lo cual nos hemos ocupado, contando con la benevolencia del lector, porque en el periódico que lo publica suelen colaborar, según es notorio, escritores españoles), continuaremos nuestra interrumpida narración histórica.

Creado el tribunal de la fe por el papa Inocencio III, contra los albigenses del Mediodía de Francia, y protegido abiertamente algún tiempo después por el rey Luis IX (San Luis), fué introducido en Cataluña y Aragon por virtud de un breve del pontífice Gregorio IX al prelado de Tarragona, Aspargo (2), con el pre-

(1) El autor francés de esas desdichadas citas ha debido estudiar la Historia de España en el mismo libro donde la ha estudiado el diario *L'Opinion*, de París, el cual, en su número del 21 de Junio de 1882, publica esta graciosa efeméride:

«(1813).—Bataille de Vittoria, gagnée par l'armée française sur les Espagnols.»

¡Lástima que no lo supiera á tiempo el fugitivo José Bonaparte!

(2) *Don Espárrago*, le llama el mordaz Llorente en su *Historia de la Inquisición*.—Es el mismo arzobispo

texto de que la doctrina de aquellos herejes maniqueos se habia extendido á los dominios de Don Jaime *el Conquistador*.

Dicho prelado, así como el de Lérida, y en breve tambien los de Barcelona, Zaragoza, Huesca y otros, dieron cumplimiento á la bula pontificia, y encomendaron su ejecucion á los religiosos dominicos, no á los cistercienses, como vulgarmente se cree.

En el año 1247 fué igualmente instituida la Inquisicion en Navarra, durante el reinado de Teobaldo I; y parece que en Castilla no fué necesario introducirla por entónces, á pesar del breve que el mismo papa Gregorio IX dirigió al obispo de Palencia en 1236, porque el celo religioso del rey Don Fernando III, que aplicaba cruelísimos suplicios á los herejes, y era á la vez grande amigo del rey moro de Granada, Mohammed Ben Alhamar, hacía innecesario el inmediato establecimiento del Santo Oficio.

Conste, pues, que este famoso tribunal fué creado *primeramente* para Francia, á quien ninguna otra nacion del mundo querrá disputar el derecho de prioridad, y protegido francamente por monarcas franceses.

que hemos citado repetidas veces, al tratar de Don Jaime I *el Conquistador*.

II.

Antes de morir en Foggia (7 de Enero de 1285), el cruel Carlos de Anjou, su grande amigo el papa francés Martin IV, que habia sido y era el adversario más terrible del gran Pedro III, renovó sus excomuniones contra este monarca y su reino, declaróle indigno de la potestad real, anunció que le deponia del trono de Aragon, y dió sus Estados al conde de Valois, hijo de Felipe III *el Atrevido*, rey de Francia.

No se intimidó por esto el monarca aragonés, y más daño le hicieron las turbulencias que habian movido en sus Estados los ambiciosos magnates: invocando éstos, reunidos en las Cortes de Tarazona, y despues en las de Zaragoza, los antiguos fueros y privilegios del reino, viéndose declarados en entredicho por el pontífice romano y amenazados de una guerra con Francia, y susurrándose entre ellos, que el monarca trataba de exigirles nuevos tributos para atender á las urgentes y múltiples necesidades del Estado, enormemente aumentadas con tan costosas guerras, consiguieron que Don Pedro III les otorgase el *Privilegio general de la Union*, en Octubre de 1283.

Pero de esta *Union* hemos de hablar en el próximo capítulo.

Tomó en serio el jóven príncipe Cárlos de Valois la nominal investidura de rey de Aragon que le habia concedido el papa Martin IV, al deponer, tambien nominalmente, á Don Pedro III *el Grande*; y habiéndose deshecho el matrimonio del príncipe heredero Alfonso con la princesa Leonor, hija de Eduardo I de Inglaterra, cuya alianza buscaba el monarca aragonés ante la perspectiva nada agradable de una guerra con Francia y las discordias intestinas que surgian en su propio reino, hallóse el valeroso monarca completamente solo, sin más ayuda que la de sus fieles soldados y la de los terribles almogávares, cuando las tropas francesas, guiadas por el mismo Cárlos de Valois y el legado pontificio, avanzaron hasta los Pirineos, entrando en el Rosellon por la montaña de Salces; y cuando el mismo rey de Francia, Felipe III *el Atrevido*, que era yerno, como sabemos, de Don Jaime I *el Conquistador*, y hermano político de Pedro III, no titubeó en asentir á los planes del papa Martin IV, y se unió al ejército invasor que invadia el condado de Cataluña.

Más aún: el rey Don Jaime de Mallorca, aquel hijo segundo del conquistador de Valencia, que

fué colocado por su padre, cuando éste se hallaba en su lecho de muerte, bajo la proteccion de su hermano mayor, el rey Don Pedro III, cometió la indignidad de favorecer los planes del constante enemigo de España, el francés, volviendo las armas contra el jefe de su familia, y entregando al invasor los mejores castillos del Rosellon, el cual, segun hemos dicho anteriormente, habia quedado unido á la corona de Mallorca.

Los historiadores franceses de aquel tiempo han legado á la posteridad las condiciones con que el papa ofreció á Felipe III de Francia, para uno de sus hijos, la corona de Aragon y Cataluña, condiciones que fuéron discutidas con el mayor detenimiento por el monarca francés y el legado pontificio, y que tales como fuéron aceptadas por ambas partes, demuestran que Martin IV era digno sucesor de Gregorio VII, y de Inocencio III, no sólo en la Sede pontificia, sino en su empeño de erigirse en árbitro soberano de todas las potestades de la tierra.

Obligóse el conde de Valois, entre otras cosas, á reconocer los fueros de Aragon y Cataluña en lo que *no* se opusieran á los derechos de la Iglesia, y por ende, á declararse feudo y tributario de la Santa Sede, confirmando la de

claracion que hizo Don Pedro II *el Católico* cuando fué coronado por Inocencio III, y que no quiso hacer Don Jaime I *el Conquistador* cuando se la exigió el papa Gregorio X; á pagar á la Sede de Roma, en testimonio de vasallaje, un tributo en metálico, no muy gravoso por lo que representaba en cada año, pero enormemente crecido si debia pagar tambien los atrasos, desde 1213, época del fallecimiento de Don Pedro II en el combate de Muret; á declarar igualmente que la corona de Aragon, Cataluña y Valencia, no habia de reunirse en un mismo príncipe con la de Castilla, ni tampoco con las de Francia ó Inglaterra, sino que, á falta de sucesores directos, al ocurrir la muerte del monarca reinante, su único y legítimo propietario sería la Santa Sede.

Así disponian, pontífice y rey extranjero, de una corona que llevaba en sus sienas, orlado de gloriosos laureles, el invicto rey aragonés Don Pedro III *el Grande*; y aún para que los propósitos de ambas partes contratantes, digámoslo así, llegasen á sazón completa, en aquellos dias de viva fe religiosa, el papa concedió indulgencias de cruzada á los señores y soldados que se alistasen bajo las banderas de Francia.

Crítica por demas era entónces la situacion

dé Pedro III: excomulgado y depuesto por el Pontífice; en guerra con los mismos próceres aragoneses y catalanes, que se negaron á concederle auxilios para combatir á Francia, en las Córtes de Tarazona; en guerra tambien en Sicilia, donde estaban entretenidas las fuerzas de mar y tierra más importantes de su reino; perseguido por su mismo hermano, el rebelde Jaime de Mallorca; engañado por el rey Sancho IV de Castilla, y casi vendido traidoramente por el rey de Navarra (que ya lo era el primogénito del de Francia, Felipe *el Hermoso*, por su matrimonio con la princesa Doña Juana, hija única de Enrique I *el Gordo*), quizá llegó un momento en que el corazon animoso del monarca aragonés pudo sentir el desaliento que producen la adversidad y las contrariedades aún en los corazones más fuertes.

Hasta el emperador Rodolfo de Alemania (elegido por la Dieta germánica en 1273), que le habia ofrecido su apoyo, no desinteresadamente, faltó á su palabra en cuanto llegó á conocer el alarde belicoso de los franceses.

Pero aquel momento pasó tan rápidamente como oscura nube de tormenta en los dias serenos del estío: el rey se puso al frente de sus pocos soldados, logró algun auxilio de los barones catalanes, confió siempre en sus leales almogáva-

res, y corrió con desesperado arrojo á los riscos pirenaicos, para impedir el paso con un puñado de valientes, al poderoso ejército de Francia, que venía á imponer á aragoneses y catalanes la monarquía de Cárlos de Valois (1).

(1) Este rey, que no llegó á reinar, es el conocido en la Historia con el dictado de *Rey del chapeo* (*Roi du chapeau*), dictado que le dió su mismo hermano Felipe IV, *el Hermoso*, por el siguiente hecho:

Antes de entrar en Cataluña, expedía el mancebo numerosas cartas de gracias, encabezándolas así: *Cárlos, rey de Aragon y de Valencia y conde de Barcelona, hijo del rey de Francia*, etc.; y cuando los fieros almogávares le hicieron comprender en los riscos del Pirineo que allí no habia más rey que Don Pedro III, á costa de la sangre de 30.000 franceses que quedaron enterrados en el camino de Gerona á Montpellier, su hermano Felipe *el Hermoso* parece que le preguntó en sarcástico tono: «Y bien, ¿que os parecen ahora vuestros súbditos?—Y el cardenal legado del papa Martin IV, contestó: «¿Pero son demonios esos hombres?»—A lo cual dijo el iluso Cárlos: «Y sin embargo yo soy realmente rey de Aragon.»—Replicándole su hermano Felipe: «Lo que tú eres es el *rey del sombrero* de cardenal.»—Aludiendo á su intimidad con el legado, y á la extraña forma de su sombrero,

III.

¡Cuán grande, cuán valeroso y digno se mostró entónces el monarca aragonés!

Hallábase, como queda dicho, completamente sólo: sus tentativas de alianza con Castilla y con Alemania habian fracasado; las Córtes aragonesas le negaban los recursos necesarios para hacer frente á la amenazadora tempestad que se cernía sobre su reino; el ejército francés, presidido por el mismo rey Felipe III *el Atrevido* y sus dos hijos mayores, el Delfin de Francia, Felipe *el Hermoso*, y el jóven Carlos de Valois, que tomaba en serio su papel de rey de Aragon, habia enarbolado el oriflama de las Cruzadas, y se reunia con desusado aparato en la capital del Languedoc, Tolosa, para invadir las comarcas del Rosellon y el Ampurdan; el legado pontificio marchaba tambien al lado del monarca francés, concediendo indulgencias y privilegios de cruzada á todos los fieles cristianos que empuñasen las armas para combatir al hijo de Don Jaime *el Conquistador*, al gran Don Pedro III.

Conformes aparecen los historiadores contemporáneos, lo mismo franceses que catalanes, en señalar el número de combatientes que tenía á

sus órdenes el rey Felipe: á la costa de Cataluña habian acudido más de doscientas cincuenta naves francesas (entre ellas ciento cuarenta galeras de alto porte), con numerosa gente de desembarque, osados aventureros del Mediodía de Francia y de las repúblicas italianas, y áun de los mismos Estados Pontificios; por tierra caminaba poderoso ejército de 170.000 peones y ballesteros, y 20.000 ginetes, éstos mandados por los caballeros más distinguidos del reino, por la flor de la nobleza.

Y para que nada faltase en la crítica situación del rey Don Pedro III, su mismo hermano carnal, Don Jaime II de Mallorca, mal aconsejado, díscolo y envidioso del poderío y la gloria del de Aragon, abria al monarca francés las puertas del Rosellon, con la esperanza de ser rey de Valencia (que tal promesa se le habia hecho) si prestaba ayuda al enemigo comun y eterno de nuestra patria, los franceses, para la conquista de Cataluña.

No se doblaba, empero, ante contrariedades que parecian invencibles la varonil entereza del rey de Aragon: era necesario un golpe de audacia, uno de esos hechos heróicos que amedrentan al adversario y dan poderoso aliento á los amigos;—y lo llevó á cabo el rey Don Pedro III.

Corria el mes de Abril de 1285, y las tropas francesas se congregaban ya en Tolosa, para salvar los Pirineos, á principios de Mayo: una noche, en secreto, disfrazado, sale de Lérida (1), el animoso rey aragonés, seguido de algunos caballeros, leales amigos más bien que rendidos súbditos, entre ellos el almirante Queralt, glorioso vencedor en la batalla naval de Nicotera; cruza por el Ampurdan, sin detenerse en ninguna ciudad y sin darse á conocer, y entra en la montañosa comarca del Rosellon, donde ya le habia precedido su ingrato hermano Don Jaime; llega á Perpiñan, la capital del Condado, y al presentarse ante sus habitantes y los guerreros que la presidiaban, resuena un grito unánime de júbilo y entusiasmo, y todos á una voz aclaman al valeroso monarca.

En breves horas llevó á cabo el plan que se habia propuesto: sin ver á Don Jaime, obligóle á rendirle homenaje, á entregarle los tesoros y alhajas del Estado, á guarnecer sus principales fortalezas con tropas leales; y como el rey de Mallorca, que cedió sin vacilacion á las exigencias del aragonés, huyese clandestinamente (2)

(1) Tan secreta debió ser la marcha del rey, que los *Fastos Ilerdenses* no la mencionan.

(2) Dícese que el castillo de Perpiñan tenía un

al ya cercano campamento francés, el rey Don Pedro, cuando regresó á Cataluña, se llevó en rehenes á los tres hijos del fugitivo, sobrinos suyos.

Inútil es decir el efecto que este golpe atrevido produjo por igual en el campo francés, y entre las filas de los leales catalanes y los valerosos almogávares.

Los hechos de armas habidos en esta campaña no son para descritos en breves líneas: diremos, en resúmen, que el ejército francés, áun contando como auxiliares principales las traiciones de muchos próceres, entre ellos el famoso Alaymo de Lantimi, si logró apoderarse de Gerona despues de un cerco de cuatro meses, en

pasadizo subterráneo de mucha extension, y que por allí escapó Don Jaime, el cual, segun Desclot, estaba enfermo.—La verdad es que, demostrada palmarriamente la alianza íntima del rey de Mallorca con el de Francia, para destronar á Don Pedro III, éste soberano dió una prueba insigne de su grandeza de alma, no habiendo ordenado á sus caballeros que le prendiesen, en vez de ordenarles que le exigieran el pleito homenaje y los tributos que le debia.—Ténganse presentes los bárbaros procedimientos que en aquella rudísima época se empleaban con dolorosa frecuencia.—No habria procedido así el rey Don Pedro IV de Aragon.

el cual los sitiados hicieron prodigios de valor, hubo de retirarse á su país, acosado por las huestes de Don Pedro III, dejando tendidos, entre las montañas del camino, los mejores de sus caudillos y soldados, y sufriendo un desastre más terrible que el de Carlo-Magno en Roncesvalles.

La imparcialidad histórica no perdonará jamás á los magnates aragoneses el hecho inaudito de haberse negado á acudir en defensa de la patria, invadida por poderoso ejército extranjero, que incendiaba las ciudades despues de entrarlas á saco, y acuchillaba á sus denodados defensores: Elna, pequeña ciudad del Rosellon, cercana á las montañas pirenaicas, en la cual un puñado de valientes se resistió con hazañoso ardimiento, durante nueve dias, á los recios ataques del ejército franco, fué, por último, tomada al asalto, calle por calle y casa por casa, y murieron pasados á cuchillo todos sus moradores, hombres, mujeres y niños.....

En aquella hora suprema, cuando el invasor se aprestaba á forzar el paso del Pirineo, apenas defendido en los altos riscos y desfiladeros por algunos cientos de almogávares, las gentes del Ampurdan y unas pocas banderas catalanas, el rey Don Pedro hizo un postrer llamamiento á los magnates aragoneses, á

aquellos descendientes de los guerreros de Don Alfonso I *el Batallador*, y del insigne conquistador de Mallorca y de Valencia; y ellos, anteponiendo sus resentimientos personales, su excesivo amor propio, no el amor á la patria, ni á la libertad é independendencia de la pátria, ni siquiera contestaron al llamamiento....

Al rey Don Pedro III, sólo á él, á su patriotismo, á su valor, á su energía, á su actividad, á su grandeza de ánimo, en una palabra, se debió entónces que la triple corona de Aragon, Cataluña y Valencia no cayese en las aceradas garras de Francia, como ya habia caido la de Navarra: «él (dice un historiador), con sus escasos parciales, sin abatirse su ánimo, confiado en Dios, en su propio valor, en la justicia de su causa, en que sus vasallos volverian en sí y le ayudarian.... marchó resueltamente al Pirineo, decidido á disputar en las crestas de aquellas montañas y con aquel puñado de hombres, el paso de sus reinos al ejército más formidable que se habia visto desde los tiempos de Carlomagno» (1).

En aquella guerra de cinco meses, que ha quedado eternamente escrita con caracteres de

(1) Lafuente, *Historia general de España*, tom. 1, pág. 448.

sangre en los anales de Francia, acaecieron sucesos que merecen singular mención.

Refiere Desclot, contemporáneo, que el cardenal legado, temiendo quizá por el éxito, aún antes del cerco de Gerona, envió un mensajero al rey de Aragon conjurándole para que dejara libre el paso á los soldados de la iglesia; y Don Pedro III contestó arrogantemente, como su padre Don Jaime I habia contestado al papa Gregorio X:—«Decid al que os envia, que estos reinos son míos, ganados por mis abuelos y mis vasallos, palmo á palmo y á costa de su sangre; y el que los quiera, á costa de su sangre los ha de comprar.»

Un hecho heroico que traerá á la memoria del lector los nombres de Numancia y de Sagunto: Peralada (la villa natal del cronista contemporáneo Ramon de Muntaner) no podia ser defendida por Don Pedro III, á causa de la falta absoluta de tropas, y tomándola los franceses, hubieran causado mucho daño en la comarca del Ampurdan; pues bien: el señor de la villa, Rocaberti, leal vasallo del rey aragonés, hizo salir de ella á todos sus habitantes, y dióles hogar y tierras en otra comarca, y en seguida, entrando allí con sus soldados, la entregó á las llamas, para que no cayera en poder de los franceses.

En el sitio de Gerona hizo el rey de Aragon brillantísimos alardes de bravura: en la batalla del 15 de Agosto, «metiéndose en lo más recio de la pelea, y manejando la lanza mejor que cualquier guerrero de su tiempo,» mató por su mano al conde de Clairmont, porta-estandarte del ejército francés, al conde de Nevers, y á otros ilustres caballeros franceses.

Era defensor de la plaza el famoso catalan Ramon Folch de Cardona, descendiente en línea recta de aquel ilustre prócer de igual nombre que fué tutor del niño Ramon Berenguer III, y que retó á singular combate á Berenguer Ramon II *el Fratricida*, vencién-dole en el palenque de Toledo, ante el rey Don Alfonso VI de Castilla: rindióse el 13 de Setiembre, saliendo á la cabeza de todos los defensores, con armas y banderas; y pocos dias despues, el rey Felipe *el Atrevido*, enfermo y encerrado en una litera, seguido de sus dos hijos, el rey consorte de Navarra y el pretendido rey de Aragon, del legado pontificio, de los pocos nobles y caudillos que habian quedado con vida, y de los restos de su destrozado ejército, emprendia lentamente el camino del Rosellon y de Francia..... camino que estaba ya tomado por el rey de Aragon, y cuyos riscos y desfiladeros ocupaban los terribles almogávares.....

Llegó el caso de que el mismo Cárlos de Valois, y aún el primogénito del rey de Francia suplicaron lastimeramente al rey de Aragon que les dejára libre el paso del Pirineo, por hallarse enfermo de gravedad el mismo Felipe III, que seis meses ántes habia entrado en España con el insano intento de conquistar un reino; pero ni aún ésto pudo conceder en absoluto, no obstante su generosidad y grandeza de ánimo, el monarca aragonés, pensando en el acendrado patriotismo é indómita fiereza de sus almogávares; éstos, en efecto, acometieron al ejército francés en las vertientes y desfiladeros de las montañas, arrebatándole el botin inmenso que, segun costumbre nunca desmentida, los franceses conducian á su país, como producto riquísimo del saqueo y despojo de los templos, monasterios y palacios catalanes, y satisfaciendo en los acobardados fugitivos su sed de venganza.

Ocurrió más todavía: la escuadra francesa fué derrotada completamente por Roger de Lauria, en aguas de San Feliú de Guixols, habiendo sido cautivadas por las galeras aragonesas hasta veinticinco naves de las de Francia, quedando prisioneros los almirantes, los principales capitanes y numerosos soldados, y pereciendo en el encarnizado combate hasta cinco mil soldados franceses.

Roger de Laurià, que odiaba á la patria de Cárlos de Anjou, el verdugo de Sicilia, manchó los timbres de esta victoria con actos de crueldad inaudita: hizo arrojar al agua más de trescientos heridos franceses, y castigó á la horrible pena de la ceguera, renovando los suplicios crueles de los visigodos, á otros trescientos prisioneros; y en seguida, uniendo á la crueldad el escarnio, les hizo atar en larga cuerda, y les envió al campamento del sitiador de Gerona, Felipe III, sobrino del odiado Cárlos de Anjou.

Otra victoria naval habian alcanzado, á fines de Julio, los marinos catalanes Ramon Marquet, Berenguer de Mallol (no Mayol, como escribe Lafuente) y el capitan Montoliu, derrotando una armada francesa en aguas de Rosas y echando á pique 24 galeras.

¡Cuán vanos son á veces los proyectos mejor concebidos! Una flota de más 200 naves y un ejército de 170.000 peones y ginetes habian sido destrozados en pocos meses: creyó el rey de Francia (á quien llama la historia *el Atrevido*, y no sabemos porqué) que la conquista de Cataluña y de Aragon habia de ser un hecho inmediato, un paseo militar para sus soldados, y fué un acontecimiento desastroso para su país y de funestas consecuencias para él mismo.

En efecto, á los pocos dias de haber llegado

a Perpiñan la destrozada hueste francesa, murió de pesar, tanto como de la dolencia que le habia acometido en el sitio de Gerona, el rey de Francia Felipe III *el Atrevido*, hijo de San Luis y cuñado de Don Pedro III de Aragon. (1)

IV.

Victorioso el monarca aragonés, si habiesha mostrado grande y dueño de sí mismo al con-

(1) Sabido es que en Cataluña y Aragon, y aún en Castilla, hay la creencia, entre la sencilla gente del pueblo, de que los franceses no pueden oir hablar de San Narciso, patron de Gerona, sin montarse en cólera; pues bien: dícese que cuando los soldados de Felipe III *el Atrevido* entraron en dicha ciudad, fué objeto de sus rapiñas y de sacrílega profanacion el sepulcro de aquel insigne obispo, cuyos venerandos restos arrastraron por las calles; y se dice tambien que salió del sepulcro espesa nube de insectos venenosos, que picando á los profanadores, les causaban la muerte.

Lo indudable es que estos hechos son referidos por analistas contemporáneos, y que la epidemia de que fué víctima el ejército sitiador produjo tal mortandad que, segun Desclot, murieron 40.000 caballos, y todo el camino del Ampurdan, hasta más allá de Narbona, quedó cubierto de cadáveres de soldados franceses,

ceder, en lo que pudo, al ejército francés, libre el paso por el collado de Panizas, no pudo vencerse en su ardiente deseo de tomar venganza de la traicion de su propio hermano el rey Jaime II de Mallorca; y despues de haber recobrado á Gerona, cuya guarnicion francesa se rindió á discrecion en breves dias, comenzó á disponer sus huestes y sus naves para conquistar las islas Baleares.

Però como si la Providencia hubiese recibido el encargo del rey Don Jaime I á su hijo Pedro, en favor de aquel ingrato Jaime, cuando se aprestaban las tropas de mar y tierra para la expedicion, y el mismo rey Don Pedro se dirigia presuroso á Tarragona, para ponerse al frente de ellas, acometióle gravemente desde el principio su postrera enfermedad: murió el animoso monarca en Villafranca del Panadés, encargando en la última hora de su vida á su hijo y sucesor el príncipe Don Alfonso, que fuese inmediatamente á conquistar á Mallorca, para castigar la negra ingratitud de su tío.

Al amanecer del 10 de Noviembre de 1285, espiró el soberano aragonés, declarando ántes, á ruego de los prelados de Tarragona, Valencia y Huesca, que le asistian en aquel supremo instante de la vida, que perdonaba á todos sus enemigos, y dando órden de que fuesen puestos

en libertad los prisioneros, ménos, por alta razon de Estado, el hijo de Cárlos de Anjou, aquel Cárlos *el Cojo*, príncipe de Salerno, que habia sido hecho prisionero en el combate del Faro, delante de Malta.

Aún no habia cumplido el rey Don Pedro III la edad de 47 años: sorprendióle la implacable muerte en la mejor época de su vida y cuando se proponia la completa realizacion de sus aspiraciones políticas.

«Gran capitán (dice un historiador moderno, apreciando en acertado resúmen las notables cualidades personales de Pedro III), profundo y reservado político, audaz en sus empresas, infatigable en la ejecucion de los planes, fecundo en recursos, valeroso en las armas y sagaz en el Consejo, fué el más cumplido caballero, el guerrero más temible y monarca más respetable de su tiempo,» de aquel tiempo en que llenaron el mundo de su fama los egregios nombres de Fernando III de Castilla y Jaime I de Aragon y de Valencia.

Heredó el trono de Aragon, Cataluña y Valencia, su hijo primogénito Don Alfonso III *el Liberal*, á quien encargó, como queda dicho, la conquista de Mallorca, el Rosellon y la Cerdeña, y heredó el trono de Sicilia su segundo hijo Don Jaime, instituyendo sucesores de este

último, en caso de fallecimiento, á sus dos hermanos menores, Don Fadrique y Don Pedro.

Fué por desgracia esta division de reinos tan poco acertada como la de Don Jaime I, y manantial inagotable de grandes discordias.

Es tan nobilísima, tan grandiosa la figura histórica de Don Pedro III de Aragon; descue-lla tanto este insigne monarca sobre todos los de su tiempo, no sólo como soberano de un gran pueblo, sino cual discretísimo caudillo, valeroso guerrero, sagaz político y hombre digno, que no se hallará un historiador contemporáneo, amigo ó enemigo, que no le tribute elogios: el que le dirige desabridas censuras por la gloria que el monarca aragonés conquistó en Sicilia y en el Ampurdan, si es francés ó italiano, no se atreve, sin embargo, á disimular sus simpatías, su admiracion, digámoslo francamente, por aquel rey incomparable.

Para los catalanes, Muntaner y Desclot, fué objeto de patriótico entusiasmo; el siciliano Bartolomé Neocastro (así como en nuestros dias el ex-ministro Amari, diligente historiador de las *Vísperas Sicilianas*), admirábase de sus talentos militares y políticos, y enñalzada su exquisita cortesanía, su discrecion, sus afables maneras y hasta su apuesta figura, y su arrogante continente; entre los franceses citemos

sólo á Romey, por lo mismo que ha recogido los escritos de casi todos los historiadores güelfos, adversarios de Don Pedro III, sin exceptuar al mismo amanuense del pápa Martin IV, francés tambien, y al fanático monje Ptolomeo de Luca: censura Romey con dureza á Felipe III *el Atrevido*, que confiaba ciegamente en que la conquista de Aragon y Cataluña habia de ser empresa fácil para su poderoso ejército («cosa de dos meses,» dice), sin haber contado con «el valor, la astucia y la desesperada decision del rey aragonés;» un italiano, Villani, declara que «fué un valiente caballero, el más bravo, el más sabio, el más venturoso y el más temido de todos los príncipes cristianos y sarracenos que reinaron en su tiempo;» el inmortal poeta florentino, Dante Alighieri, trazó, por último, el retrato del rey de Aragon, en un hermoso terceto de su *Divina Comedia*:

«*Quel che par si membruto, e che s'accorda,
Cantando con colui dal maschio nato,
D'ogni valva portó cinta la corda.*»

El cadáver de Don Pedro III *el Grande* fué sepultado en el monasterio de Santas Creus, y la inscripcion funeraria de su tumba es un canto de admiracion, de amor y de respeto al rey

y al héroe (*audax, magnanimus, qui regna subegit, fortes crepit, cuncta peregit...*)

Vamos á terminar este largo capítulo presentando un ejemplo más, y bien digno de nota, por cierto, de la aterradora caducidad de las cosas humanas: el 7 de Enero de 1285 murió en Foggia el rey Cárlos de Anjou; el 5 de Octubre de 1285, murió en Perpiñan el rey Felipe *el Atrevido*; el 10 de Noviembre de 1285, murió en Villafranca del Panadés el rey Don Pedro III de Aragon; en el mismo año 1285, murió también en Perusa el papa Martin IV. (1).

¡Funesto año 1285! En él, con intervalo de pocos meses, desaparecieron del mundo los cuatro principales actores de los azarosos y sangrientos dramas que dejamos descritos.

(1) No estarán de sobra algunos apuntes biográficos acerca de este papa, de funesta memoria para el reino de Aragon. — Martin IV (*Simon de Brie*) nació en el castillo de Montpensier (Turena); siendo canónigo y tesorero de la catedral de Tours, Urbano IV (también francés) le creó cardenal, en Diciembre de 1261; fué dos veces legado pontificio en la corte de Francia; á la muerte de Nicolás III, en 1280, el cónclave de Viterbo, que duró seis meses, y cuyos votos se disputaron encarnizadamente las facciones de Anjou y de los Ursinos (güelfos y gibelinos, afran-

CAPÍTULO XIV.

Reinado de Don Alfonso III, *el Franco*.—Conquista de Mallorca, de Ibiza y de Menorca.—Graves alteraciones en el reino.—El *Privilegio de la Union*.—Las cosas de Sicilia.—Paz de Tarascon.

I.

Antes de exhalar su postrer aliento el rey Don Pedro III, su hijo y sucesor el príncipe Don Alfonso, al frente de la poderosa flota que

cesados é italianos), triunfando la primera por la violencia, le elevó á la sede pontificia en 22 de Febrero de 1281; pocos dias ántes de las Vísperas Sicilianas, el 12 de Abril del mismo año, coronó en Orvieto á Cárlos de Anjou como rey de Sicilia; excomulgó á Don Pedro III y declaró en entredicho á todos sus súbditos, le depuso del trono y ofreció la corona de Aragon, Cataluña y Valencia á Felipe III de Francia, quien la aceptó para su hijo segundo, el príncipe de Valois; murió en Perusa, el 28 de Marzo, segun dicen algunos cronistas, ó el 28 de Mayo, segun otros, de 1285; su cadáver está sepultado, á lo que se cree, en la iglesia de San Domenico (hoy Pinacoteca provincial), al lado de la tumba que guarda los restos del papa Benedicto XI, el cual, como es sabido, murió envenenado por los cardenales Le Moine y Orsini, á instigacion de Felipe IV *el Hermoso*, rey de Francia, en 1304.

aquél habia reunido en aguas de Tarragona. hizose á la vela para las costas de Mallorca.

Era el jóven Don Alfonso, que á la sazón tenia veintiun años de edad, experto almirante, discípulo de Roger de Lauria y de Pedro de Queralt: en vida de su padre habia conducido una escuadra á las playas de Cerdeña, y consiguió enarbo'ar en esta isla el pendon aragonés; y en su expedición á las Baleares le acompañaron los más inteligentes marinos del reino, tales como Berenguer de Vilaregut, Bernardo Gamir, Ramon de Sentmanat, Guillem de Montgrí y otros muchos.

Ausente de Mallorca el rey Don Jaime II, que estaba todavía en Perpiñan, por temor á los planes de venganza de su hermano Don Pedro III, y mal quisto de los nobles y el pueblo de la isla (que al fin eran hijos de los guerreros de Don Jaime *el Conquistador*), no sólo por su carácter soberbio y sus violencias, sino principalmente por su deslealtad, y la páfida envidia que profesaba á su hermano, apénas las naos de Don Alfonso aparecieron á la vista de Palma, los mismos mallorquines se apresuraron á facilitar el desembarque de los soldados aragoneses y catalanes, proclamando todos al rey Don Pedro, y rindiéndole pleito homenaje en manos del jóven Don Alfonso.

Este, no perdiendo tiempo, zarpó inmediatamente para la isla de Ibiza, que fué sometida sin dificultad alguna; y hallándose aún á bordo de la nave capitana, recibió la triste noticia del fallecimiento de su padre y un mensaje de los magnates, que le llamaban á Zaragoza para jurar los fueros y las franquicias del reino y tomar posesion de la corona.

Digamos (ántes de pasar á otro asunto muy distinto) que la sumision de Menorca se efectuó tambien sin dificultad, en 1286 (1), poco despues de las Córtes de Huesca: acompañáronle en esta venturosa expedicion los capitanes Acard de Mur, alguacil mayor; Pedro Cornel, capitan general; Ramon de Folch de Cardona, el ilustre y bravo defensor de Gerona; Berenguer de Entenza, el mismo que, pocos años despues, habia de llevar á cabo, con Roger de Flor, la épica y maravillosa expedicion á Oriente; Jaime Perez, hijo natural de Don Pedro III, y otros.

Como se ve, no tardó mucho tiempo el rey Don Alfonso III en dar cumplimiento al último

(1) El sabio Capmany se equivocó en sus eruditas *Memorias*, al fijar la fecha de esta expedicion en 1288.—Véanse Bofarull, *Condes*, y Soler, *Mariners célebres catalans*.

encargo que le encomendó su padre moribundo.

El rey Don Jaime II de Mallorca no acudió á defender el trono de que le desposeia su sobrino; fiaba su defensa, para más adelante, á los pontífices, y, como luégo veremos, no le salió mal la cuenta.

II.

Antes de celebrarse los funerales de Don Pedro III en el monasterio de Santas Creus, ya habian surgido gravísimas complicaciones en el Estado aragonés: Alfonso III, hijo y sucesor de aquel monarca, reconocido y jurado solemnemente en las Córtes de Zaragoza, se habia intitulado rey en los mensajes que dirigió á los prohombres reunidos en Córtes, y ántes de prestar el necesario juramento de guardar los fueros y privilegios del reino.....

Tal fué el principio de las desavenencias que estallaron entónces, con gran detrimento de la autoridad real.

La *Union*, aquella oligarquía aristocrática y poderosa, que velaba al par, no sólo por los fueros de la nacion, sino por sus propias franquicias y prerogativas, respondió al mensaje del rey con otro mensaje personal, pero firme,

invitando al monarca á que se abstuviera de titularse rey de Aragon hasta que jurase la observancia de los fueros, «y requiriéndole que fuese luégo á Zaragoza á otorgar y jurar los fueros, usos y costumbres de Aragon, y á recibir la corona y la espada de caballero..... y así lo ejecutó, tan luégo como hizo las honras fúnebres á su padre, recibiendo la corona de mano del obispo de Huesca (por estar ausente el arzobispo de Tarragona), y protestando, como su antecesor, *que no era su intencion recibirla en nombre de la Iglesia, ni por ella, ni ménos contra ella; y que se entendiese tambien que no reconocia el censo y tributo que su bisabuelo el rey Don Pedro II habia concedido al Papa.*»

Pero ¿quién era capaz de reprimir, llegadas las cosas á tal punto, las exigencias de los ensoberbecidos magnates de la *Union*?

Cada dia presentaban éstos al monarca nuevo memorial de agravios y nueva lista de infracciones de los privilegios del reino, ó de los suyos propios, como miembros de la *Union*: resistíase el rey, y aún casi huía de Zaragoza á Barcelona para librarse de las importunidades de los nobles, y éstos, «comprometiéndose con juramento á obligarse y valerse todos entre sí, con sus personas y haciendas,» llegaron á decir á Don Alfonso III, por medio de fieles mensaje-

ros, «que si no cumplia sus demandas, no solamente se apartarian de su servicio, sino que le embargarian todas las rentas y derechos que tenía en el reino.»

A vías de hecho pasaron las amenazas: entraron en son de guerra por tierra valenciana, apoderándose de las rentas reales..... «y estaban tan ciegos (escribe Zurita) con la pasion de lo que decian ser libertad, cuyo nombre, aunque es muy apacible, siendo desordenada, fué causa de perder grandes repúblicas, que con recelo de que el rey procediese contra ellos..... deliberaron de procurar favor con que se pudiesen defender del rey y de quien les quisiese hacer daño contra el privilegio y juramento de la *Union*.....»

«Y aún se añade que ya un dia estuvieron á punto de proclamar rey de Aragon á Cárlos de Valois...,» aquel Cárlos de Valois, hijo de Felipe III de Francia, que habia pretendido osadamente conquistar los reinos de Don Pedro *el Grande*.

Estalló la guerra entre los parciales del rey y los miembros de la Union, y aún entre éstos solos, que á veces no se entendian; guerra cruel, sangrienta, insidiosa, por todo extremo deplorable, que comenzó con la tremenda justicia que mandó hacer el monarca en las personas

de los principales revoltosos, y no concluyó sino cuando el mismo rey, dolido de la triste situación del país, sobrecogido de espanto con las violencias y las vejaciones de unos y otros, resolvió acceder, con grave mengua de la autoridad real, á todas las exigencias de los mag-tes.....

No hacemos un discurso acerca de la famosa confederacion oligárquica que se inició con poderosa fuerza en el reinado de Don Jaime I *el Conquistador*, que produjo tantos disgustos á Don Pedro III *el Grande*, y dominó por completo al irresoluto y versátil Don Alfonso III *el Franco*: presentamos la copia exacta del *Privilegio de la Union*, del cual se conserva un traslado auténtico en la Real Academia de la Historia.

Dice así:

«Todos homes quantos aquesto veran sepan que nos don Alfonso por la graçia de dios Rey de Aragon de Mayorchas de Valençia Compte de barcelona, por nos e nuestros successores qui per tiempo regnaran en Aragon. Damos y atorgamos á vos Nobles don fortuyño por aquella misma graçia vispe de Çaragoça. Don pedro seynor de ayerbe tio nuestro, don Exemen de Urreya. Don Blasco de Alagon. Don Pedro Jurdan de penna seynor de arenoso. Don

Amor dionis. Don Guillen de Alcala de Quinto. Don Pedro ferrig de sesse, fortun de Vergua, seynor de penna. Don Gil de bidaure. Don Corbaran daunes. Don Gabriel dionis. Pero Fernandez de Vergua seynor de pueyo. Don Xeme pereç de pina. Don Martin roiç de foçeç. fortun de verguar de ossera. Et á los otros Meçnaderos. Caualleros Infançones de los Regnos de Aragon e de valencia y de Ribagorza agora ajustados en la Ciudad de Çaragoça e á los procuradores e a toda la vniversitat de la dita Ciudat de Çaragoça. assi a los clerigos como a los legos presentes y auenideros. Que nos ni los nuestros successores qui en el dito Regno de Aragon per tiempo Regnaran ni otri por mandamiento nuestro matemos ni estemos ni matar ni estemar mandemos ni fagamos ni preso o presos sobre fiança de dreyto detengamos ni detener fagamos agora ni en algun tiempo alguno o algunos de los sobreditos Ricos omes Mesuaderos caualleros Infanzones procuradores y vniversitat de la dita Ciudat de Çaragoça, assi clerigos como legos presentes e auenideros. Ni encara alguno ó algunos de los otros Ricos omes Mesnaderos Caualleros Infanzones de valencia e de Ribagorça ni de sus successores sines de sentencia dada por la Justicia de Aragon dentro en la Ciudat de Çaragoça con

Conseyllo e atorgamiento de la Cort de Aragon o de la mayor partida clamada e ajustada en la dita Ciudad de Çaragoça. Iten damos e atorgamos a los omes de las otras Ciudades villas y villeros e logares de los ditos Regnos de Aragon e de Ribagorça e a sus successores que non siam muertos ni estemados ni detenidos sobre fiança de dreyto sines sentencia dada por los Justicias de aquellos logares por qui deuan ser jutgados segunt fuero si doncas no sera ladrón o ropador Manifiesto, qui será trobado con fuerto o con roperia o traidor manifiesto. Si por aventura algun Justicia o official contra aquesto fara, sia del feita justicia corporal. Et a observar tener complire seguir el present privileyo e todos los sobreditos capitulos o articlos y cada vno dellos e todas las cosas y cada una en ellos y en el cada uno dellos contenidas e non contrauenir por nos ni por otri por nuestro mandamiento en todo o en partida agora ni algun tiempo obligamos y ponemos en tenencia y en Rahenas a vos y a los vuestros successores aquestos castiellos que se siguen. Es á saber el castiello de Moncluso. Iten el castiello de boleya. Iten el castiello dito de un castiello. Iten el castiello de Sos. Iten el Castiello de Malon. Iten el castiello de fariça. Iten el castiello de vardeyon. Iten el castiello de Somet. Iten el castiello de bo-

ria. Iten el castiello de Rueda. Iten el castiello de clarocho. Iten el castiello de Huesa. Iten el castiello de Moriella. Iten el castiello de vxon. Iten el castiello de Exativa. Iten el castiello de biar. lus tal condicio que si nos o los nuestros successores qui per tiempo Regnaran en Aragon faremos ho veniremos en todo ó en partida contra el dito priuileio o contra los sobreditos capitulos ó articulos e las cosas en ellos e en cada uno dellos contenidas. Que da quella hora adelant nos e los nuestros ayamos perdido por a todos tiempos todos los ditos Castiellos. De los cuales castiellos vos e los vuestros podades façer e fagades a todas nuestras propias voluntades assi como de vuestra propia cosa. Et dar y liurar aquellos castiellos si querredes á otro Reg e seynnor por esto por que si lo que dieus non quiera nos ó los nuestros successores contrauiesemos a las cosas sobreditas en todo ó en partida. Queremos e atorgamos y expressament de certa sciencia assi la ora como agora consentimos. Que da quella ora á nos ni á los successores ni el dito Regno de Aragon non tengades ni agayes por Reyes ni por seynnores en algun tiempo. Ante sines algun blasma de fe e de leyaldat podades façer y fagades otro Rey e seynnor cual querredes e don querredes. Et darle y librarle los ditos castiellos y á vos

mismos en uassayos suyos. Et nos ni los nuestros successores nunca en algun tiempo a vos ni a los successores demanda ni cuestion alguna vos en fagam ni façer fagamos ni en end podamos forçar. ante luego de present por nos e por nuestros successores soldamos diffinidamente e quita a vos et á vuestros successores de fe de Iura de naturaleça de fieldat de seynnorio de vassallacio e de todo otro qualquiere deudo de vassayllo o natural deue e y es tenido a seynnor en qualquiera manera o raçon. E todos los sobreditos articlos o capitoles o cada vno dellos e todas las cosas e cada vna en ellos y en el dito priuileio contenidas atender é complir e seguir y observar a todos tiempos, y en alguna no contrauenir por nos e los nuestros successores. Juramos á vos por dios e la crus e los sanctos euangelios delante nos puestos y corporalment tocados.

»Actum est, Ceserauguste. Kalendas V Iauuari. Anno domini MCCLXXX. Septimo.

»Signum Alfonsi dei gratia, Regis Aragonum Maioricarum y valencie. ac Comes barchinone. Testes sunt. Arnaldus Rogery. Comes pallyariensis. Petrus Ferdinandi dominus de Ixar patruus predicti domini Regis. Guillelmus de Anguelaria. Bernardus de podio viridi. Petrus Sesse Signum Jacobi de Cabannis scripto-

ris dicti domini Regis Qui de mandato ipsius hec scribi fecit y clausit loco die y anno prefixis.»

Además de la carta privilegio que antecede, el rey Don Alfonso III de Aragon expidió otra con la misma fecha, en la cual leemos estos interesantes párrafos:

«.....atorga: Que daquí adelante nos e los successores nuestros a todos tiempos clamemos e fagamos ajustar en la dita ciudat de Caragoça vna vegada en cada un año en la fiesta de todos Sanctos del mes de Nouiembre. Cort general de aragoneses. E aquellos qui a la dita Cort se ayustaran ayan poder de esleyr dar y assignar y eslian, den y assignen conseylleros a nos y a los nuestros successores.»

No se puede leer sin asombro el documento anterior, y mentira parece que, aún en nuestros días, haya tenido defensores la audaz, soberbia, perturbadora y egoísta nobleza de la *Union*.

Le examinaremos, aunque brevemente, en el capítulo inmediato.

Conocíase de antiguo, en sustancia, por narraciones fidedignas, este famoso privilegio de la *Union*, y eran citados con exactitud, no solamente los términos de la rara concesion de Don Alfonso III á los magnates aragoneses, sino tambien, y nominalmente, los dieciseis *castie llos* que el monarca «puso en tenencia y rahe-

nas » (*sic*) en poder de aquéllos y de sus sucesores, y en garantía de la observancia del privilegio; pero no se conocia el texto mismo de este privilegio, ó por lo ménos, únicamente le conocian algunas personas doctas.

Hoy debemos esta importante revelacion al laborioso académico Don Víctor Balaguer, quien la hizo en solemne acto público ante la Real Academia de la Historia (1) el dia 30 de Enero de 1881.

Existe, en efecto, entre los preciosos códices que guarda aquella sábia Corporacion en su rico archivo, un libro de traslados de privilegios otorgados y de otros actos, en el tiempo de los reyes Don Pedro III, año 1283, y Don Alfonso III, año 1289, y en él están copiatdas, á manera de registro, las cartas-privilegios que otorgaron esos monarcas á las *Uniones* de Aragon y de Valencia.

El primero que citó este libro (166 folios, y los cinco últimos son hojas en blanco sin foliar) fué el eruditísimo literato Don Antonio Escosura y Hevia, en su *Discurso* sobre el feudalismo; con tal motivo le examinó despues

(1) Discurso leído en la recepcion pública de Don Antonio Romero Ortiz; *Las cosas de Aragon*. (Madrid, 1881), pág. 60 y siguientes.

Don Manuel Lasala, y le citó en su obra *Exámen histórico-foral de la Constitucion aragonesa*; por último, el Sr. Don Víctor Balaguer también le ha examinado con detenimiento, y de él copia al pié de la letra el famoso *Privilegio de la Union*, que nosotros reproducimos textualmente (1).

III.

Para la mejor inteligencia de los sucesos que vamos á referir, conviene indicar la situacion respectiva de las naciones, cuyos monarcas,

(1) El autor de esta obrilla ha tenido la satisfaccion de hojear tan interesante códice, el cual aparece titulado (en el pergamino exterior, parte primera): *Escrituras de los Reyes de Aragon Don Pedro III y Don Alonso (no Alfonso) III, y de las Uniones de Aragon y de Valencia*; y cree, como el Sr. Balaguer, que es un *Registro* auténtico de la Union aragonesa.

¡Lástima que la Real Academia de la Historia, tropezando siempre con la escasez de medios, por su exíguo presupuesto oficial, no haya podido publicar este excelente códice, tal vez el único en su clase; el cual tiene, por añadidura, el valor inapreciable de numerosísimas y curiosas anotaciones, en las márgenes, de puño y letra del docto cronista Don Jerónimo de Zurita!

unos en favor y otros en contra de Don Alfonso III de Aragon, intervinieron en aquéllos.

A la muerte del papa Martin IV, habia sido elevado al solio pontificio Honorio IV, quien trató de reconciliar al monarca aragonés con la Santa Sede; mas falleció prematuramente en 1287, y su sucesor Nicolás IV (1287-1292), aunque aparentando paternal amor al rey de Aragon, siguió en realidad la política de sus antecesores, favorable á los Anjou.

En Sicilia reinaba el jóven Don Jaime I, hijo segundo de Don Pedro III *el Grande* y hermano de Don Alfonso III, y á su lado estaba la reina viuda de Aragon, su madre, Doña Constanza de Sicilia y de Saboya, con un consejo de leales y bravos caballeros aragoneses y sicilianos, con la poderosa proteccion de Roger de Lauria y sus esforzados marinos, y lo que era mejor, con el afecto y la adhesion de los habitantes de la isla, que odiaban á muerte á los franceses (1); el hijo de Cárlos de Anjou, aquel Cár-

(1) El lector que desee enterarse bien de los dramáticos acontecimientos de Sicilia durante este agitado período, puede consultar las obras siguientes: *Histoire generale de Sicile*, por M. Burigny (La Haye, 1745); *Annali delle Due Sicilie*, por Camera (Nápoles, 1841-47); *Fasti della Sicilia*, por Castelle de Torre-

los *el Cojo*, príncipe de Salerno, que fué hecho prisionero por Lauria en la batalla naval de Faro, delante de Malta, habia renunciado en Don Jaime sus derechos á la corona de Sicilia, y estaba encerrado en la fortaleza de Ciurana, en Cataluña; el destronado rey de Mallorca, Don Jaime II, mal contento con su suerte, se apres-
taba á invadir el Ampurdan con un ejército de aventureros provenzales y del Rosellon; el rey de Francia, Felipe IV *el Hermoso*, y el de Inglaterra, Eduardo I Plantagenet, sostenia larga

muza (Mesina, 1820); *La Guerra del Vespro Siciliano*, por Miguel Amari (Palermo, 1841); *Storia de Manfredó*, por Cesari (Nápoles, 1837); *Considerazione sulla Storia de Sicilia*, por Lanza, príncipe de Scordia (Palermo, 1836).

Pero tenga cuidado con los autores franceses, que suelen publicar bufonadas como ésta: «*Ce fút* (el rey Don Pedro III de Aragon) *lui qui en 1681 (sic) se chargea de la noire conspiration des Vepres Siciliennes...*» —Así comienza un estudio *histórico* que hemos intentado leer en el famoso *Dictionaire* de Didot, de París (vol. XIV, pág. 550). —Hasta los muchachos de instruccion primaria saben que las *Vísperas Sicilianas* se ejecutaron el día 30 de Marzo de 1282, cinco meses ántes de que Don Pedro III de Aragon, al frente de sus almogávares, desembarcase por vez primera en el puerto de Trápani.

contienda sobre la posesion del ducado de Guie na, el cual no llegó á ser floron de la corona británica hasta que intervino en el asunto el papa Bonifacio VIII; por último, Don Sancho IV *ei Bravo*, rey de Castilla, que tenía bastante que hacer en su reino con las rebeliones de los magnates, no se olvidaba de que los infantes de la Cerda estaban en Aragon, y que el primogénito, Alfonso, habia sido proclamado rey en Jativa, y despues, interviniendo en elio Don Alfonso III de Aragon, en Jaca.

El deseo de todos, al parecer, era la paz, y el rey de Inglaterra ejerció el papel de mediador entre unos y otros: firmóse, en primer lugar, una tregua de un año; á mediados de Julio de 1287, los reyes Eduardo I y Alfonso III tuvieron vistas en Oloron, conviniéndose en poner en libertad al príncipe de Salerno (quien dejaria en rehenes tres de sus hijos, varios caballeros y algunas fortalezas de Provenza), siempre que en el plazo de tres años no se moviese guerra á Aragon ni á Sicilia; no habiéndose cumplido este tratado, é intimando el sumo pontífice Nicolás IV al rey aragonés «que pudiese en libertad al príncipe de Salerno, y que en el término de seis meses compareciese ante la silla apostólica (como el emperador Enrique IV en Canosa) para estar á lo que se orde-

nase,» porque en caso contrario fulminaria contra él nuevos anatemas, celebróse otra conferencia en Canfranc, que dió resultado más positivo: el príncipe de Salerno recobró, en efecto, la libertad con humillantes condiciones, en 29 de Octubre de 1288, y se pactó el matrimonio de Don Alfonso III con la princesa Leonor de Inglaterra, hija de Eduardo I, matrimonio que no llegó á efectuarse.

Al poco tiempo ya estaba roto el tratado de Canfranc: el papa, Nicolás IV, coronaba en Perugia, como rey de Sicilia, al hijo de Cárlos Anjou, y cuando la flota de Roger de Lauria amenazaba ya á Gaeta, y al par á la armada napolitana, gobernada por el conde de Artois, otra vez se presentó como mediador el rey de Inglaterra..... y ajustóse una tregua de dos años.....

Para concluir: en Febrero de 1291, se firmó la paz de Tarascon, cuyo articulado no podía ser más vergonzoso para el monarca aragonés.

Hé aquí una reduccion del tratado, tal como le publica Zurita en sus *Anales*:

«1.º El rey Don Alfonso III habia de implorar el perdon del Papa por las ofensas hechas á la Santa Sede, ya por él mismo, ya por su abuelo y su padre Don Jaime I y Don Pedro III.

»2.º El Papa habia de otorgarle, recíprocamente, el perdon solicitado, admitiéndole, previo juramento, en el seno de la Iglesia católica; y ningun monarca extranjero habia de mover guerra en lo sucesivo al rey aragonés.

»3.º Se anularia el breve expedido por Martin IV en 1282, concediendo la investidura de los reinos de Aragon y Valencia y del Condado de Cataluña al príncipe Cárlos de Valois (1); pero el rey Don Alfonso, reconociendo la supremacía del Papa, habia de pagarle anualmente un fuerte tributo (segun unos, treinta marcos de oro; segun otros, 50.000 libras tornesas), más los atrasos del tributo anterior, no reconocido ni pagado por Don Pedro III.

»4.º El rey Don Alfonso quedaria con el señorío directo de Mallorca, debiendo pagar una suma anual al primogénito del destronado Don Jaime II.

»5.º El rey Don Alfonso retiraria de Sicilia

(1) Figúrasenos que dicho breve habia sido anulado *de hecho*, por Don Pedro III *el Grande*, por Ramon Folch de Cardona, por el vizconde de Rocaforti, por Roger de Lauria, por los almogávares... por todos, en fin, los valientes paladines y soldados que acuchillaron y destrozaron al ejército y á la flota de Felipe III *el Atrevido*,...

á todos los ricos hombres y caballeros aragoneses; y haria comprender á su hermano Don Jaime y á su madre Doña Constanza que debian no retener en su poder aquel reino, más la comarca de Calabria, contra la voluntad explícita de la Santa Sede (1).

»6.º El rey Don Alfonso habia de ir á Roma en Diciembre del mismo año 1291, hácia la Pascua de Navidad, con 200 ginetes y 500 peones, en defensa del Papa, y para prestarle homenaje.....

»7.º El rey Don Alfonso habia de ir, á principios de Junio de 1292, á la conquista del *Santo Sepulcro* (2), y de vuelta, obligaria á su madre y á su hermano Don Jaime á abandonar el trono de Sicilia..... y áun, si no le obedecian, les moveria guerra, como á enemigos, hasta reducir aquel reino á la obediencia de la Santa Sede....

«8.º Que cumplido todo esto, el papa otor-

(1) La cual, es de suponer, se reservaba el derecho de conceder la investidura real de Sicilia á Carlos *el Cojo*, coronado ya en Perusa por el mismo papa Nicolás IV, el 29 de Mayo de 1289; es decir, dos años ántes de este tratado.

(2) Por lo visto, el papa consideraba como empresa fácil la conquista del *Santo Sepulcro*....

garia la absolucion general á los Estados del monarca aragonés, y levantaria el entredicho que contra ellos, como contra el rey, fulminó el pontífice Martin IV.....

¡Mentira parece que el primogénito y sucesor de Don Pedro III *el Grande* suscribiese y aceptase tratado tan ignominioso, una «paz deshonesta y de vergüenza,» como dice el recto Zurita!

Más mentira parece que los representantes de las Córtes de Barcelona, numerosa comision de las mismas Córtes, suscribiesen tambien al mismo tratado, y aceptasen la paz, en nombre del reino, á tan ruin y vergonzoso precio comprada.

Y lo que produce asombro es que el rey Don Alfonso, no obstante las enérgicas reclamaciones de su madre y de su hermano, á quien habia cobardemente vendido en las cláusulas 6.^a y 7.^a del tratado, ratificase éste y procediese inmediatamente á su ejecucion.....

La muerte, no obstante, le detuvo cuando acababa de dar el primer paso en el camino de «vergüenza» que le señalaba el tratado de Tarascon: hallándose en Barcelona, pocos dias despues de la ratificacion del concierto (7 de Abril de 1291), el rey Don Alfonso envió al pontífice una solemne embajada extraordinaria

de caballeros aragoneses y catalanes, en cumplimiento de la cláusula primera; y cuando se disponia á celebrar sus bodas con la princesa Leonor Plantagenet, hija de Eduardo I de Inglaterra (segun digimos anteriormente), el principal autor, despues del legado pontificio, del estéril pacto de Oloron y del vergonzoso concierto de Tarascon, acometióle tan grave enfermedad que, no obstante su juventud y su robusta constitucion, en ménos de cinco dias le arrebató del mundo de los vivos.

Murió Don Alfonso III de Aragon á los veintisiete años de edad, en Barcelona, el dia 18 de Junio del mismo año 1291, y dióse tierra á su cadáver en el convento de San Francisco de Asís, de aquella capital, llamado vulgarmente *Fra menors* (1).

Por lo ménos, en su testamento dejó señala-

(1) Hoy demolido. — Estaba situado entre la Rambla y la calle de Medinaceli, y los restos del malaventurado monarca fuéron trasladados, en 1850, á la catedral, en cuyo cláustro, en el muro de la ex-capilla de la Concepcion, descansan en soberbia urna, de mármol, con los de otros príncipes aragoneses que estaban sepultados en el mismo convento de San Francisco.—Véase *Guía histórico-descriptiva de la catedral de Barcelona*, por Don Eduardo Tamaro. (Barcelona, 1882, cap. XIII, pág. 54.)

da prueba de discrecion y cordura: á su hermano Don Jaime (el que reinaba en Sicilia) instituyóle heredero de los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, y del señorío directo de Mallorca; en cláusula aparte, recomendaba á Don Jaime que cediera á Don Fadrique, su hermano tercero, el reino de Sicilia; consignaba, por último, que si el primero fallecia sin hijos, le sucediera el segundo en la corona de Aragon, Cataluña y Valencia, y el Infante Don Pedro, su hermano menor, en la de Sicilia.

Tres meses despues, el dia 24 de Setiembre, el nuevo rey |Don Jaime II de Aragon, luégo de jurar los fueros y privilegios del reino en las Córtes de Zaragoza, recibia la corona de manos del prelado de Tarragona, declarando tambien, como sus antecesores, «que no la recibia en nombre de la Iglesia romana, ni por ella, ni menos contra ella..... ni reconocia su reino como censatario de la Santa Sede» (1).

IV.

Antes de concluir este capítulo, permítasenos protestar contra la mala costumbre |de

(1) Jerónimo Blancas, en su curiosa obra *Coronaciones de los Reyes de Aragon*, describe ampliamente estas solemnes ceremonias.

ciertos escritores catalanes, que no dan á algunos reyes de Aragon y condes de Barcelona la numeracion que lógicamente les corresponde. De los reyes que sellamaron Jaime, Juan, Martin y Fernando, no hay que hablar, porque el primero de cada série nominal fué á la vez el primero en Aragon y el primero en Barcelona; pero cuando tratan de los que se llamaron Alfonso y Pedro, como el primero de cada série de éstos, sólo fué rey de Aragon y no conde de Barcelona, aplican á Don Alfonso II *el Casto* el nombre de Alfonso I, y á Don Pedro II *el Catolico* el de Pedro I, y así sucesivamente.

La confusion que introducen es verdaderamente espantosa, y hace surgir la duda, y aun el error, en el ánimo de los lectores poco versados en la ciencia histórica.

Un ejemplo: todo el mundo sabe que las cenizas de Don Alfonso III *el Franco* ó *el Liberal*, recogidas del convento de *Fra Menors*, en 1850, fuéron depositadas en el cláustro de la catedral de Barcelona, como hemos dicho más arriba; pues bien: léase la interesante monografía de la catedral leridana La Seo, del escritor catalan Sr. Roca y Florejachs, y en sus páginas se verá que «las cenizas de *Don Alfonso III*, el monarca que por su buen carácter y generosidad consiguió el dictado de *Benigno*,» fué-

ron depositadas, en la noche del 26 de Noviembre de 1781, en la cripta funeraria de la catedral nueva de Lérida, y «en el preciso momento en que escribimos (Abril de 1881), la accidental apertura de esta cripta..... permite á los ilerdenses (dice el Sr. Roca y Florejachs) dirigir una triste mirada á esas memorables cenizas» (1).

Luego (preguntará acaso algun lector malicioso) ¿las cenizas de Don Alfonso III están á á la vez en la urna de mármol de la catedral de Barcelona y en la cripta ó *carnerarium* de la catedral nueva de Lérida?—No: las de Barcelona son de Don Alfonso III, y las de Lérida, de Don Alfonso IV; pero como Don Alfonso I *el Batallador* no fué conde de Barcelona, algunos escritores catalanes le rebajan de la cuenta, por decirlo así, y empiezan á contar los Alfonsos desde el hijo de Doña Petronila de Aragon y Don Ramon Berenguer IV de Barcelona, ó sea, desde Don Alfonso II *el Casto*.

La manía de absoluta independendencia de que alardean á veces los escritores catalanes, les hace incurrir en el ridículo; y lo peor es repe-

(1) *La Seo*: Memoria sobre la catedral antigua de Lérida, por Roca y Florejachs. (Lérida, 1881, capítulo III, pág. 62.)

timos, que engendran la confusion y la duda en el ánimo del lector.

De modo que, siguiendo el sistema catalan, el actual rey de España debia ser llamado de estas distintas maneras: Don Alfonso XII, por los leoneses; Don Alfonso XI, por los castellanos; Don Alfonso VI, por los aragoneses; Don Alfonso V, por los catalanes; Don Alfonso III, por los mallorquines y valencianos; Don Alfonso II, por los navarros, y Don Alfonso I, por los granadinos, los canarios, los cubanos, los puerto-riqueños y los filipinos.

¿A dónde nos conduciría tal confusion?

CAPÍTULO XV.

Los *Fueros de Sobrarbe*.—El *Justicia Mayor*.—El *Privilegio de la Union*.—Conclusion.

1.

Al llegar á este punto, debemos recoger tres cabos sueltos que están flotando en los capítulos anteriores: el de los *Fueros de Sobrarbe*, el del *Judex Medius*, y el del *Privilegio de la Union*.

Poco hay que decir acerca de los fueros de Sobrarbe: si no admite discusion el hecho his-

tórico de la elevacion de Íñigo Arista (*sive Rex, sive Dux*) en el campo de la victoria de Arahueste, por más que el jesuita Masdeu haya negado hasta la existencia de aquel insigne caudillo, como negó la del Cid, tampoco la admite, á nuestro juicio, la opinion de los que hoy demuestran, con argumentos de sólida erudicion, que son apócrifos los llamados *Fueros de Sobrarbe*, que ya hemos dado á conocer á nuestros lectores; más aun: que los primitivos fueros de Aragon nada tuvieron, en su carácter general, de democráticos, aunque algunos escritores modernos y eminentes jurisconsultos hayan supuesto que tales fueros eran como la firmísima base de lo que llaman las libertades de Aragon, quizá sin haberlos examinado lo que debieran, sin pasion, sin espíritu de parcialidad, «con la serenidad de la razon, fria y calculadora.»

Un poeta, Argensola, entusiasmado con las glorias de su patria, fué el primero, segun creemos, que dijo: *En Aragon ántes hubo leyes, que reyes*; y esta frase, repetida luégo muchas veces, y defendida ahora con verdadera saña por los partidarios de los fueros sobrarbeños, va resultando tan perfectamente falsa como la célebre fórmula del apóstrofe que los ricos-hombres dirigian al Rey, en el acto del jura-

mento: *Nos que valem tanto como vos, os hacemos nuestro Rey y Señor, con tal que nos guardéis nuestros fueros y libertades; y si no, no.*

Un extranjero, Francisco Hotham, inventó esa fórmula, y publicóla por vez primera en su *Franco-Gallia*; un desgraciado, «un mónstruo de la fortuna caído de lo alto hasta lo más bajo,» Antonio Perez, el ex-Secretario general de Felipe II, la acogió, y áun la decoró con algun detalle, en su libro *Relaciones*, para forjar á su gusto armas de combate contra el implacable y tremendo monarca que le perseguía; y así como ahora, despues de las eruditas disertaciones del señor Conde de Quinto y del sabio primer Marqués de Pidal, nadie se atreveria á defender la autenticidad de aquella fórmula, sin incurrir en el más estupendo ridículo, pocos serán, en verdad, los que, pasados algunos años, hayan de defender la de los llamados fueros de Sobrarbe, aunque invoquen en favor suyo la opinion de la Real Academia de la Historia.

Hay casi plena conformidad: el primer fuero escrito que en Aragon se conoce, hoy por hoy, es el que otorgó á Jaca, en 1064, el rey Sancho Ramirez: aquel fuero que pidieron al monarca los vecinos de la entónces capital del reducido reino aragonés, para que les quitára los malos fueros que tenían.

II.

Equivócanse también, por ende, los que suponen que la ilustre magistratura del *Justicia*, el *Justicia Mayor* (no el *Justicia de Aragon*, como se dice vulgarmente) tiene marcado su origen en el *Judex Medius* del fuero quinto de Sobrarbe.

En primer lugar, si ese fuero y ese *Judex Medius* se refiriesen al Justicia Mayor (admitiendo por un momento la autenticidad del fuero), se caería en el absurdo de que el caudillo vencedor en Arahueste y sus sucesores (si los tuvo en Aragon, que sobre esto habría mucho que decir), sólo fueron reyes en el nombre, reflejo, por decirlo así, del verdadero rey, del rey en la práctica, en el poder ejecutivo, que era el Justicia;—«una especie de reyes de Esparta con un Eforo ó rey sin corona, que mandaba más que ellos.»

Por otra parte, no hay un documento, hasta época relativamente moderna, en que aparezca la firma del Justicia Mayor: el fuero de Tudela, por ejemplo, otorgado por Don Alfonso I *el Batallador*, en 1127, tiene 32 firmas de obispos, condes, señores y dignatarios de la casa del rey, brillando por su ausencia la del Justicia Mayor,

A este magistrado «llamábanle (escribe Zurita) el *Justicia Mayor*, y no de Aragon; y desde que era *nombrado y proveído por el rey*, no se acostumbraba revocar el cargo que tenía sino por muy justa causa ó culpa que mereciese pena; y solia juzgar en presencia del rey, ó por orden suya.»

Hoy está demostrado que, merced á las revoluciones de la *Union*, el Justicia Mayor, si antes existió como vicario ó delegado del rey, como ministro del rey, por nombramiento del rey, y para administrar justicia, no mudó de carácter hasta la segunda mitad del siglo XIII.

Pero el *Justiciado* tiene sus mártires: el Justicia Don Pedro Martinez de Artasona fué depuesto por Don Pedro III *el Grande*, quien le acusaba de haber sido la causa principal de las alteraciones del reino; el Justicia Don Juan Jimenez de Cerdan fué tambien destituido por el rey Don Alfonso V, y este mismo soberano depuso al Justicia Don Martin Díaz de Aux, y le encerró en la cárcel de Játiva, donde terminó miserablemente sus dias.

El rey Don Felipe II ahogó en sangre la célebre institucion aragonesa, por haberse concedido el privilegio foral de la hospitalidad y *manifestacion* al fugitivo ex-ministro Antonio

Perez: «*En recibiendo ésta* (escribió el monarca al jefe de su ejército en Zaragoza, Don Alfonso de Vargas), *prendereis á Don Juan de Lanuza, Justicia de Aragon, y tan pronto sepa yo su muerte como su prision: haréisle cortar la cabeza.....* Y se levantó el patíbulo en la plaza del Mercado, y Don Juan de Lanuza, Justicia Mayor, que habia sido apresado por un esbirro de la córte al salir del palacio de la Diputación, solo, desarmado, vencido, inclinó su noble cabeza bajo el hacha del verdugo, el día 20 de Diciembre de 1591.

Felipe II aniquiló el Justiciado, aunque doce Justicias hubo todavía, ejerciendo, aparentemente, su cargo; Felipe V abolió para siempre los fueros aragoneses.....

III.

A nuestro modo de ver, el abusivo é injusto privilegio llamado del *tortum per tortum* (dano por daño) fué como el origen remoto de las alteraciones de la *Union*: esta se inició en el reinado de Don Pedro II; creció poderosa en el de Don Jaime I *el Conquistador*, alentada por la saña del turbulento obispo Don Sancho de Alcones, que pretendia vengar lá muerte de su hermano; era ya de incontrastable fuerza en el

reinado de Don Pedro III, á quien humilló en las Córtes, arrancándole el *Privilegio general* en 1283; se impuso, en fin, en el ánimo, vacilante de Don Alfonso III, obligándole á suscribir el anárquico privilegio que ya conocemos.

La *Unión* era más que una oligarquía feudal enfrente de la corona: era la guerra civil permanente, y luégo, cuando el monarca otorgó á los *Unidos* la facultad de *facere otro Rey e sennyor, cual querredes é don querredes* (como reza el texto), era la guerra dinástica, y tal vez la destruccion del Estado aragonés.

Y por lo mismo, no habia de ser duradera: el rey Don Pedro IV quiere declarar sucesora en el trono á su hija Doña Constanza, contra las leyes que excluian de la sucesion á las hembras; estalla la guerra, y si el monarca sufre humillaciones y derrotas, al cabo logra vencer á los *Unidos* en la famosa batalla de Epila, y desgarrar con su puñal el malhadado privilegio que habia otorgado á aquéllos el rey Don Alfonso III, exclamando, al sentirse herido en un dedo: *Privilegio que tanta sangre ha costado, con sangre real se habia de borrar.*

IV.

Hemos llegado al fin de este modesto trabajo,

Jaime II, el hermano y sucesor de Alfonso III *el Liberal*, devolvió el reino de las Baleares á los hijos del destronado soberano, y en su tiempo se llevó á cabo la maravillosa expedición de aragoneses y catalanes á Oriente, por Roger de Flor, los tres Berengueres de Entenza, de Rocafort y de Riudor, Guillermo de Tours, el historiador Ramon Muntaner (tantas veces citado en estas páginas), y otros valerosos capitanes.

Don Alfonso IV *el Benigno*, Don Pedro IV *el Ceremonioso* y Don Martin I *el Humano*, fuéron los últimos reyes de la dinastía aragonesa-catalana que fundaron Don Ramon Berenguer IV y Doña Petronila de Aragon.

¡Cuánta gloria, cuántas grandezas, cuántas prosperidades en ménos de tres siglos!

El rey Don Ramiro I inicia el engrandecimiento de su pequeño reino; Sancho Ramirez conquista á Monzon, la futura sede de Córtes aragonesas; Alfonso I *el Batallador*, en magnífica série de espléndidas victorias, gana á Tazona, Calatayud, Egea, Daroca, la insigne Zaragoza, y lleva sus banderas hasta los muros de Granada, y las despliega, amenazando al Africa, sobre las aguas del estrecho de Gibraltar; Jaime I *el Conquistador*, el héroe, el guerrero invicto de su tiempo, derrota á los mu-

sulmanes en treinta batallas, y se apodera de los reinos de las Baleares y de Valencia; Pedro III *el Grande*, digno hijo de su padre, lleva sus armas victoriosas al reino de Sicilia, y escarmienta con dureza á la arrogante Francia; más tarde, Alfonso V *el Sabio*, el noble, el caballero, añade á su corona, pesada ya con tantos florones, el rico joyel del reino de Nápoles.

Y si atendemos á Cataluña, el cuadro es también espléndido: desde Wifredo *el Velloso*, que sacude el yugo de los francos, hasta Ramon Berenguer III, que toma por vez primera las islas Baleares, y Ramon Berenguer IV, que ciñe á sus sienes y á las de su excelsa esposa, la Berenguela aragonesa, la doble corona de Aragon y Cataluña, hay otro grandioso poema de glorias, de grandezas y de prosperidades.

¿Es, por acaso, necesario que los historiadores aragoneses rebusquen hechos de autenticidad dudosa para depurar la gloria de su patria?

FIN.

INDICE

	Págs.
DEDICATORIA.	3
AL LECTOR.	5
CAP. I.—Los Pirineos.—El rio Aragon.—Prelimina- res.—Sobrarbe.—Los fueros de Sobrarbe: texto la- tino y version castellana.	9
CAP. II.—Irrupcion árabe.—Entrada de Carlo-Magno en España, y derrota de Roncesvalles.—El <i>Allobiz- car cantúa</i> (en verso castellano).—Creacion del con- dado de Barcelona.	13
CAP. III.—¿Es posible fijar el verdadero origen de los Estados de Aragon y Navarra?—Exámen breve de autoridades.—Opinion del autor.—Testamento de Sancho <i>el Mayor</i> .—Reinado de Ramiro I.—Reina- do de Sancho Ramirez.—Sitio de Huesca.—Victoria de Alcoraz.	33
CAP. IV.—Condado franco de Barcelona.—Barcelona independiente.—De Wifredo <i>el Velloso</i> á Ramon Be- renguer I.	50
CAP. V.—ARAGON.—Reinado de Pedro I.—Conquista de Huesca.—Alfonso I <i>el Batallador</i> .—Sus victorias y su memorable expedicion á Andalucía.—Conquis- ta de Zaragoza —El sitio de Fraga.	59
CAP. VI.—CATALUÑA.—Los Berenguer de Barcelona. —Primera conquista de las islas Baleares.—Engran- decimiento del Estado.	74

CAP. VII.—Reseña histórica de la Orden del Templo. —Testamento de Alfonso I <i>el Batallador</i> .—Ramiro II <i>el Monje</i> .—Separacion de Navarra.—La <i>Campana de Huesca</i> .—Union de Aragon y Cataluña.	5 86
CAP. VIII.—Ramon Berenguer IV y Petronila.—Conquistas de Tortosa, Lérida y Fraga.—Reinado de Alfonso II <i>el Casto</i> .—Don Pedro II.—Coronacion del monarca aragonés, por el papa Inocencio III.—Desgracia política.—Caso raro.—El combate de Muret.	99
CAP. IX.—Reinado de Don Jaime I <i>el Conquistador</i>	116
CAP. X.—Reinado de Don Jaime I <i>el Conquistador</i> (Continuacion).	133
CAP. XI.—Reinado de Don Jaime I <i>el Conquistador</i> (Conclusion).	145
CAP. XII.—Reinado de Don Pedro III <i>el Grande</i> .—Conquista de Montesa.—Expedicion á Túnez.—Conquista de Sicilia.—Roger de Lauria.—Victorias navales de Cataluña.	158
CAP. XIII.—Orígen de la Inquisicion.—Turbulencias de la <i>Union</i> .—Expedicion de Felipe <i>el Atrevido</i> á Gerona.—El <i>Rey del Chapeo</i> .—Derrota del ejército francés.—Victoria naval de San Feliú de Guixols.—Crueldad de Roger de Lauria.—Muerte de Pedro III <i>el Grande</i>	179
CAP. XIV.—Reinado de Don Alfonso III, <i>el Franco</i> .—Conquista de Mallorca, de Ibiza y de Menorca.—Graves alteraciones en el reino.—El <i>Privilegio de la Union</i> .—Las cosas de Sicilia.—Paz de Tarascon.	205
CAP. XV.—Los <i>Fueros de Sobrarbe</i> .—El <i>Justicia Mayor</i> .—El <i>Privilegio de la Union</i> .—Conclusion.	230



JCSB LIBRARY

X-43508

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



A 000 833 944 2

